La Serie del Amor Silencioso

Un romance de la Regencia sobre la memoria,
el anhelo y una promesa que renace



La promesa olvidada del lord

Francine Yorke

FRANCINE YORKE

La promesa olvidada del lord

Un romance de la Regencia sobre la memoria, el anhelo y una promesa que renace

Copyright © 2026 by Francine Yorke

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida, total o parcialmente, por ningún medio ni de ninguna forma, ya sea electrónica, mecánica, mediante fotocopia, grabación, escaneo o cualquier otro procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del editor.

Queda prohibida la copia, reproducción, publicación en sitios web o distribución de este libro por cualquier medio sin el permiso correspondiente.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

1. El día sin nombre
2. El pasado insiste
3. Una promesa antigua
4. La primera grieta
5. Cambio de rumbo
6. El pasado espera
7. Lo que recuerdan los muros
8. La tormenta vuelve
9. El precio de ser vista
10. Caminos que recuerdan
11. Miradas y memoria
12. La niña posible
13. Una habitación segura
14. Haber sido deseada
15. El llamado de la libertad
16. Un nombre prohibido
17. Lo dado y lo perdido
18. El camino espera
19. La espera como regalo
20. Una noche casi suya

21. El regreso
22. El peso de un nombre
23. El silencio lleno
24. Las reglas del decoro
25. Pedir pertenecer
26. Aprender a pertenecer
27. Lo no reclamado
28. La distancia cortés
29. El baile persistente
30. El precio de saber
31. Marcharse con bondad
32. La forma de decidir
33. La jaula elegante
34. Decir la verdad
35. Decirse la verdad
36. El peso del rechazo
37. La distancia imposible
38. Entre intención y llegada
39. Cuando esperar no basta
40. Las palabras dichas
41. Más allá del decoro
42. Pedir correctamente
43. Dar y elegir

44. Dicho ante todos

45. Elegida en voz alta

46. Fin de la espera

47. El deseo permitido

48. La luz que queda

Afterword

About the Author

Also by Francine Yorke

One

El día sin nombre



La luz de la mañana se filtraba por los estrechos cristales de la ventana del desván, pálida e incierta, de esa clase que no pertenece del todo ni al invierno ni a la primavera. Se posaba sobre los ramilletes de lavanda seca que Flora Bloom había colgado la noche anterior, cuyo aroma, tenue pero persistente, se aferraba a la estancia como un recuerdo reacio a marcharse. El pequeño ático sobre Sennington & Co. Flowers apenas era más grande que un armario, pero era cálido, y era suyo. Una seguridad tan modesta que rara vez se permitía creer que pudiera durar.

Se levantó antes de que saliera el sol, como hacía siempre, y se vistió en un silencio ya aprendido antes de descender por la estrecha escalera hasta la tienda. Afuera, Londres despertaba en una de esas mañanas húmedas en las que el frío permanece incrustado en la piedra, aunque el aire lleva consigo una vaga promesa de cambio. Había una sensación, innombrable pero insistente, de que el día que comenzaba iba a pedirle algo para lo que no estaba preparada.

La tienda olía a tierra húmeda y a romero machacado. Cubos con tallos recién cortados se alineaban con pulcritud a lo largo del mostrador, los pétalos perlados de humedad por el frío temprano. A través del escaparate, Flora distinguía el tramo familiar de la calle de Mayfair, cerca de la parroquia de St. Mary, ya animado por carros que se dirigían al mercado cercano. Se arrodilló junto a una hilera de macetas y aflojó la tierra con dedos cuidadosos. Tocar flores le aquietaba la respiración. Pedían paciencia, no pertenencia, y nunca la castigaban por dar demasiado.

A William Sennington le gustaba decir que ella tenía un don para dar vida a las cosas. Flora pensaba que simplemente se esforzaba lo suficiente como para que nadie lamentara haberla acogido.

La campanilla sobre la puerta sonó dos veces. El llamado de William. Nunca la sobresaltaba.

—Te has levantado temprano —dijo, sonriendo al entrar, con el aire húmedo aún prendido a su abrigo.

—Las violetas necesitaban trasplantarse.

—Habrían florecido de todos modos.

—Tal vez —respondió ella en voz baja—, pero no deberían tener que hacerlo.

Él dudó un instante, cambiando el peso de un pie a otro.

—¿Estás lista? Mis padres nos estarán esperando.

Las palabras se asentaron con pesadez en su pecho.

Hoy.

El día en que le preguntarían, con tonos cuidadosos y cortesías medidas, si la gratitud bastaba de verdad para construir una vida. Había aceptado la propuesta de William porque era amable, porque

era segura, y porque nunca había aprendido a preguntarse si el amor debía sentirse como algo más que alivio.

De nuevo en el piso superior, Flora abrió la pequeña caja de madera que guardaba bajo la almohada. Dentro yacía una única peineta de plata, con una flor esmaltada apagada por los años. Un recuerdo de la infancia. Una promesa largamente superada, aunque nunca había dejado del todo de llevarla consigo.

La prendió en el cabello, no por belleza, sino por valor.

La casa de los Sennington se alzaba en las afueras de la ciudad, ordenada y respetable, con sus ventanas blancas reluciendo de un orgullo discreto. Los padres de William los recibieron con una cortesía tan precisa que no dejaba espacio para la calidez.

La señora Sennington sirvió el té. El señor Sennington formuló sus preguntas con calma, su mirada evaluadora. Sobre su trabajo. Sus hábitos. La modesta educación que poseía. Flora respondió a cada una como pudo, la voz firme, la sonrisa cuidadosamente sostenida.

Entonces llegó la pregunta, medida y exacta.

—Sus padres, señorita Bloom. ¿Cuáles eran sus nombres? Los necesitaremos para el anuncio de la boda.

A Flora se le cortó la respiración.

—Es lo habitual —continuó el señor Sennington, no sin amabilidad—. El linaje es importante para la posición de nuestra familia.

Posición.

Linaje.

Un nombre.

Tres cosas que Flora nunca había tenido.

—No lo sé —dijo en voz baja—. Me crié en un orfanato.

El silencio que siguió fue preciso e inflexible.

—Entonces quizá —dijo por fin la señora Sennington, entrelazando las manos— debería averiguarlo.

Flora inclinó la cabeza.

—Lo entiendo.

William parecía consternado, pero no habló. Y en ese instante, Flora comprendió con una claridad silenciosa que su amabilidad no podía protegerla de lo que el mundo exigía. Él deseaba cuidarla. Simplemente no sabía cómo.

Regresaron caminando por las calles estrechas en silencio, con el aire húmedo aferrándose a la ropa. En un momento dado, William le ofreció el brazo. Ella lo aceptó porque eso era lo esperado, y porque negarse habría requerido una honestidad que nunca había practicado.

—Lo siento —dijo él al fin—. No debieron preguntarte eso.

—No pretendían ser crueles —respondió Flora con suavidad—. Era una pregunta razonable.

—Nunca debieron hacerte sentir como si te faltara algo.

Ella le sonrió, esa sonrisa tranquilizadora que había aprendido a usar cuando se le ofrecía preocupación en lugar de comprensión.

—Siempre he sabido lo que me falta, William.

Él empezó entonces a hablar de soluciones. Registros. Nombres. Arreglos. Sus palabras eran sinceras, prácticas, ya en busca de un terreno que pudiera volverse firme.

Flora apretó su brazo, no para sostenerse, sino para frenarlo.

—Por favor. Me ocuparé yo misma.

Se detuvo.

—Quiero casarme contigo —dijo—. Quiero que vean lo que yo veo.

Le dolió el pecho. La gratitud surgió, familiar y pesada, apretándose contra algo que se parecía incómodamente a la tristeza.

—Lo sé —respondió con calidez—. Y te lo agradezco.

Él buscó en su rostro una señal de sosiego.

—Te prometo —añadió ella, aunque algo en su interior se replegaba— que encontraré un nombre que pueda escribirse.

El alivio suavizó su expresión.

Cuando llegaron de nuevo a la floristería, la calle estaba más tranquila, los carros del mercado ya se habían alejado hacia la plaza parroquial. William se detuvo ante la puerta y luego se marchó, tras una última mirada prolongada.

En cuanto la puerta se cerró, la sonrisa de Flora se desvaneció.

Permaneció inmóvil, las manos laxas a los costados, como si el peso de sí misma hubiera terminado por asentarse. La tienda parecía más fría ahora, el calor de antes disipándose junto con la luz.

Solo entonces su respiración se quebró.

Quizá alguien como ella nunca estuvo destinada a una vida ordinaria. Quizá estaba hecha solo para permanecer en los márgenes de la felicidad ajena, agradecida por la poca amabilidad que quedara.

Por un latido imprudente, consideró dejar la puerta cerrada con llave y permitir que el día pasara sin ella. La idea la asustó más que las lágrimas que siguieron.

Una lágrima se deslizó. Luego otra. Se las secó con rapidez, avergonzada incluso en la soledad.

La campanilla sobre la puerta sonó.

Flora se irguió al instante, alisó el vestido, alzó el mentón y convocó la sonrisa que nunca le había fallado.

Dos figuras se recortaban en el umbral. Una dama vestida de seda azul pálida, elegante y de mirada vivaz. Flora la reconoció de inmediato. La señorita Arabella Whitcombe, una de las debutantes más admiradas de la temporada.

A su lado se encontraba un hombre alto, de hombros anchos, cuya presencia era tan imponente que Flora olvidó, durante un solo aliento, cómo moverse.

—Perdón —dijo ella con rapidez, haciendo una leve reverencia—. ¿En qué puedo ayudarles?

Al inclinar la cabeza, la luz alcanzó la peineta de plata sujeta en la parte posterior de su cabello.

La dama se detuvo.

—Esa peineta —susurró—. ¿De dónde la sacó?

Flora parpadeó.

—La tengo desde que era niña.

El hombre a su lado quedó completamente inmóvil.

—Me la dio un niño —añadió Flora en voz baja—. En una noche de tormenta. Hace mucho tiempo.

La dama se llevó la mano a la boca.

—Era mía. La perdí cuando tenía nueve años.

El corazón de Flora dio un vuelco.

Entonces habló el hombre, con suma delicadeza, como si temiera romper algo frágil.

—Flora.

Ella alzó la cabeza.

Esa voz.

Esos ojos.

La memoria se agitó, lejana e imposible.

—No —murmuró.

Pero lo era.

Y su mundo se desplazó.

Two

El pasado insiste



Durante un instante, nadie habló.

El silencio dentro de la floristería se volvió extrañamente denso, como si el propio aire se hubiera detenido a escuchar. El olor de los tallos aplastados y de los pétalos húmedos flotaba entre ellos, pesado e inmóvil.

Fue la dama de azul quien encontró la voz primero.

—Aldrich —dijo con aspereza, volviéndose hacia el hombre que tenía a su lado—. ¿Qué significa esto?

Su mirada pasó de Flora a él y regresó de nuevo.

—¿Por qué la miras como si hubieras visto un fantasma? Y esa peineta… —dio un paso al frente, la incredulidad tensándole el tono —. ¿Cómo es posible que tenga mi peineta?

Los dedos de Flora se cerraron con fuerza alrededor de los tallos que sostenía.

—¿Aldrich? —murmuró sin pensarlo, el nombre escapándosele antes de que pudiera contenerlo.

Arabella se volvió hacia ella de inmediato.

—No es así como debe dirigirse a él —dijo, firme pero contenida —. Debe mostrar el debido respeto.

El calor abandonó el rostro de Flora.

—Este es el vizconde Aldrich Ainsworth —añadió Arabella con frialdad.

El peso del título cayó con más fuerza que la reprimenda.

Flora retrocedió un paso y descendió en una reverencia formal, los movimientos rígidos por la súbita conciencia de sí misma.

—Mis disculpas —dijo en voz baja.

El hombre no respondió.

Seguía mirándola como si el resto del mundo se hubiera replegado.

—Flora Bloom —dijo al fin, la voz grave, inestable—. ¿Es ese realmente su nombre?

Ella tragó saliva.

—Sí, mi lord.

Arabella dejó escapar un leve sonido, afilado por la contención, pero él no se volvió hacia ella.

—Estaba usted en el orfanato de Valeshire —continuó, midiendo cada palabra, como si un descuido pudiera romper algo frágil—. Detrás del viejo muro de piedra. Cerca del lago.

El corazón de Flora comenzó a latir con fuerza.

—Sí —susurró—. Allí estaba.

—Volví —dijo él—. Años después. Y otra vez. Me dijeron que la habían llevado a otro lugar. Luego, que se había marchado. Nadie supo decirme adónde.

La tienda pareció inclinarse.

—¿Me buscó? —preguntó ella, sin poder detener la pregunta.

—Lo hice.

La expresión de Arabella se tensó, algo incómodo asomando bajo su compostura.

—Nunca me hablaste de esto.

Él no le respondió.

Flora aspiró despacio y se obligó a moverse. Las manos le temblaban, pero aun así se volvió hacia el mostrador.

—Deseaban comprar flores —dijo, con una voz profesional, casi serena—. ¿En qué puedo ayudarles?

Arabella vaciló, atrapada entre la indignación y algo más inquieto, luego alzó el mentón.

—Sí. Un ramo. Para el vizconde Ainsworth. Peonías, lirios blancos, rosas, paniculata. Algo apropiado.

—Por supuesto —respondió Flora—. Si tienen la amabilidad de esperar.

Se apartó, agradecida por la barrera del mostrador. Su pulso se negaba a calmarse. Aldrich Ainsworth. El nombre resonaba en su mente, chocando dolorosamente con el recuerdo de un niño asustado, con las botas cubiertas de barro y las manos temblorosas.

Ahora no se parecía en nada a aquel muchacho.

Reunió los tallos con dedos cuidadosos, disponiéndolos como siempre hacía. Aun así, sentía su mirada sobre ella, firme e implacable. No errante. No curiosa. Como si estuviera midiendo la vida que ella había construido en su ausencia.

A su espalda, la voz de Arabella cortó el silencio.

—Me debes una explicación —dijo suavemente, incrédula—. ¿Cómo llega una florista huérfana a poseer mi peineta?

Sus ojos se detuvieron en la pieza de plata en el cabello de Flora, no con nostalgia, sino con un leve y desconcertado desagrado, como si se le recordara algo extraviado y nunca del todo recuperado.

El pecho de Flora se contrajo.

Recordó la noche en que se la habían dado. La lluvia golpeando la piedra. Las manos frías. Y la certeza breve e incómoda, incluso entonces, de que aquello que él había depositado en su palma pertenecía a un mundo que no era el suyo.

Pero aun así se lo había dado.

Deseó poder oír su respuesta ahora.

Pero él no dijo nada.

Al final, dio un paso más cerca.

—Flora —dijo en voz baja.

Su mano resbaló. La hoja le cortó el dedo, un tajo rápido y agudo. Una línea fina de rojo brotó al instante.

Ella aspiró con fuerza.

La mano de Aldrich se movió sin pensar, extendiéndose hacia ella como para sostenerla o protegerla.

Flora retiró la suya de inmediato.

—Estoy bien —dijo con rapidez, volviéndose hacia él—. No es nada.

Su mirada descendió igualmente hasta su dedo.

—Está herida.

—Sí, mi lord.

El título acudió con facilidad ahora. Demasiada facilidad.

—¿Me recuerda? —preguntó él.

La pregunta hirió más hondo que el corte.

—Sí —dijo ella al cabo de un instante—. Recuerdo.

Algo en su expresión se ablandó. Algo dolido.

—Temía que no lo hiciera.

Ella bajó la mirada.

—Recuerdo a un niño que prometió muchas cosas.

Una pausa.

—Recuerdo una promesa que no cumplí —dijo él.

—Debí haber vuelto antes —añadió, las palabras contenidas, como si le costaran—. Me dije que aún había tiempo.

El pecho de Flora se cerró.

—Yo no dije eso —respondió, aunque la voz le tembló pese a su contención.

—No —dijo él—. Pero lo pensó.

El silencio se tensó entre ellos, implacable.

—Vine a Londres por una razón —continuó—. Y encontrarla no fue un accidente.

Ella alzó la mirada entonces, sobresaltada.

—Vine a cumplir mi palabra —dijo—. Nunca la olvidé.

Por un instante temerario, quiso preguntarle por qué había tardado tanto. El pensamiento la asustó, y lo sofocó de inmediato.

—Tengo una vida aquí —dijo con rapidez—. Trabajo. Estoy asentada.

Sus ojos recorrieron su rostro y luego se desviaron, solo una vez, hacia el mostrador, las estanterías, las filas ordenadas de flores. El

lugar donde el nombre de otro hombre colgaba en silencio sobre la puerta.

—¿Es feliz? —preguntó.

La pregunta la desarmó.

Contuvo el aliento. Lo sostuvo más tiempo del que creyó posible.

—Voy a casarme —dijo al fin.

Las palabras escaparon antes de que pudiera suavizarlas.

Se volvió demasiado tarde.

Una sola lágrima se desprendió, deslizándose por su mejilla antes de que pudiera contenerla.

La tienda quedó en silencio.

—¿Con quién? —preguntó él en voz baja.

—Con el señor William Sennington —respondió ella, la voz quebrándose pese a su esfuerzo—. El dueño de esta tienda.

Otra lágrima siguió a la primera.

Arabella exhaló, el alivio aflojándole la postura.

—¿Lo ve? —dijo casi con suavidad—. Ha hecho una elección sensata.

Aldrich no miró a Arabella.

Miró solo a Flora.

—Entonces, ¿por qué está llorando? —preguntó con dulzura.

Los dedos de Flora se cerraron sobre la tela de su falda, anclándose en la sensación del tejido y el hilo.

—Porque —dijo, apenas audible— William es el único que me salvó cuando otros no cumplieron sus promesas.

Las palabras lo golpearon como un puñetazo.

La mandíbula se le tensó. Las manos se cerraron a los costados.

—No la olvidé —dijo—. Y no volveré a desaparecer.

Flora negó con la cabeza y le tendió el ramo que había terminado de componer, las manos inseguras pero deliberadas.

—Por favor —dijo—. Le deseo felicidad, mi lord.

Sus dedos se rozaron cuando él lo tomó. El contacto fue breve, impropio e imposible de ignorar.

Arabella dejó una moneda sobre el mostrador y se volvió de inmediato.

En la puerta, Aldrich se detuvo.

—Esto no ha terminado —dijo, la voz grave y resuelta.

La campanilla sonó al marcharse.

Flora quedó sola entre las flores.

Ahora respiraba con dificultad, el pecho oprimido, el dedo aún palpitando levemente donde había sido cortado. La tienda se sentía distinta, como si algo esencial hubiera quedado fuera de su sitio.

No le habían arrebatado nada.

Y, sin embargo, sabía con una certeza silenciosa que nada era ya tan seguro como lo había sido al comenzar la mañana.

Three

Una promesa antigua



La lluvia comenzó a caer justo cuando la noche se asentaba sobre la floristería.

Llegó sin aviso, densa e insistente, golpeando el techo sobre la estrecha habitación de Flora con una fuerza que hacía vibrar los cristales. En algún lugar más allá de las chimeneas y las calles ya oscurecidas, el trueno respondió, grave e inquieto, como si el propio cielo se hubiera cansado de contenerse.

Flora estaba sentada en el borde de la cama, inmóvil.

Habían ocurrido demasiadas cosas en un solo día como para que sus pensamientos encontraran orden. Volvió a ella la voz mesurada del señor Sennington, cortés y precisa, pidiéndole un nombre que nunca había conocido. La mano de William rodeando la suya, cálida y sincera, sosteniendo lo que no podía proteger. Y luego, inevitable e imposible de acallar, Aldrich.

Aldrich Ainsworth.

El nombre ya no pertenecía con seguridad al pasado. Tenía peso ahora. Un título. Una distancia. Una vida construida en otro lugar,

fuera de su alcance.

Y, sin embargo, bajo todo aquello, aún podía verlo como había sido.

De rostro redondo. Torpe. Llorando cuando creía que nadie podía oírlo.

Se levantó y cruzó la pequeña habitación, apoyando la palma un instante contra el vidrio frío de la ventana. La lluvia resbalaba por el cristal, difuminando las lámparas de la calle de Mayfair en pálidas cintas de luz vacilante.

Igual que aquella noche.

Flora se volvió y buscó bajo la almohada, sacando la pequeña caja de madera que guardaba allí escondida. Dentro descansaba la peineta de plata, su superficie apagada por el tiempo, el esmalte antaño brillante suavizado por años de cuidado atento. Cerró los dedos alrededor de ella, y el presente aflojó su dominio.

Por un instante, se preguntó si Aldrich aún conservaba el pañuelo que ella le había dado, o si hacía tiempo que había sido desechado, olvidado entre cosas que ya no importaban.

La tormenta había obligado a todos a permanecer dentro del orfanato.

La lluvia azotaba el tejado y arañaba las contraventanas, y el frío ascendía desde los suelos de piedra, filtrándose por las suelas gastadas y los huesos cansados por igual. El aire olía a col hervida y lana húmeda. Las voces resonaban con aspereza por los pasillos, órdenes cortantes e impacientes mientras la cena avanzaba a toda prisa.

Flora se escabulló cuando nadie miraba, los hombros doloridos tras un día entero de mandatos, los oídos aún zumbando con risas a las que había aprendido a no responder.

Avanzaba en silencio por el pasillo en penumbra cuando lo oyó.

Un sonido demasiado pequeño para pertenecer a la tormenta.

Se detuvo.

Al fondo del corredor, cerca de las habitaciones en desuso, un niño estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Tenía las rodillas recogidas y el rostro oculto en las mangas del abrigo. Al percibir su presencia, alzó la vista de inmediato, los ojos brillantes de alarma.

—No estoy llorando —dijo con rapidez.

Flora vaciló, luego se acercó y le tendió la mano.

—Ven conmigo —susurró—. Conozco un lugar.

Él no preguntó dónde. Tomó su mano y la siguió.

Se deslizaron hasta el pequeño almacén al fondo del recinto, aquel del que nadie se ocupaba porque no guardaba nada digno de contarse. Flora cerró la puerta con cuidado y se agachó, prendiendo una llama con facilidad aprendida. La vela titubeó al principio y luego se afirmó.

El niño se tensó.

—No debes encender fuego —susurró—. Nos castigarán.

Flora se llevó un dedo a los labios.

—No se lo digas a nadie.

La llama se estabilizó y la oscuridad retrocedió.

Cajas apiladas formaban paredes improvisadas. Trozos de tela vieja colgaban flojos de clavos, como cortinas. En un rincón había un

asiento bajo, hecho con cajones de madera, acolchado con trapos doblados y dispuestos con cuidado.

Flora se apartó, de pronto tímida.

—Esta es mi casa —dijo.

El niño miró alrededor despacio, el asombro imponiéndose al miedo.

—Es cómoda —dijo.

—Lo será —respondió Flora—. Algún día.

Señaló el asiento.

—Por favor. Puedes sentarte.

Él lo hizo con cautela, como si temiera que la habitación pudiera desvanecerse si se movía demasiado rápido.

—¿Esta es de verdad tu casa?

Ella asintió.

—Las casas deberían ser cálidas. Y silenciosas.

—La mía es así —dijo él tras un momento—. Es grande. Y cálida. Excepto cuando están mis hermanos. —Bajó la voz—. A veces tengo que esconderme en mi cuarto cuando como.

Flora frunció el ceño.

—Eso no está bien.

Miró su pequeña creación, las paredes de cajas, la tela prestada, el orden frágil que había modelado con las manos, y habló en voz baja.

—Algún día viviré en una casa como esa.

—Puedes vivir en la mía —dijo él sin dudar.

Ella se volvió hacia él.

—¿Está permitido?

—Sí —respondió—. O la construiré. Para que no puedan venir. Entonces seremos solo tú y yo.

El aliento se le quedó atrapado.

—Pero debes ser fuerte —dijo Flora con suma seriedad—. Los hombres fuertes construyen casas. Como el señor Darnell, el lechero. Oí que construyó una para su familia. Es un hombre fuerte.

El niño se irguió de inmediato.

—Entonces seré fuerte. Como el señor Darnell.

Ella sonrió.

—Bien. Entonces debemos hacer una promesa.

Tomó sus manos y cerró los ojos.

—Aldrich Ainsworth —dijo con solemnidad—, ¿prometes venir por Flora Bloom cuando seas fuerte?

—Lo prometo —respondió él al instante.

—¿Y cuál es la prueba?

Flora metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo gastado, los bordes deshilachados por el tiempo.

—Estaba en la cesta cuando me trajeron aquí —dijo en voz baja —. Te lo doy.

Sus ojos se abrieron con asombro.

—¿Puedo quedármelo?

—Puedes —respondió ella—. Ahora eres importante para mí.

Él rebuscó en los bolsillos, nervioso, y luego sacó una peineta de plata y la depositó en su palma. La superficie brilló tenuemente a la luz de la vela.

—Esto es para ti —dijo—. Para que recuerdes.

Ella no preguntó de dónde venía. Incluso entonces percibía que pertenecía a un mundo fuera de su alcance.

Solo cerró los dedos alrededor de ella.

Lo abrazó con fuerza, sus brazos pequeños y decididos alrededor de sus hombros.

Se oyeron pasos en el pasillo.

Flora se tensó.

—Debemos irnos. No quiero que me castiguen otra vez.

Se separaron ante la puerta de él.

—Hasta mañana —susurró ella.

—Hasta mañana —respondió él.

Flora regresó por el pasillo, los pasos ligeros pese a que la tormenta seguía rugiendo más allá de los muros. Apretó contra el pecho el calor de la pequeña casa que había construido, la promesa asentándose en su interior, intacta y sin preguntas.

No volvió a verlo después de aquella noche.

La lluvia contra el tejado se intensificó, arrastrándola de vuelta al presente.

Flora abrió la mano y se encontró de nuevo en la estrecha habitación sobre la floristería, la peineta descansando en su palma. Le temblaron los dedos al devolverla a la caja de madera y deslizarla bajo la almohada.

Algunas promesas, lo sabía ahora, no se desvanecen.

Simplemente esperan.

Four

La primera grieta



Los golpes en la puerta la sobresaltaron y la arrancaron del sueño.

Flora se incorporó de inmediato, el corazón desbocado, los restos de un sueño aún aferrados a su piel como aire húmedo. La lluvia había cesado, pero había dejado tras de sí una pesadez que oprimía la habitación, como si la noche no hubiera soltado del todo su dominio.

Durante un instante, permaneció inmóvil, escuchando.

La calle de abajo estaba en silencio. Demasiado silencio. Ese tipo de mañana que sigue a una sacudida, cuando el mundo parece detenerse para examinar los daños antes de decidir qué debe repararse.

Llamaron de nuevo, esta vez con más firmeza.

Flora se levantó con rapidez. Se alisó el cabello, se secó los ojos con el dorso de la mano y cruzó la pequeña habitación. La caja de madera seguía oculta bajo la almohada. No la buscó.

Al abrir la puerta, William estaba allí, la preocupación claramente dibujada en el rostro.

—Por fin despierta —dijo, mirando más allá de ella—. Nunca llegas tarde.

Ella logró esbozar una pequeña sonrisa.

—Debía de estar más cansada de lo que pensaba.

La mirada de él se detuvo en su cara.

—Tienes los ojos hinchados. ¿Has estado llorando?

—No —respondió con demasiada rapidez. Luego, más bajo—. Solo de agotamiento.

Él vaciló.

—Si fue por mis padres, lo siento, Flora.

Parpadeó, sorprendida. Luego, con un leve y culpable alivio, comprendió que aquel malentendido la libraba de una verdad que aún no sabía cómo decir.

—No pasa nada —dijo con suavidad—. Solo quieren lo que creen que es mejor para ti.

La mandíbula de William se tensó.

—Eso no lo hace justo.

Bajaron juntos. La floristería estaba dispuesta con esmero, la luz de la mañana deslizándose entre las hileras de flores y deteniéndose en las hojas húmedas y el papel plegado. Todo parecía listo para ser atendido, como si nada en el mundo se hubiera desplazado.

—Mis padres me han dado un mes —dijo William al fin—. Si, en ese tiempo, no puedes averiguar quiénes fueron tus padres, insistirán en que considere otro matrimonio.

Flora se detuvo.

Un mes.

La palabra se asentó con peso en su pecho. Ya había sido evaluada y medida antes, pero nunca con una finalidad tan silenciosa. Volver a ser requerida, una vez más, para demostrar que era suficiente solo para ser elegida, hizo que algo pequeño y expuesto se contrajera en su interior.

Por un instante egoísta, quiso rechazarlo todo. Dejar de ser cuidadosa. Dejar de hacer siempre lo correcto.

El impulso la asustó, y lo sofocó de inmediato.

—Si eso facilitará tu vida —dijo en voz baja—, entonces te apoyaré. Mereces ser feliz, William. Con alguien a quien tus padres puedan acoger sin reservas.

El rostro de él se tensó, no por ira, sino por esfuerzo.

—No. Solo contigo.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero interponerme entre tú y la familia que te lo ha dado todo. No soportaría ser la causa de eso.

Él dio un paso más cerca.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero? ¿No deseas casarte conmigo?

La pregunta le secó la boca.

—Quiero que estés en paz —respondió al cabo.

—Entonces cásate conmigo —dijo él, dejando que la frustración se filtrara bajo su contención—. Encontraremos una solución. Hay maneras. Podríamos pedir a alguien que haga de tus padres. O buscar la ayuda de la duquesa de Greystone. Te aprecia. Seguro que hay un camino.

Flora lo miró, con el corazón dolorido.

—No quiero que nuestro matrimonio empiece con una mentira —dijo en voz baja—. Eso envenenaría todo lo que viniera después.

Él se pasó la mano por el cabello, inquieto.

—Entonces, ¿qué propones?

Ella respiró hondo.

—Iré.

Él la miró fijamente.

—¿Irás?

—Al orfanato —dijo con rapidez—. Haré preguntas. Intentaré averiguar la verdad.

El alivio cruzó el rostro de William de inmediato, claro e inconfundible. Entonces comprendió cuánto necesitaba él también esa respuesta.

—Entonces iré contigo.

Ella retrocedió un paso.

—No. Debes quedarte aquí. La tienda te necesita. Y tus padres no deben pensar que te he apartado de tus responsabilidades.

Él dudó, la incomodidad asomando fugazmente, y luego asintió.

—De acuerdo.

—Iré mañana —añadió Flora.

Sus ojos se suavizaron.

—Gracias.

Ella negó despacio.

—Soy yo quien te debe todo.

* * *

Más tarde aquella mañana, cuando Flora regresó del ático, William la encontró junto al mostrador con una carta y un paquete en la mano.

—Han llegado mientras estabas arriba —dijo—. Son para ti.

Ella frunció el ceño y luego sonrió al ver el nombre en el sobre.

—De la duquesa Cecily Greystone —dijo, con un matiz de calidez en la voz—. Es tan amable, incluso ahora.

William sonrió levemente.

—Pareces contenta.

Flora rompió el sello con impaciencia.

La carta era ligera y afectuosa, llena de pequeñas observaciones sobre la estación, las rosas de Greystone y cuánto echaba de menos el aroma de las flores frescas por la mañana.

Al final, escrita casi con timidez, llegaba la verdad.

Espero que perdones mi felicidad, querida Flora. Quería que lo supieras antes de que se convirtiera en murmullo. Estoy encinta.

Flora se llevó la mano a la boca, la alegría rompiendo su compostura.

—Está esperando un hijo —dijo sin aliento.

Los ojos de William se abrieron.

—Es una noticia maravillosa.

—Debo enviarle algo —dijo Flora al instante—. Algo hermoso.

Solo entonces se volvió hacia el paquete.

Aflojó la cuerda y desplegó el papel con cuidado.

Dentro había una manta de lana finamente tejida, suave y consistente, de colores cálidos sin ser vivos. De las que se colocan sobre una silla junto al hogar. De las que se eligen pensando en veladas tranquilas.

El corazón le dio un vuelco.

Entre los pliegues había una segunda carta.

Reconoció la letra al instante.

El pulso se le aceleró mientras leía.

Vi esto y pensé en el calor. En el hogar. Espero que perdones la libertad. Espero que te guste.

A.

El miedo llegó primero, agudo e inmediato. No alegría. No consuelo. Miedo.

Si William veía la nota, si alguien lo hacía, el daño sería rápido e implacable. Un hombre como Aldrich no tenía derecho a enviar algo así a una mujer ya prometida a otro.

William se inclinó un poco más cerca.

—Es muy generoso por parte de la duquesa.

—Sí —dijo Flora, manteniendo la voz firme a duras penas—. Es muy considerada.

Dobló la nota con rapidez y la deslizó en el bolsillo, los dedos fríos.

Cuando William volvió al mostrador, Flora se giró hacia la ventana.

Al otro lado de la calle, Aldrich estaba de pie, el sombrero en la mano.

La luz del sol se reflejaba en la piedra aún mojada a su espalda, clara y sin defensas, mientras el interior de la tienda permanecía en sombra y fresco. Él no parecía ni apurado ni inseguro.

Entonces sonrió.

Y en ese instante callado y ordinario, el orden cuidadoso de su mundo se sintió tan frágil como el cristal.

Five

Cambio de rumbo



Flora salió de la floristería cuando el cielo aún estaba pálido de indecisión.

La mañana no había elegido todavía entre el frío y el calor. La humedad persistía en el aire, perlándose en los bordes de las hojas y aferrándose al bajo de su falda cuando dio el primer paso a la calle. Llevaba el bolso ceñido al cuerpo, su peso modesto y familiar contra la cadera, como si la anclara a la decisión que ya había tomado.

Se había preparado en silencio.

Pan envuelto con cuidado en un paño.

Una pequeña cantimplora con agua.

Un pañuelo, gastado por los años.

Un vestido de repuesto, por si se veía obligada a quedarse más tiempo del previsto.

Y, tras un instante de vacilación, la peineta de plata.

No miró atrás al cerrar la puerta.

William ya estaba en la tienda, de pie tras el mostrador, el libro de cuentas abierto ante él, las cifras alineadas en columnas

ordenadas bajo su mano meticulosa. Al oír el pestillo, alzó la cabeza.

—¿Te marchas ya? —preguntó.

—Sí —respondió Flora en voz baja—. Si empiezo temprano, debería llegar a Valeshire antes del anochecer.

Él estudió su rostro, como si buscara algo que ella había decidido no ofrecerle.

—¿Estás segura de que no deseas que te acompañe?

Ella sonrió con cuidado, esa sonrisa que había aprendido a formar sin esfuerzo.

—Ha llegado la primavera. Muchos buscarán flores. Debes quedarte aquí.

La respuesta pareció asentarse en él. Asintió una vez, despacio.

—Entonces escríbeme. Si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré —dijo ella.

Salió antes de que él pudiera añadir una palabra más, llevándose consigo la imagen de William regresando a sus cifras, a una vida segura, ordenada y a la espera.

La ciudad despertaba mientras caminaba.

La lluvia de la noche anterior había lavado las calles, dejando tras de sí el aroma penetrante de la piedra mojada y la tierra. Los pájaros llamaban desde aleros y ramas desnudas, audaces en la quietud temprana. Las aceras relucían bajo sus pies, atrapando la luz pálida como fragmentos de vidrio esparcido.

Pasó frente a Ashbury House y se detuvo sin proponérselo del todo, alzando la mirada hacia sus altas ventanas. Había momentos en los que casi podía imaginar a Cecily Ashbury aún sentada allí, un

libro descansando con ligereza entre las manos, la luz del sol trazando la línea elegante de su perfil.

Tan hermosa.

Una sonrisa tenue y melancólica rozó los labios de Flora.

Ojalá la duquesa siguiera allí.

Más allá de Mayfair, la ciudad aflojó su abrazo. Los muros de ladrillo dieron paso a setos, las barandillas de hierro a campos abiertos. El ruido de carros y voces se fue diluyendo hasta que solo quedó el ritmo de sus propios pasos.

El camino se estrechó al internarse en la franja de bosque que marcaba el punto medio entre Londres y Valeshire, una ruta que sabía frecuente para quienes viajaban entre la capital y las fincas cercanas.

Allí, la lluvia aún no había sido perdonada.

El barro se aferraba al sendero, oscuro y traicionero bajo las hojas caídas. Flora avanzó con más lentitud, levantando la falda y eligiendo cada paso con cuidado. El bosque permanecía en silencio a su alrededor, roto solo por el canto distante de algún pájaro y el sonido de su propia respiración.

Entonces resbaló.

El mundo se inclinó de golpe. El dolor estalló, súbito y brillante, y ella exclamó al caer de rodillas, las manos raspándose contra la tierra húmeda. Apretó los labios de inmediato, rechazando las lágrimas que acudieron sin pedir permiso, y se obligó a incorporarse.

El tobillo palpitaba bajo su tacto.

Cojeó hasta el borde del sendero y se dejó caer sobre un tronco caído, la respiración corta mientras presionaba la palma contra la

articulación hinchada. No había nadie a la vista. Ningún carro de paso. Ninguna voz.

Solo árboles.

Bebió de la cantimplora. Comió un poco de pan. Esperó.

Quizá el dolor cedería.

El sonido de unos cascos llegó suavemente, casi absorbido por el bosque.

Un carruaje redujo la marcha al llegar a su altura. Flora alzó la cabeza, ya formando una negativa cortés, cuando la portezuela se abrió y Aldrich descendió.

Durante un instante, ninguno de los dos habló.

—Señorita Bloom —dijo al fin, la voz grave y serena—. ¿Está herida?

Ella se puso de pie al instante y descendió en una reverencia, para luego estremecerse cuando el dolor atravesó el tobillo.

—Solo un resbalón, mi lord. No vi el barro.

Él cruzó la distancia que los separaba, la mirada recorriendo el bajo manchado de su falda, la forma cuidadosa en que descargaba el peso sobre un solo pie.

—¿Puedo ver?

—No es necesario—

—Le duele —dijo en voz baja—. Por favor.

Tras un momento, levantó la falda lo justo para mostrar el enrojecimiento que asomaba bajo la media.

La mandíbula de él se tensó.

—Esto debe vendarse —dijo.

Ella abrió el bolso y le tendió el pañuelo.

—¿Servirá esto?

Él dudó, luego sacó un paño doblado de su propio bolsillo.

—Este será mejor.

El aliento de Flora se detuvo.

Era el pañuelo que ella le había dado aquella noche. El que había pertenecido a su madre.

—Lo conservó —susurró.

—Siempre —respondió él.

Vendó su tobillo con movimientos cuidadosos y pausados, el contacto ligero y respetuoso. Flora fijó la vista en los árboles más allá de él, consciente del calor de sus manos, del ritmo constante de su respiración, de la intimidad de un silencio compartido demasiado de cerca para resultar cómodo.

Cuando terminó, se irguió despacio.

—No debería continuar a pie —dijo.

—Me las arreglaré —respondió ella, aunque la debilidad de su voz la traicionó.

Él guardó silencio un instante, como si sopesara algo decidido desde hacía tiempo.

—Viajo a Valeshire —dijo al fin—. Hay un asunto allí que he postergado demasiado.

El aliento se le quedó atrapado.

—¿Va al pueblo?

Inclinó la cabeza.

—Si lo desea, puede viajar con nosotros hasta la villa. Me aseguraré de que continúe a salvo.

Ella miró el carruaje. El camino que se extendía por delante. Su tobillo herido.

Pensó también, fugazmente, en cómo podría verse aquello si alguien lo comentaba. Una mujer ya prometida, viajando a solas con un hombre de su posición. El mundo rara vez era amable en sus interpretaciones.

—En verdad —dijo al cabo, muy quedo—, yo también me dirijo a Valeshire. Al orfanato.

Algo cambió en su expresión, no sorpresa, sino reconocimiento.

—Entonces —dijo con calma—, nuestros caminos se alinean de verdad.

Tras un largo instante, ella asintió.

Él le ofreció el brazo. Flora lo tomó, los dedos temblorosos pese a su determinación.

La ayudó a subir al carruaje con cuidado, alzándola cuando el escalón resultó demasiado alto. Al acomodarse dentro, la puerta se cerró y el espacio se estrechó de inmediato. El aire guardaba un leve aroma a cuero y algo más cálido bajo él, limpio y contenido, en marcado contraste con la tierra húmeda y las flores que aún se aferraban a su falda.

El calor le subió a las mejillas y mantuvo la mirada cuidadosamente apartada.

—No se preocupe —dijo él con suavidad—. Piense solo en su tobillo.

El carruaje se puso en marcha.

Y Flora comprendió, con un aliento silencioso e inseguro, que ya no caminaba sola.

Six

El pasado espera



El carruaje avanzaba a un paso cuidadoso, como si fuera consciente tanto del camino como de la frágil tregua entre el silencio y la palabra que reinaba en su interior.

Flora se sentaba con las manos entrelazadas en el regazo, el tobillo herido apoyado con cautela contra el asiento acolchado. Una manta doblada descansaba sobre sus rodillas, la lana conservando aún un rastro del calor de la mañana. Más allá de la ventanilla, el bosque se deslizaba en tonos apagados de verde y marrón; las hojas húmedas atrapaban la luz pálida como fragmentos de vidrio antiguo. Fijó la atención en el ritmo de las ruedas, en el crujido constante del cuero y la madera, en cualquier cosa salvo en la conciencia silenciosa de Aldrich sentado frente a ella.

El carruaje estaba más cargado de lo que había esperado.

Cajones asegurados a un lado, las tapas marcadas con símbolos de tiza trazados con pulcritud. Fardos envueltos en lona aceitosa, encajados con cuidado bajo el banco. Una pila de mantas dobladas apoyada contra la pared opuesta, atada con una simple cuerda.

Libros colocados en una caja de madera, los lomos visibles a través de una rendija estrecha. También había sacos, lo bastante ligeros como para sugerir grano o harina.

Los había notado al entrar, pero solo ahora su presencia adquiría un sentido deliberado.

Aldrich se había situado a una distancia que parecía intencional. Lo bastante cerca para que ella percibiera su presencia, lo bastante lejos para no sentirse observada. Era una cortesía que Flora advirtió, aun sin saber todavía qué hacer con la gratitud que despertaba.

Se permitió una breve mirada.

No quedaba nada del niño que recordaba. Ningún rastro del muchacho de cuerpo blando que lloraba cuando sus hermanos lo atormentaban. El hombre ante ella estaba compuesto, de hombros anchos, con movimientos contenidos y precisos. Fuerte, en la manera de quien había aprendido pronto la resistencia y había pagado caro por ella.

Se había convertido en aquello que una vez prometió ser.

Solo que no para ella.

Durante un instante fugaz, pensó en William. En los libros de cuentas y las columnas ordenadas. En una vida que pedía poco y ofrecía estabilidad a cambio. El pensamiento se desvaneció tan rápido como había llegado, dejando tras de sí la comprensión inquietante de que la calma y la certeza no eran lo mismo que la seguridad.

—¿Le molesta el vendaje? —preguntó Aldrich al cabo de un tiempo.

Ella se sobresaltó levemente, sorprendida en su observación, y negó con la cabeza.

—No. Se siente… más firme.

—Me alegra.

El silencio regresó. No incómodo, sino denso. Presionaba suavemente los bordes de sus pensamientos, invitando al recuerdo sin exigirlo.

Tras un momento, Flora volvió a hablar, la voz baja pero clara.

—Quería darle las gracias —dijo—. Por la manta. Ayer.

La mirada de él se alzó de inmediato hacia ella.

—No hay de qué.

—Ayudó más de lo que imagina —añadió—. Dormí.

Algo se suavizó, brevemente, en su expresión.

—Compré varias a la vez —dijo—. Estaban destinadas al orfanato.

Los ojos de Flora se dirigieron de nuevo a los fardos y las cajas.

—Ya veo.

Él dudó, y luego añadió, casi como si la idea se le ocurriera en ese mismo instante:

—Hubo una que pensé que podría sentarle bien a usted.

Ella lo miró.

—Me alegra no haberme equivocado.

El calor acudió a sus mejillas, repentino y ajeno a su voluntad.

—Gracias —dijo en voz baja.

Él inclinó la cabeza, como si no hiciera falta decir nada más.

El silencio volvió a asentarse.

Había preguntas que deseaba hacer. Por qué no había regresado. Por qué no había ido a buscarla como había prometido. Si alguna vez lo había pensado de verdad. Una de ellas estuvo a punto de formarse en su lengua antes de que la tragara y la dejara disolverse. Los votos de la infancia eran cosas frágiles, pronunciadas antes de que el mundo terminara de impartir sus lecciones.

Y, sin embargo, él había dicho que la buscó.

¿Por qué?

No preguntó. Algunas heridas, lo sabía, sobrevivían precisamente porque nunca habían sido nombradas.

El carruaje redujo la marcha al bordear el filo de un barranco. A la izquierda se alzaba un sauce antiguo, el tronco ahuecado por los años, las largas ramas descendiendo hacia la tierra como velos de luto.

La postura de Aldrich cambió de inmediato.

El gesto fue sutil, pero inconfundible. Su mano se tensó un instante contra el asiento. Flora solo lo advirtió porque resonó con algo en su interior, una tensión silenciosa que llegaba antes de las tormentas.

Afuera, los árboles se cerraban más. El barranco caía en sombra, la pendiente oculta por la maleza húmeda y la tierra blanda.

El aliento de Aldrich se quebró.

Durante un instante, pareció no darse cuenta. La mirada fija al frente, el rostro palideciendo bajo la compostura. Cuando volvió a inhalar, fue de manera superficial e irregular.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Flora con suavidad.

—Sí —respondió con demasiada rapidez. Luego, tras una pausa —. Solo necesito un momento.

El carruaje siguió avanzando. El sauce quedó atrás.

Flora vaciló y luego metió la mano en el bolso, sacando la cantimplora. Se la ofreció sin comentario alguno.

—Agua.

Él la aceptó tras un breve instante, sus dedos rozando los de ella. Sintió el temblor en su mano antes de que tomara un aliento más firme y bebiera. Cuando le devolvió la cantimplora, su expresión había vuelto al control cuidadoso.

—Gracias —dijo.

Ella asintió, sin preguntar nada. Había cuestiones que intuía que aún no le pertenecían.

Verlo así, sin defensas durante el espacio de un solo aliento, la descolocó más que cualquier confesión. No era una figura devuelta por el destino o la memoria, sino un hombre moldeado por el miedo, la resistencia y la supervivencia.

El camino empeoró al salir del bosque. La lluvia había ablandado el terreno hasta convertirlo en un lodazal que tiraba de las ruedas. En una ocasión, el carruaje dio un brusco bandazo y lanzó a Flora hacia delante.

Aldrich reaccionó sin pensar. Su mano se cerró alrededor de su cintura, sosteniéndola antes de que cayera.

El contacto no duró más que un aliento.

Aun así, ella lo sintió por completo.

—Lo siento —dijo él al instante, soltándola.

—No es nada —respondió ella, aunque su pulso contaba otra historia.

—¿Está herida?

Negó con la cabeza.

—Solo me asusté. ¿Qué ha ocurrido?

El carruaje se detuvo poco después. El cochero descendió con una maldición entre dientes, agachándose para examinar una rueda hundida en el barro.

—Llevará algo de tiempo, mi lord —llamó.

Aldrich exhaló despacio.

—Podemos esperar. ¿Prefiere permanecer dentro del carruaje, o…?

—Iré a pie —dijo Flora.

Sus cejas se fruncieron.

—Señorita Bloom, su tobillo—

Ella lo miró, luego al sendero estrecho que se extendía ante ellos. Ya no quedaba lejos.

—Tiene razón —dijo en voz baja—. Pero la distancia es corta. Puedo caminar.

Él la observó un instante y luego inclinó la cabeza.

—Muy bien. Pero permítame acompañarla.

Ella sonrió, agradecida.

—Gracias.

Antes de bajar, lo vio correr la cortina del carruaje a medias, un gesto pequeño y deliberado. Aun así, al descender sintió el leve cosquilleo de ser observada, de lo fácilmente que un momento como

aquel podía ser malinterpretado por quienes estaban dispuestos a murmurar.

Él le ofreció el brazo de nuevo, un gesto que pedía en lugar de imponer.

Flora lo tomó.

Avanzaron despacio, los pasos medidos. El pueblo apareció delante, tejados modestos asomando entre los árboles. Cada paso enviaba un dolor sordo a través de su tobillo, pero no se quejó. Aldrich ajustó el paso sin decir nada, acompasándolo al de ella como si fuera instintivo.

—Valeshire ha cambiado poco —dijo al fin—. Al menos, no en lo que importa.

—No —respondió ella—. Hay lugares que recuerdan quién fuiste, por mucho tiempo que haya pasado.

Él la miró entonces, algo ilegible cruzándole los ojos.

—¿Y eso es un consuelo, o una carga?

Ella consideró la pregunta mientras caminaban.

—Ambas cosas —dijo al final.

El orfanato apareció poco después.

Los muros de piedra parecían más bajos de lo que recordaba, la verja más estrecha, el hierro oscurecido por la humedad y los años. Incluso a distancia, un olor débil y familiar llegó hasta ella: piedra mojada y madera vieja, inalteradas por el tiempo.

Flora aminoró el paso, el pecho apretándosele al respirar.

De niña, había creído que aquel lugar bastaba. De adulta, podía ver cuán poco había ofrecido siempre y cuánto había arrebatado.

Había regresado.

Aldrich no habló. Permaneció a su lado, firme y silencioso, deteniéndose justo antes de la verja, como si comprendiera que aquel umbral solo a ella le correspondía cruzar.

Seven

Lo que recuerdan los muros



El orfanato estaba más silencioso de lo que Flora recordaba.

Los muros de piedra habían sido limpiados a conciencia, el jardín recortado en líneas ordenadas. Las risas de los niños flotaban por el patio, ligeras y sin cautela, desprovistas del silencio vigilado que había gobernado sus días antaño. Manos pequeñas aferraban juguetes de madera. Los zapatos estaban remendados. Los rostros, más llenos.

Era mejor.

El conocimiento no le trajo consuelo alguno.

Flora se detuvo ante la verja, la respiración corta, los dedos cerrándose sin pensarlo alrededor de la manga de Aldrich. Él lo advirtió, aunque no hizo comentario alguno; simplemente redujo el paso para acompasar el suyo.

Incluso entonces fue vagamente consciente de que cualquiera que mirara vería algo más que cortesía en aquella cercanía. La conciencia se asentó con incomodidad en su pecho, no como culpa, sino como consecuencia.

La puerta principal se abrió y una matrona salió de inmediato. Su expresión cambió en cuanto lo reconoció.

—Mi lord —dijo, descendiendo en una profunda reverencia—. No habíamos sido informados—

—Solo he venido a acompañar a la señorita Bloom —respondió Aldrich con serenidad—. Residió aquí en otro tiempo.

La mirada de la mujer se deslizó hacia Flora. Algo ilegible pasó por ella, rápido y ya ausente.

—Deseo ver a la señora Harrowby —dijo Flora en voz baja—. Si se encuentra lo bastante bien.

La matrona dudó.

—La directora está enferma, señorita. Pero… por favor, entren. La avisaré.

Ante la mirada de Aldrich, añadió con rapidez:

—Y llamaremos al médico de inmediato. Parece usted herida.

Las condujeron a una sala modesta. El aire olía a hierbas hervidas y a cera, limpio pero con un trasfondo ligeramente medicinal. Flora se sentó con cuidado en una silla, el tobillo palpitándole ahora que el movimiento había cesado.

El médico llegó poco después, un hombre delgado, de ojos cansados y manos competentes. Examinó el tobillo, volvió a vendarlo y negó con la cabeza.

—No debe apoyar el peso —dijo con firmeza—. Un esguince así requiere reposo.

Se volvió hacia Aldrich.

—Asegúrese de que no lo fuerce más.

Flora abrió la boca, dispuesta a responder por sí misma. Antes de que pudiera hacerlo, Aldrich inclinó la cabeza.

—Lo haré.

Ella no añadió nada, aunque el silencio le supo a una pequeña rendición.

Cuando el médico se marchó, la habitación pareció contraerse a su alrededor.

—La directora la recibirá ahora —dijo la matrona—. Sus aposentos están arriba.

Flora se levantó al instante. Aldrich dio un paso adelante.

—La ayudaré.

—Puedo hacerlo —dijo ella, aun cuando el dolor le tensó la mandíbula.

—El médico ha sido claro —respondió él con suavidad—. Permítame.

Vaciló. Luego asintió.

Las escaleras eran más empinadas de lo que recordaba. A mitad de camino, los pasos le flaquearon y la respiración se le volvió irregular.

—La señora Harrowby no puede bajar —explicó la matrona con disculpa—. Lleva meses postrada en cama.

Flora alzó la vista hacia los escalones restantes. El orgullo la impulsaba a seguir. El juicio no.

Antes de que pudiera hablar, Aldrich se movió.

—Perdone la impropiedad —dijo en voz baja.

Y la alzó en brazos.

El aliento se le escapó de golpe.

El pasillo pareció de pronto demasiado estrecho, demasiado público. Escondió el rostro contra su abrigo, el cuerpo rígido de conciencia, plenamente consciente de cómo aquello podía verse, de lo fácil que era que un momento así fuera malinterpretado por los ojos equivocados.

—No dejaré que caiga —murmuró él.

—Lo sé —susurró ella.

Su abrazo era firme pero cuidadoso, sus pasos tranquilos. El latido de su corazón retumbaba bajo la mejilla de Flora, rápido e innegable. Cuando la depositó ante la puerta cerrada, las piernas le temblaron un instante, como si el suelo mismo hubiera cedido.

—Gracias —dijo, incapaz de sostenerle la mirada.

Entraron juntos.

La señora Harrowby yacía recostada entre almohadas, el cabello blanco, el rostro afilado y atento pese a la edad.

Se quedó mirándola.

—¿Flora? —dijo al fin.

—Sí, señora.

La mirada se endureció.

—Huyó de la casa del señor Huxley.

Flora se puso rígida.

Recordó puertas cerradas. Una voz que nunca se suavizaba. La certeza callada de que quedarse le habría costado algo que no podía permitirse perder.

—Me fui —dijo.

—Él presentó una reclamación contra nosotras —continuó la señora Harrowby con frialdad—. Exigió una compensación por los

gastos de su adopción.

La matrona se inclinó y susurró:

—Ha llegado con el vizconde Ainsworth.

Los ojos de la señora Harrowby se clavaron en Aldrich.

—¿Así que al fin la ha encontrado, mi lord?

—Así es —respondió él con calma—. Y espero que la ayude.

La señora Harrowby lo estudió, luego a Flora, el cálculo evidente en su rostro.

—Siéntese —dijo—. Hablaremos.

Flora permaneció de pie.

—¿Sabe —preguntó con cuidado— quiénes fueron mis padres?

Los labios de la señora Harrowby se curvaron en algo que no era del todo una sonrisa.

—Ningún niño que llega aquí sabe tales cosas.

Flora tragó saliva.

—Entonces quizá sepa quién me trajo.

—No lo sé.

Los dedos de Flora se tensaron.

—Al menos la noche en que llegué. Alguien debe recordarlo.

—Hay cientos de niños —replicó la señora Harrowby con aspereza—. ¿Se imagina lo bastante singular como para ser recordada?

Las palabras golpearon con fuerza.

—Por favor —dijo Flora, la voz temblándole pese a su contención —. No pido más que lo que recuerde.

La señora Harrowby se volvió.

—Debe marcharse.

Algo se quebró en Flora.

—Mis padres —susurró—. O un nombre. O alguien que pudiera haberlos conocido.

—¿Y por qué habría de importar ahora?

Flora bajó la mirada.

—Voy a casarme —dijo—. Y los padres de mi prometido han pedido los nombres de mis padres. Para escribirlos en las invitaciones.

El silencio cayó, pesado y juzgador.

—Ya veo —dijo la señora Harrowby con frialdad—. Le importa ahora, cuando le conviene.

—Siempre me ha importado.

—No sé nada —replicó ella con brusquedad—. Y se marchará.

Las lágrimas se deslizaron libres. Flora inclinó la cabeza, avergonzada de ellas, avergonzada de sí misma por haber esperado.

Tomó aire y alzó el mentón.

—Si recuerda algo —dijo en voz baja—, cualquier cosa, le ruego que lo diga ahora.

Solo entonces habló Aldrich.

—Si no lo hace —dijo con calma—, retiraré mi patrocinio de esta institución.

El aire cambió.

Flora supo, con una claridad súbita, que tales palabras no pasarían desapercibidas. El patrocinio nunca se retiraba en silencio.

La señora Harrowby lo miró fijamente y luego se desplomó un poco.

—Hubo una mujer —dijo con sequedad—. La antigua vizcondesa de Wycliffe. Trajo al bebé ella misma. El nombre Flora Bloom fue el que eligió.

El nombre cayó con una fuerza inesperada.

Wycliffe.

Flora lo había oído antes. Pronunciado en Mayfair con cuidado. Con contención.

—Pagó por el silencio —añadió la señora Harrowby—. No diré nada más.

Al menos tenía un nombre.

Fuera de la estancia, el pasillo se sentía demasiado estrecho, el aire demasiado escaso.

—¿Qué hará ahora? —preguntó Aldrich.

—Iré a la casa del vizconde Wycliffe —dijo Flora.

—Iré con usted.

Ella negó con la cabeza.

—No. Esto es algo que debo hacer sola.

Él no discutió. Solo dijo:

—Permítame. Por favor.

Tras un instante, ella asintió.

Al pie de la escalera, la matrona aguardaba.

—Es tarde. Pueden quedarse esta noche.

Flora miró a Aldrich.

Él inclinó la cabeza.

Y así se quedaron.

Eight

La tormenta vuelve



La lluvia golpeaba con fuerza los ventanales aquella noche.

Azotaba el tejado con una insistencia implacable, haciendo vibrar los cristales mientras el trueno rodaba bajo y distante, para acercarse después. El orfanato yacía envuelto en la oscuridad, los pasillos en silencio salvo por el quejido ocasional de la madera vieja acomodándose bajo la tormenta.

Flora permanecía despierta sobre la cama estrecha, las manos cruzadas sobre el pecho, el tobillo herido cuidadosamente apoyado en una almohada. La habitación era pequeña y desnuda. Una sola silla. Un lavabo. Paredes frotadas hasta borrar cualquier rastro de color y de calor, como si el propio consuelo hubiera sido disuadido de quedarse.

Había imaginado aquella habitación una vez.

De niña, se desvelaba en el dormitorio común y se preguntaba qué se sentiría al dormir allí, separada de las demás. Ser elegida. Que se le permitiera una puerta propia. Había imaginado seguridad donde nunca había existido de verdad.

Ahora estaba allí.

Y la habitación pesaba más de lo que la memoria había prometido.

Un trueno partió el cielo, lo bastante cerca como para hacerla estremecer. La respiración se le tensó, superficial e irregular, mientras el pasado emergía sin invitación. Voces alzadas tras puertas cerradas. Pasos que se detenían demasiado tiempo en el pasillo. Risas que nunca habían significado bondad.

Apoyó la palma contra el colchón, anclándose.

Ya no eres una niña, se dijo.

Aun así, el pecho le dolía, como si no terminara de creerlo.

Un golpe suave sonó en la puerta.

Los ojos de Flora se abrieron de par en par.

Durante un instante no pudo moverse. Luego llegó otro golpe, cuidadoso, contenido, como si quien estuviera al otro lado supiera cuán fácilmente podía romperse el silencio.

—¿Señorita Bloom?

La voz de Aldrich.

El pulso se le aceleró. No por miedo, sino por conciencia. Miró hacia la puerta, de pronto muy consciente de lo finas que eran las paredes, de lo fácil que sería que una matrona al pasar se detuviera, escuchara.

—¿Sí? —respondió.

—¿Puedo pasar?

Vaciló, luego asintió antes de recordar que él no podía verla.

—Por favor.

La puerta se abrió en silencio. Aldrich entró y se detuvo justo tras el umbral, permaneciendo allí un instante más de lo necesario. La luz del pasillo rozó su rostro antes de que la puerta se cerrara tras él, dejándolo a medias en sombra.

—Quería asegurarme de que se encontraba bien —dijo—. La tormenta es… poco amable.

—Estoy bien —respondió ella, aunque las palabras eran más livianas que la verdad.

Él no las cuestionó. En lugar de ello, se dirigió a la silla y se sentó, manteniendo una distancia medida. La contención era deliberada, casi formal, como si compartiera la misma conciencia de límites que ahora a ella la oprimía.

Durante un rato, escucharon juntos la lluvia.

—Suena igual que antes —dijo él al fin.

—Sí —respondió ella en voz baja—. Siempre suena así.

El silencio se asentó entre ellos, no vacío, sino cargado. Flora advirtió que sus hombros se habían aflojado, apenas un poco.

—Solía odiar noches como esta —continuó Aldrich—. Hacían que todo pareciera… más fuerte.

Ella lo miró.

—¿No le gustaban las tormentas?

Una sonrisa leve tocó su boca.

—Fingía que no me importaban. Nunca fui muy convincente.

Un recuerdo se agitó, cálido e inesperado.

—Decía que el trueno no era más que el cielo discutiendo consigo mismo.

Las cejas de él se alzaron.

—¿Eso decía?

—Lo decía —respondió ella—. Estaba muy seguro de ello.

Una risa suave se le escapó, sorprendida.

—Usted tenía miedo de las tormentas —añadió él con delicadeza.

—No tenía miedo —replicó ella al instante.

Otro trueno resonó, más cercano esta vez. Flora se sobresaltó a pesar de sí misma, el aliento atrapado antes de poder evitarlo. La tensión se disipó casi tan rápido como había llegado.

Él la miró, arqueando una ceja.

Ella sonrió, apenas.

—Sobresaltada —dijo—. No asustada.

Algo se ablandó en su expresión. El siguiente relámpago iluminó brevemente su rostro, trazando sombras bajo los ojos que lo hacían parecer mayor de lo que ella recordaba. Más cansado.

—Hay promesas —dijo al cabo de un momento, con la voz ahora más baja— que tardan más en cumplirse de lo que uno espera. La fuerza no se reúne de una sola vez.

El corazón de Flora se contrajo. No le preguntó a qué se refería. Intuyó que la respuesta sería más pesada de lo que la noche podía sostener.

—A menudo me he preguntado —continuó en voz queda— quién habría sido yo de no haberla conocido.

Las palabras quedaron entre ellos, no como una declaración, sino como una verdad largamente cargada.

Ella apartó la mirada, la garganta tensa.

—Yo no hice gran cosa.

—Hizo lo suficiente.

Pasos sonaron débilmente en algún punto del pasillo. La respiración de Flora se detuvo. Aldrich se puso en pie al instante, preciso e instintivo, creando más distancia entre ellos sin decir palabra.

Los pasos se alejaron. El silencio regresó.

Solo entonces comprendió cuán intensamente había sentido el riesgo de aquel momento, lo fácilmente que podía malinterpretarse, lo frágil que ya era su posición.

La lluvia fue amainando poco a poco, su violencia cediendo a un ritmo más constante. Flora sintió que la habitación aflojaba su dominio sobre sus pensamientos.

—Me alegra que haya venido —dijo, la confesión escapándosele antes de poder contenerla.

Él inclinó la cabeza.

—A mí también.

No se quedó.

—La dejaré descansar —dijo—. Si necesita algo—

—Lo sé —respondió ella.

Se detuvo en la puerta, la mano apoyada un instante contra la madera. Por un momento, creyó que diría algo más. En cambio, solo dijo:

—Buenas noches, señorita Bloom.

—Buenas noches, mi lord.

Cuando la puerta se cerró tras él, la habitación volvió a quedar en silencio.

Pero no estaba vacía.

Flora se recostó contra la almohada, la tormenta ya no resonaba con tanta fuerza dentro de su pecho. Y aun así, mientras el sueño se acercaba, otro pensamiento se impuso, incómodo e insistente.

La letra cuidadosa de William. Su certeza paciente. La vida que le ofrecía, estable y ganada.

Sintió una punzada de culpa al reconocer que aquella paz frágil no había nacido de sus promesas, sino de la presencia de un hombre al que debería dejar en el pasado.

Afuera, la lluvia continuó cayendo con regularidad.

Y aunque por fin durmió, lo hizo con la sensación leve y perturbadora de que aquella calma había sido prestada, no concedida, y de que no habría de durar.

Nine

El precio de ser vista



La mañana llegó a Valeshire con suavidad.

Flora despertó con los sonidos amortiguados del movimiento al otro lado de las paredes delgadas de la habitación del orfanato. Pasos en el pasillo. Una voz lejana llamando a un niño por su nombre. Durante un instante permaneció inmóvil, la mirada fija en el techo desconocido sobre ella.

Había regresado.

No como una niña que no pertenecía a nadie, sino como una invitada.

Sus ojos se deslizaron hacia el pequeño escritorio junto a la ventana. Sobre él descansaban una hoja de papel limpio. Una pluma. Tinta cuidadosamente tapada.

Había prometido escribir a William.

El pensamiento le tensó algo bajo en el pecho. Apartó la mirada antes de que la culpa tomara forma.

Llamaron a la puerta.

—¿Señorita Bloom?

—Sí —respondió Flora, incorporándose.

Una mujer entró con una bandeja sostenida con cuidado entre las manos. Era mayor que Flora, su expresión reservada, aunque no carente de amabilidad. Sobre la bandeja había un desayuno sencillo. Pan aún tibio. Mantequilla. Té desprendiendo un tenue vapor.

—Para usted —dijo la mujer—. Tiene suerte.

Flora parpadeó.

—¿Suerte?

La mujer vaciló, luego lanzó una mirada al pasillo y bajó la voz.

—No suele ofrecerse tal atención. Pero lord Ainsworth lo solicitó.

Mientras dejaba la bandeja, su actitud cambió casi de forma imperceptible. Más cuidadosa. Más distante. La deferencia permanecía, pero la calidez se enfrió.

—Ya veo —murmuró Flora.

Cuando volvió a quedarse sola, se sentó frente a la comida intacta. El vapor del té ascendía en espirales, nublándole la vista.

Así era entonces.

No bondad, sino cercanía al poder.

Comió despacio, sin apetito, con plena conciencia.

Incluso allí, no era bienvenida por pertenecer, sino porque alguien influyente había decidido situarse cerca de ella.

Y ya el mundo comenzaba a ajustarse a ese hecho.

Sonaron otros golpes.

—¿Puedo pasar?

Flora se levantó al instante.

—Por supuesto, mi lord.

Aldrich entró, y su presencia alteró la habitación de maneras sutiles. Se detuvo un instante, la mirada recorriendo la bandeja, el escritorio, el papel aún en blanco.

—¿Cómo está hoy su tobillo? —preguntó.

—Mejor —respondió ella, ofreciendo la sonrisa conocida. La fácil. La segura—. Gracias.

Él la observó un momento y luego asintió.

—Me alegra.

Ella señaló la silla.

—Por favor.

Él permaneció de pie.

—Deseaba preguntarle qué piensa hacer ahora.

—Me gustaría ir a la propiedad de lord Wycliffe.

Un destello de reconocimiento cruzó su rostro.

—Se encuentra a cierta distancia de aquí.

—Lo sé.

—Tengo asuntos en esa dirección —dijo con ligereza—. Si lo permite, puedo escoltarla.

Algo en la elección de palabras le llamó la atención.

Asuntos.

Flora inclinó la cabeza, aunque un pensamiento silencioso se agitó en su interior. Las tierras de Wycliffe se hallaban al este de Valeshire. Las propiedades de Aldrich no. Había dispuesto flores el tiempo suficiente como para saber esas cosas.

Aun así, se limitó a decir:

—Parece que acumulo muchas obligaciones.

Él negó de inmediato.

—No son obligaciones. No le pido nada a cambio.

Ella sostuvo su mirada.

—Aun así, le estoy agradecida.

Cuando salieron al exterior, el patio del orfanato ya bullía de sonidos. Los niños corrían por los senderos, las risas elevándose sin reservas.

Se detuvieron al ver a Aldrich.

—¡Lord Ainsworth!

Él inclinó la cabeza.

—Buenos días.

—Gracias por los libros —gritó un niño—. Y por los dulces.

—Y también por la manta —añadió otro.

—De nada —respondió—. Hagan buen uso de ellos.

Una niña se quedó rezagada, los ojos yendo de Aldrich a Flora.

—¿Es su dama?

Flora respondió demasiado rápido.

—No.

Se arrodilló, ignorando el dolor en el tobillo.

—Yo viví aquí antes. Igual que tú.

La niña la examinó.

—Pero eres muy bonita.

Flora rió suavemente.

—Tú también lo eres.

Al incorporarse, lo sintió.

Una mirada de una de las matronas. No hostil, pero tampoco amable.

Evaluación. Ubicación.

El carruaje aguardaba.

Dentro, el asiento era blando. El espacio, cálido. El trayecto, suave.

Demasiado suave.

Flora entrelazó las manos en el regazo, plenamente consciente de lo fácil que su cuerpo aceptaba aquel confort. De cuán rápido se acostumbraba.

Se sentía como si estuviera tomando prestada una vida que no era la suya.

A su lado, Aldrich permanecía en silencio, ajeno a las miradas que quedaban atrás. A los murmullos que empezaban a formarse. A cómo su presencia reordenaba los espacios incluso después de marcharse.

El camino se extendía ante ellos.

Los campos pasaban. A lo lejos aparecieron las verjas con el blasón de Wycliffe, oscuras contra el cielo pálido.

Conocía el nombre.

Antiguo. Cerrado. Cuidadoso con la reputación. Implacable cuando esta se veía amenazada.

Respiró hondo, afirmándose.

Debería haber sentido alivio.

En su lugar, sintió el peso de ser vista. De ser notada. De verse atraída a una órbita que nunca había buscado.

La certeza cuidadosa de William acudió entonces a su mente. La vida que le ofrecía. Ganada. Silenciosa. Legítima.

Se preguntó qué significaba que aquella calma frágil no proviniera del futuro que había elegido, sino de la sombra de un

pasado que se negaba a guardar silencio.

El carruaje siguió avanzando.

Y Flora comprendió, con una claridad que la inquietó, que la comodidad nunca era gratuita, y que apenas comenzaba a aprender su precio.

Ten

Caminos que recuerdan



Reanudaron el viaje bajo un cielo incapaz de decidirse.

Las nubes avanzaban bajas y pálidas, adelgazándose apenas lo suficiente para dejar pasar breves fragmentos de luz antes de cerrarse de nuevo. El camino se extendía por delante con una perseverancia silenciosa, flanqueado por setos que empezaban a florecer. La tierra húmeda respiraba suavemente en el aire con cada giro de las ruedas.

Flora se sentía ahora más cómoda.

El tobillo, vendado y en reposo, seguía doliendo, pero el dolor se había asentado en algo manejable. Aldrich había colocado un cojín bajo su pie sin comentario alguno, ajustándolo una vez cuando el carruaje dio un bandazo, como si el gesto no fuera más que costumbre.

Observó el paisaje pasar. Los campos daban paso a aldeas. El humo se enroscaba en las chimeneas. Una mujer se detuvo mientras colgaba la ropa, la mirada retenida una fracción más de lo que dictaba la cortesía antes de que el carruaje siguiera su camino.

Flora lo sintió entonces.

No hostilidad. Tampoco bienvenida.

Atención.

El carruaje avanzó, suave y silencioso, como si nada hubiera cambiado.

—¿Viaja por aquí a menudo? —preguntó al fin, más para aliviar el silencio que por curiosidad.

—Rara vez —respondió Aldrich—. Mis asuntos me mantienen en tierras de Ainsworth. Valeshire solo cuando el deber llama. Londres, aún menos, si puedo evitarlo.

Ella asintió.

—Entonces debió de sorprenderle estar allí.

—Así fue.

Vaciló y luego dijo con cuidado:

—No esperaba que conociera a la señorita Arabella Whitcombe. Es bastante conocida.

Una comisura de su boca se alzó.

—Para Londres, quizá. Para mí, no es más que mi prima. Una muy habladora.

El sonido escapó de Flora antes de que pudiera detenerlo. Una risa breve, ligera y sin resguardo. Alzó la mano de inmediato, cubriéndose la boca mientras el color le subía a las mejillas.

—Lo siento —dijo con rapidez—. Fue impropio.

—No lo fue —replicó él al instante—. Me alegra oírla.

Ella lo miró, insegura.

—No la he oído reír desde que nos encontramos —añadió—. Le sienta bien.

Flora volvió la vista hacia la ventanilla, aunque la sonrisa tenue en sus labios se negaba a desaparecer.

Al cabo de un momento, él volvió a hablar.

—A decir verdad, debo a Arabella más de lo que prefiero admitir. De no haber insistido en aquella floristería, podría haber atravesado Londres sin verla nunca.

Los dedos de Flora se cerraron suavemente en el regazo.

—Y la peineta —murmuró—. Nunca habría sabido que le pertenecía.

—No —convino él—. Parece que las cosas más pequeñas suelen tener el alcance más largo.

Guardó silencio durante unas respiraciones y luego dijo, con cautela:

—La señorita Whitcombe mencionó que estaba usted en Londres para buscar esposa.

Él no respondió de inmediato.

—Es la temporada —continuó ella, aferrándose a la propiedad más que al valor—. Muchos la considerarían la ocasión adecuada.

—Así lo harían.

—¿Y? —preguntó, casi pese a sí misma.

—No creo que ya lo necesite —dijo él.

El aliento se le cortó, sutil y agudo.

—Oh.

El silencio que siguió fue deliberado.

—Encontrará una pareja muy apropiada —dijo Flora al fin. Las palabras sonaron rígidas, ensayadas, como si se lo recordara tanto a

sí misma como a él—. Un caballero como usted merece una dama de posición y gracia.

Mientras hablaba, algo dentro de ella se resistía, callado pero feroz.

La mirada de él descansó en ella, pensativa más que divertida.

—Tal vez —dijo—. Si el destino insiste.

Flora inclinó la cabeza y volvió la atención a los campos más allá de la ventanilla, aunque la opresión en el pecho no cedió.

Se detuvieron a última hora de la tarde en una posada modesta, la hiedra trepando por sus muros de piedra con una determinación silenciosa.

Aldrich descendió primero y habló brevemente con el posadero. La voz del hombre se volvió visiblemente deferente cuando se pronunció el nombre de Aldrich. Siguió una mirada. Luego otra, dirigida a Flora.

Cuando Aldrich le ofreció la mano, lo hizo con cuidado.

—Con cuidado —dijo—. El escalón es alto.

Ella aceptó su ayuda. El agarre de él fue firme y contenido. La soltó en cuanto sus pies tocaron el suelo.

Dentro, la posada olía tenuemente a humo de leña y a té. Aldrich volvió a hablar con el posadero. Se prepararon dos habitaciones. Una en el piso superior. Otra más cercana a la escalera.

—La que prefiera —dijo.

—La de abajo será más fácil —admitió ella.

—Por supuesto.

Flora advirtió, no por primera vez, cómo él presentaba la ayuda como elección y no como mandato. Él no percibía cómo la estancia

se reordenaba a su alrededor cuando hablaba.

Más tarde, después de lavarse y descansar, llegó otro golpe.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo Aldrich—. Me preguntaba si desearía cenar.

Vaciló apenas un instante.

—Sí. Gracias.

Cenaron en la pequeña sala común. Sopa. Pan. Un asado modesto. Aldrich sirvió té para ambos. Sin comentario alguno, añadió dos terrones de azúcar a su taza.

Flora lo notó.

Hablaron de cosas pequeñas. Caminos. El tiempo. De cómo la primavera parecía reacia este año. Sin embargo, bajo la conversación corría una corriente que no podía ignorar, silenciosa pero persistente.

Cuando terminaron, Aldrich removió el té sin beberlo.

—Hay caminos que no favorezco —dijo de pronto.

Flora alzó la mirada.

—Me di cuenta.

Él inclinó la cabeza.

—No es algo de lo que suela hablar.

Ella esperó.

—Cuando era más joven —dijo al cabo de un momento—, viajar no siempre fue amable con mi familia.

No explicó más, y ella no preguntó.

Flora sintió el peso de lo que quedaba sin decir. No insistió.

—Algunos lugares nos recuerdan —dijo en voz baja—, incluso cuando desearíamos que no lo hicieran.

Los ojos de él se alzaron hasta los suyos.

—Sí. Eso es exactamente.

* * *

La noche llegó con suavidad.

Más tarde, en su habitación, Flora se sentó en el borde de la cama. La vela ardía baja. La lluvia susurraba contra la ventana, constante y paciente. La estancia olía levemente a cera y a lana húmeda.

El silencio hizo espacio para pensamientos que había mantenido a raya todo el día.

¿Y si nunca hubiera debido venir?

La pregunta le robó el aliento. Juntó las manos, como si pudiera contener el miedo.

Un golpe suave.

—¿Sí?

Aldrich entró solo después de su respuesta. No se quitó el abrigo. Permaneció de pie cerca de la silla más alejada de la cama, como si la distancia misma fuera una forma de respeto.

—Quería saber cómo se encontraba —dijo—. Su tobillo.

—Es manejable —respondió ella.

Él no comentó la tensión de su postura. Tomó la silla y se sentó solo tras un instante de vacilación.

Durante un rato, ninguno habló.

—¿Y si nunca hubiera venido? —repitió Flora, esta vez en voz alta.

Él no la interrumpió.

—¿Y si saberlo no cambia nada? —la voz le tembló—. ¿Y si solo confirma que me enviaron lejos por una razón que no puedo soportar oír?

—No tiene que decidir nada esta noche —dijo él con suavidad—. Ni cargar con las respuestas de mañana antes de que se presenten.

—Tengo miedo de ambas cosas —confesó ella—. De saber. Y de no saber.

La lluvia arreció.

—El miedo no significa que esté equivocada al buscar la verdad —dijo Aldrich—. Solo que la verdad importa.

Algo en su pecho se aflojó.

—¿Recuerda el camino que mencioné antes? —dijo tras una pausa, la mirada desviándose un instante hacia la ventana—. El que no favorezco. Donde los árboles crecen muy juntos. Hay allí un sauce. Viejo. Hueco en el tronco.

Ella no se movió.

—El carruaje de mis padres se salió del camino allí —continuó—. El terreno se había ablandado tras la lluvia. La rueda quedó atrapada. Los caballos se asustaron.

Sus manos se cerraron un instante y luego se relajaron.

—Yo sobreviví —dijo—. Ellos no.

El dolor le apretó la garganta.

—No pude volver. No entonces. No durante mucho tiempo. Aprendí lo que es temer a un lugar. A un recuerdo. Lo que significa llegar demasiado tarde.

—Así que cuando tema lo que mañana pueda revelar —añadió, encontrando de nuevo su mirada—, sepa que no está sola en ese miedo.

Durante un largo momento, Flora no pudo hablar.

—No olvidó —dijo por fin, y la firmeza de su voz la sorprendió.

—No —respondió—. Solo me retrasé.

La vela se inclinó, luego se estabilizó.

Cuando se levantó para marcharse, se detuvo en la puerta.

—Descanse —dijo—. Mañana llegará lo bastante pronto.

Después de que se fuera, Flora se recostó contra la almohada. La lluvia llenó los espacios donde antes estaban sus pensamientos.

William acudió entonces a ella. Su certeza. Su nombre. La seguridad que le ofrecía frente al mundo.

Y Aldrich siguió, no con promesas, sino con comprensión. Con el conocimiento mismo del miedo.

Comprendió entonces que temían cosas distintas.

Ella temía lo que la verdad pudiera decir sobre su comienzo.

Él temía los lugares que recordaban lo que había perdido.

Por primera vez desde que inició aquel viaje, el peso sobre su pecho se sintió compartido.

Y en algún lugar más allá de los muros delgados de la posada, Aldrich permanecía despierto también, consciente de que el camino que había empezado a recorrer años atrás ya no era solo suyo.

Eleven

Miradas y memoria



Flora no había advertido cuán tensamente se había estado sosteniendo a sí misma hasta que Aldrich se detuvo al pie de la escalera.

—¿Se encuentra lo bastante bien para viajar? —preguntó en voz baja—. ¿El tobillo?

Probó el peso con cuidado y dio unos pasos por el estrecho descansillo. El dolor seguía allí, sordo y persistente, pero ya no reclamaba toda su atención.

—Puedo caminar sola ahora —dijo—. Despacio, quizá. Pero puedo hacerlo.

La mirada de él se detuvo en ella un instante más de lo que exigía la cortesía, luego inclinó la cabeza.

—Muy bien. Si empeora, debe decírmelo.

—Lo haré.

Salieron juntos de la posada hacia la pálida incertidumbre de la mañana. El aire conservaba aún la humedad de la noche, fresco contra las mejillas, y el patio olía tenuemente a piedra mojada y

paja. Un mozo preparaba ya el carruaje, ajustando las correas con eficacia experta.

—Lord Ainsworth.

La voz llegó desde cerca de la verja.

Un caballero aguardaba allí, sombrero en mano, el abrigo de corte moderno, la sonrisa afilada por la curiosidad más que por la cordialidad. Su mirada se deslizó, sin discreción, de Aldrich a Flora.

—Pensé que era usted —dijo—.

Aldrich se detuvo de inmediato.

—Señor Harland.

—El mismo —respondió el caballero con ligereza—. De paso. Imagine mi sorpresa al encontrarlo aquí, de todos los lugares posibles.

Sus ojos regresaron a Flora, evaluándola ahora abiertamente.

—Y en tan… interesante compañía.

La postura de Aldrich no cambió, pero algo en él se aquietó.

—Señorita Bloom —dijo, tras una breve pausa—, permítame presentarle al señor Leonard Harland, hijo mayor del conde de Harland.

Flora hizo una reverencia medida y precisa.

—Encantada, señor.

Las cejas de Leonard se alzaron.

—¿Bloom? —repitió, como saboreando el nombre—. No recuerdo una familia con ese apellido entre la nobleza.

Flora sintió un calor repentino e indeseado subirle a las mejillas, como si la hubieran sorprendido haciendo algo que no sabía nombrar, solo que no debía ser visto.

Por un instante, la mañana se volvió demasiado silenciosa.

Aldrich respondió con calma.

—La señorita Bloom es conocida mía. La estoy asistiendo en un asunto privado.

Leonard sonrió entonces, un pliegue conocedor en la boca, la mirada posándose en Flora con una facilidad que sugería familiaridad más que cortesía.

—Ya veo —dijo con ligereza—. Eso explica muchas cosas. Uno se pregunta por qué lord Ainsworth rechaza con tanta frecuencia invitaciones a reuniones perfectamente respetables.

Sus ojos volvieron a Aldrich.

—Un hombre debe tener sus distracciones privadas, después de todo.

La insinuación quedó suspendida, deliberada y sin prisa.

Flora sintió el calor regresar a sus mejillas, más intenso esta vez. No exactamente vergüenza. Algo más cercano a la ofensa.

Aldrich no se movió. No alzó la voz. Pero el aire a su alrededor pareció inmovilizarse.

—Si la decencia debe inclinarse siempre ante la reputación —dijo con serenidad—, pronto nos encontraremos viviendo en un mundo donde la reputación sustituye al carácter.

Leonard rió en voz baja.

—Siempre tan moralista.

Su mirada volvió a Flora, ahora más lenta.

—Es usted afortunada, señorita Bloom. Pocos hombres se toman tantas molestias por mantener tal contención.

El insulto estaba envuelto con demasiada pulcritud como para protestar.

Aldrich avanzó medio paso. No para ocultar a Flora de la vista, sino para dejar algo inequívocamente claro.

—La señorita Bloom —dijo con firmeza— está bajo mi protección. No bajo mi indulgencia.

La distinción cayó limpia.

La sonrisa de Leonard se afinó apenas perceptiblemente. Por primera vez, examinó a Aldrich y no a la mujer a su lado.

—Ah —dijo—. Entonces retiro lo dicho.

Se llevó de nuevo el sombrero a la cabeza, esta vez con menos desenfado.

—Buen viaje. A ambos.

—Quizá —respondió Aldrich, sin alterar el tono.

No miraron atrás al subir al carruaje.

Solo cuando ya se movían se atrevió Flora a mirar por la ventanilla. Leonard seguía donde lo habían dejado, alzando la mano en un saludo perezoso, la sonrisa aún presente, como si ya imaginara la historia que algún día podría contar.

Un escalofrío la recorrió. Londres no estaba lejos, y las historias viajaban más rápido que los carruajes.

Iba a apartar la mirada cuando notó la atención de Leonard desviarse hacia una mujer que acababa de salir por la puerta lateral de la posada. Ella rió por algo que él dijo. Leonard se inclinó hacia ella con naturalidad y práctica, su mano rozando el brazo de la mujer con una familiaridad que no requería permiso.

El gesto no era cruel.

Eso, de algún modo, la inquietó más.

Era la facilidad. La manera en que el afecto parecía algo que él vestía a la ligera, como un abrigo que podía quitarse cuando cambiaba el tiempo.

Apartó la vista.

Algunas personas, pensó, confundían la libertad con la abundancia. Y nunca advertían cuánto de sí mismas dejaban atrás.

* * *

El camino se desplegó por delante, silencioso y estrecho.

Al cabo de un rato, Flora habló.

—¿Esto le causará dificultades?

Aldrich se volvió hacia ella.

—¿Se refiere al señor Harland?

—Sí —entrelazó con fuerza las manos en el regazo—. No querría ser la causa de… especulaciones. Sobre todo cuando algún día se casará.

Él consideró sus palabras con cuidado.

—Harland disfruta de la insinuación, pero no comercia con el chisme. Al menos, no con el que perdura.

—¿Y si lo hiciera?

—Entonces soportaría eso también —dijo sencillamente.

Flora exhaló, aunque la inquietud no la abandonó del todo. Pensó en William. En sus padres. En los libros de cuentas y las mañanas ordenadas. En lo que podría decirse si alguien supiera que había pasado la noche bajo el mismo techo que un vizconde.

Cerró los ojos un instante, deseando apartar el pensamiento.

Cuando los abrió de nuevo, el mundo había cambiado.

El camino se había ensanchado, alisándose bajo las ruedas, y a ambos lados se extendía un huerto en pálida floración. Los manzanos se alineaban en hileras cuidadas, las ramas cargadas de flores que flotaban con pereza en el aire. Los pétalos se esparcían por el suelo como nieve caída, y el aroma era ligero, limpio, casi esperanzador.

—Es hermoso —murmuró Flora, inclinándose levemente hacia la ventanilla—. Wycliffe parece… gentil.

—Tiene sus virtudes más silenciosas —respondió Aldrich.

Vaciló y luego lo miró.

—Entonces Ainsworth debe de ser aún más hermoso, ¿no es así?

Él sonrió apenas.

—Distinto. Ainsworth es tierra abierta. Pastos, campos que se extienden más de lo que uno espera. Menos delicado. Pero firme.

—Suena apacible.

—Lo es —dijo—. A su manera.

El carruaje avanzó en un silencio compartido antes de que él añadiera, casi pensativo:

—Debería verlo por sí misma algún día.

Ella sabía, incluso mientras el corazón se le agitaba, que algún día no era una certeza. Era una posibilidad. Y las posibilidades, había aprendido, podían ser tan peligrosas como la esperanza.

—¿Podría?

—Por supuesto.

La facilidad de su respuesta la descolocó.

—He mandado preparar allí una casa pequeña —continuó—. No la finca. Algo apartado de las expectativas.

El corazón de Flora vaciló.

—Como usted describió una vez —añadió.

Las palabras la golpearon con más fuerza de la que esperaba. No era una invitación ni una promesa, sino el eco de una, y se sintió conmovida y asustada por lo fácilmente que sacudía su determinación.

—Eso no era más que una fantasía infantil —dijo con rapidez—. Un sueño tonto.

—Quizá —respondió Aldrich—. Pero se quedó conmigo.

Ella se volvió hacia él, la curiosidad superando a la cautela.

—No era el niño que usted recuerda —dijo tras un momento—. Convertirme en vizconde tan joven me obligó a cambios para los que no estaba preparado.

Ella recordó manos temblorosas. Lágrimas silenciosas.

—Y, sin embargo —continuó—, cada vez que deseaba rendirme, recordaba lo que usted me dijo.

—¿Qué le dije? —preguntó ella, frunciendo ligeramente el ceño.

—Que debía ser fuerte. Que incluso un hombre corriente podía construir un hogar —dijo—. Si resistía.

Una sonrisa tenue tocó su boca.

—Intenté ser fuerte. Como el señor Darnell.

Ella rió entonces, suave y sorprendida, llevándose la mano a los labios.

—¿El lechero?

—Mi mayor héroe —dijo con solemnidad.

La risa de Flora se desvaneció en algo más delicado, más frágil.

—No sabía —dijo en voz baja— que hubiera importado tanto.

—Importó —respondió él sencillamente.

El huerto quedó atrás. Se alzaron ante ellos verjas de hierro, altas e imponentes, y más allá la casa de Wycliffe se erguía con dignidad de piedra pálida, las ventanas reflejando la luz de la tarde sin revelar sus secretos.

Era el tipo de casa que podía conceder respuestas o negarlas con la misma indiferencia, y Flora se sintió de pronto, agudamente pequeña bajo su mirada.

Aldrich descendió primero y luego le ofreció la mano. Ella la aceptó, consciente del temblor que no lograba dominar.

Un lacayo apareció ya en la puerta, la expresión cuidadosamente neutra, aunque su mirada se detuvo en Flora un instante más de lo debido, como midiendo su lugar antes de decidir cuánta cortesía merecía.

Se detuvieron juntos al pie de los escalones.

—¿Está lista? —preguntó él.

Flora tomó una respiración firme y alzó el mentón.

—Debo estarlo.

Juntos, cruzaron el umbral.

Twelve

La niña posible



La casa estaba más silenciosa de lo que Flora había esperado.

No hubo ajetreo de criados ni una convocatoria inmediata para impresionar o descartar. En su lugar, los condujeron por corredores de techos altos donde cada paso resonaba con suavidad, como si la propia casa prefiriera la contención. Retratos alineaban las paredes, sus marcos dorados atrapando la luz pálida de la tarde.

Un cuadro atrajo la mirada de Flora y la retuvo.

Un hombre aparecía allí, de cabello oscuro y porte orgulloso, la postura inflexible incluso en el reposo. A su lado, una dama de cabellos claros y ojos luminosos apoyaba la mano con ligereza sobre su brazo. Era hermosa de un modo deliberado más que ornamental. Serena. Segura. Amada.

Algo se tensó en el pecho de Flora antes de comprender por qué.

Los condujeron a una sala modesta con vistas a un jardín aún suspendido entre estaciones. Los brotes se aferraban con obstinación a las ramas desnudas. La luz pálida se filtraba a través de las cortinas de encaje, posándose sobre el mobiliario sin calidez.

—Por favor, esperen aquí —dijo el lacayo, el tono cortés, la mirada demorándose una fracción más de lo debido en Flora antes de inclinarse con deferencia—. Su señoría los recibirá en breve.

Cuando la puerta se cerró, el silencio se cerró con ella.

Flora entrelazó las manos enguantadas y luego las soltó. El pulso le latía de manera irregular, más rápido que nunca ante el señor y la señora Sennington. Aquello no iba de idoneidad. Ni de modales.

Aquello iba del origen.

Bajó la vista hacia su vestido y luego miró a Aldrich, incapaz de contener la pregunta.

—¿Me veo… apropiada?

Él la miró entonces por completo, sin prisa ni indulgencia.

—Se ve exactamente como debe —dijo—. Perfecta.

El rubor le subió a las mejillas. Apartó el rostro, inquieta no por el cumplido, sino por lo fácilmente que la había alcanzado.

Un bastón golpeó el suelo al otro lado de la puerta. Una vez. Dos.

La puerta se abrió.

Entró un caballero anciano, alto pese a los años encorvados en su columna, el cabello plateado cuidadosamente dispuesto, la expresión compuesta de quien llevaba largo tiempo ejercitándose en la contención. El bastón en su mano parecía menos una necesidad que un viejo compañero.

Flora y Aldrich se pusieron en pie al instante.

Ella hizo una reverencia, precisa pese al temblor en las piernas. Por un instante se sintió insoportablemente pequeña, como una niña de nuevo, ante un juicio que no podía ni rebatir ni eludir.

El caballero se acomodó en la silla frente a ellos y los observó en silencio.

—Ainsworth —dijo al fin—. ¿A qué debo esta visita?

Aldrich inclinó la cabeza.

—Mi lord. Gracias por recibirnos. Acompaño a la señorita Flora Bloom, quien deseaba hablar con usted sobre un asunto de importancia.

La mirada de lord Wycliffe se desplazó hacia Flora.

Ella tomó aire con cuidado.

—Mi lord… me dijeron que su difunta esposa llevó una vez a un bebé al orfanato de Valeshire.

Los dedos de él se cerraron alrededor de la empuñadura del bastón.

—¿Por qué hace tal pregunta? —dijo.

—Porque —respondió Flora, la voz temblándole pese a su determinación— creo que ese bebé era yo.

Durante un largo momento no respondió.

La mirada se le perdió más allá de la estancia, más allá del presente, posándose en un lugar lejano.

—Anna —murmuró.

El nombre pareció alterar el aire.

—Perdone, mi lord —dijo Aldrich con suavidad.

Lord Wycliffe inhaló despacio, como si regresara de un sitio al que no había deseado volver.

—¿Cómo ha llegado a saberlo?

—Me lo dijo la matrona del orfanato —respondió Flora—. Afirmó que fue su esposa quien me llevó allí. Deseaba preguntar… si usted

pudiera saber algo de mis padres.

Él negó con la cabeza.

—No lo sé.

La rotundidad cayó como una puerta cerrándose.

Flora sintió entonces algo moverse en su interior, no dolor aún, sino un calor silencioso bajo las costillas. Una negativa. Se obligó a permanecer inmóvil.

—Entonces —dijo con cuidado—, ¿puedo preguntar cómo llegó su esposa a tenerme siquiera?

—Te encontró —respondió él. La voz se le suavizó a pesar suyo —. En los jardines. Entre las flores.

A Flora se le cortó el aliento.

—¿De verdad?

—Sí. —La mirada se le deslizó brevemente hacia la ventana—. Creyó que era providencia. Un niño puesto ante ella tras años de oración.

—No lo entiendo —susurró Flora.

—Mi esposa deseaba adoptarte —continuó lord Wycliffe—. Criarte como suya. Como nuestra.

El silencio se espesó.

—¿Qué fue de ese deseo? —preguntó Aldrich, cuando Flora no pudo.

—Mi madre —dijo lord Wycliffe, la mandíbula tensándose—. No lo permitió. Insistió en que la línea Wycliffe debía continuar solo por sangre. Culpó a Anna de nuestra falta de hijos. —La voz se le volvió áspera—. Te tomó ella misma y te llevó al orfanato. Sin el consentimiento de mi esposa.

Algo dentro de Flora se heló.

Tomada.

Colocada.

Decidida.

Sintió los dedos cerrarse en la palma, una furia silenciosa y contenida sin dónde ir.

—Así fue entonces —dijo, con una serenidad antinatural.

—Sí. —Cerró los ojos un instante—. Cuando Anna supo lo que se había hecho, algo se quebró en ella. Se marchó a la finca de su familia. Su salud se deterioró. Mi madre me instó a volver a casarme.

Los hombros se le vencieron.

—Anna murió poco después.

—Lo siento mucho, mi lord —dijo Flora, las lágrimas ardiéndole ya.

—Te amó —dijo él con voz ronca—. Aunque apenas te conoció. Fuiste el hijo que había esperado.

Las lágrimas de Flora brotaron entonces, silenciosas y sin contención.

—Y le fallé —continuó—. Elegí la obediencia antes que el amor. Volví a casarme. Mal. No hubo hijos. —La voz se le quebró—. Parece que la culpa pudo haber sido mía desde el principio.

Las palabras golpearon a Flora con una fuerza inesperada.

Obediencia antes que amor.

Pensó, sin querer, en William. En promesas moldeadas por la gratitud. En futuros negociados más que elegidos. El pensamiento le dolió con una agudeza que no quiso admitir.

Lord Wycliffe inclinó la cabeza, los hombros temblándole.

El mayordomo avanzó en silencio.

—Mi lord, quizá debería descansar.

Lord Wycliffe negó con la cabeza.

—Es un día difícil —dijo—. Pero no uno que lamente. He conocido al hijo que mi esposa quiso reclamar.

Se levantó despacio con ayuda.

—Se quedarán esta noche —añadió—. La hora es tardía.

—Gracias, mi lord —dijeron Flora y Aldrich al unísono.

Cuando se marchó, la habitación se sintió distinta, como si algo sellado durante mucho tiempo hubiera sido removido.

Flora se secó las mejillas con dedos temblorosos.

—Aún no sé quiénes fueron mis padres —dijo en voz baja.

—No —respondió Aldrich—. Pero ha aprendido algo más.

Ella lo miró.

—Que fue deseada.

Asintió, despacio.

—Aún queda mañana —añadió—. Un paso cada vez.

—Gracias —dijo ella.

Afuera, el crepúsculo se posó con suavidad sobre Wycliffe House.

En algún lugar dentro de sus muros aguardaban respuestas. Y negativas.

Por primera vez, Flora comprendió que cualquiera de las dos podía moldear su vida con la misma profundidad.

Y, aun así, el camino ante ella ya no estaba del todo cerrado.

Thirteen

Una habitación segura



Flora nunca había imaginado que el silencio pudiera sentirse tan vasto.

La puerta se cerró tras ella con un clic suave y respetuoso, y durante un instante permaneció de pie apenas dentro de la estancia, las manos enguantadas apretadas ante el cuerpo, como si la propia habitación pudiera replegarse si se movía con demasiada brusquedad.

No lo hizo.

La cámara se desplegaba ante ella con una elegancia contenida. Paredes pálidas suavizadas por la luz de las velas. Una cama amplia vestida con lencería color marfil, el dosel bordado con un motivo tan delicado que temió que tocarlo pudiera deshacer algo precioso. Cortinas pesadas enmarcaban altos ventanales que daban a los terrenos de Wycliffe, ya oscureciéndose, donde los faroles comenzaban a brillar como estrellas dispersas entre los setos.

Un rastro tenue de lavanda persistía en las sábanas, tan sutil que pudo haberlo imaginado. Entonces comprendió que aquella

habitación había pertenecido una vez a una mujer que había deseado ser su madre.

La certeza llegó en silencio y se asentó hondo en su pecho, indeseada por su peso.

Una vez, años atrás, se había detenido en el umbral de una habitación como aquella. Era más joven entonces, las manos levemente manchadas de tinta y de tierra, el corazón demasiado colmado de anhelo para entender su propio deseo. Se había dicho que incluso una sola noche en un lugar así bastaría. Solo una vez. Solo para saber qué se sentía al pertenecer a la belleza y no al trabajo.

Ahora se encontraba dentro.

Y en lugar de consuelo, sintió una inquietud que no supo nombrar de inmediato. La habitación no le había preguntado quién era ni de dónde venía. Simplemente había aceptado su presencia, y de algún modo aquello la asustó más que cualquier rechazo.

Las doncellas entraron con una soltura ensayada, los movimientos eficaces pero suaves, como si fueran conscientes de que no se trataba de una huésped cualquiera. Se dirigieron a ella con cortesía, las voces bajas, nunca apresuradas, y la guiaron a través del ritual de preparación como si siempre hubiera formado parte de él.

Agua templada.

Paños suaves.

Ropa limpia.

Flora permitió que la cuidaran, aunque cada instinto la impulsaba a protestar, a insistir en que podía arreglárselas sola. El hábito de la

gratitud era difícil de abandonar. Incluso entonces se sorprendió murmurando agradecimientos más a menudo de lo necesario, hasta que una de las mujeres sonrió con amabilidad y dijo:

—Es nuestro deber, señorita.

Deber.

La palabra quedó suspendida, inquietante en su familiaridad. Había vivido una vida moldeada por los deberes ajenos. Rara vez habían incluido la bondad.

Cuando por fin se detuvo ante el espejo, apenas reconoció el reflejo que le devolvía la mirada.

El vestido era de un azul profundo, ni ostentoso ni sencillo, su corte elegante de un modo que no reclamaba atención, pero la imponía de todos modos. La tela captaba la luz con suavidad, realzando sin abrumar.

El cabello había sido recogido y dispuesto con una precisión cuidadosa, el rojo reunido en un moño liso y disciplinado en la nuca. Nada tenía que ver con los estilos sueltos y apresurados que ella lograba por sí sola, y aquel orden desconocido la hacía sentirse extrañamente expuesta.

Alzó una mano temblorosa y tocó el cristal.

El aliento se le quedó atrapado, superficial e involuntario. Los ojos que la miraban de vuelta eran más oscuros de lo que esperaba, un verde apagado suavizado por la sombra, como musgo tras la lluvia. No brillaban. Permanecían.

La seda reposaba fresca contra su piel, más pesada de lo que había imaginado, un recordatorio silencioso de que aquella elegancia se llevaba puesta, no se poseía.

La mujer del espejo parecía serena. Casi segura.

No era la niña del orfanato. Ni la dependienta con tierra bajo las uñas.

Parecía, de manera inconfundible, alguien que pertenecía a Wycliffe.

El pensamiento le hizo fallar el aliento.

Llamaron a la puerta.

Una de las doncellas inclinó la cabeza.

—Lord Wycliffe la espera para la cena, señorita.

Flora asintió, la garganta demasiado tensa para hablar.

El corredor más allá de su cámara estaba en silencio, las alfombras absorbiendo sus pasos cuidadosos al salir. Aldrich aguardaba justo afuera, la postura erguida, las manos cruzadas a la espalda en una actitud instintivamente formal.

Durante un instante, simplemente la miró.

El silencio se alargó, frágil y expuesto.

Flora vaciló, súbitamente insegura. Hizo una reverencia cuidadosa.

—Buenas noches, mi lord.

El sonido de su voz pareció romper lo que lo mantenía inmóvil. Inclinó la cabeza con rapidez.

—Buenas noches, señorita Bloom.

Luego, más bajo, como si las palabras lo sorprendieran incluso a él:

—Se ve… distinta.

Sus dedos se retorcieron.

—¿Es demasiado? —preguntó en voz baja—. No quisiera parecer ridícula.

—No —respondió al instante, un leve rubor ascendiendo también a sus mejillas—. En absoluto. Está usted sumamente elegante.

Ella bajó la mirada, el calor extendiéndose por su rostro, seguido de inmediato por la cautela.

—Es muy amable.

Él negó con la cabeza.

—Solo soy observador.

Cuando le ofreció el brazo, lo hizo con una contención deliberada, dejándole la elección sin presión alguna.

Ella lo tomó.

La mano de Flora descansó con ligereza sobre su manga mientras descendían juntos la escalera. Cada peldaño se sentía irreal, como si caminara por un recuerdo más que por el presente. El tobillo protestó levemente, pero lo ignoró, concentrándose en el paso medido que Aldrich mantenía, ajustándose a ella sin comentario.

—Debo confesar —murmuró al acercarse al comedor— que no conozco los modales adecuados.

Un asomo de diversión rozó su expresión.

—Entonces solo tendrá que observar. Yo seré su ejemplo.

Ella sonrió, agradecida, aunque bajo la sonrisa se agitaba un temor silencioso. Observar era una cosa. Ser observada, otra muy distinta.

Fue entonces consciente de una mirada fugaz de uno de los criados, pronto apartada, pero no exenta de curiosidad.

El confort de la casa no disipaba del todo la sensación de ser observada.

El comedor resplandecía a la luz de las velas, la madera pulida reflejando la constelación suave sobre ellos. Lord Wycliffe se hallaba ya en su lugar, a la cabecera de la mesa, la postura digna pese al cansancio que Flora había advertido antes.

Al tomar asiento, sintió su mirada sobre ella, no cruel, pero sí evaluadora. No como quien inspecciona a un intruso, sino como quien contempla un enigma cuyos bordes no terminan de encajar.

—Aún no me ha dicho —dijo lord Wycliffe tras servir el primer plato— qué ha hecho la vida de usted, señorita Bloom.

El pulso de Flora se aceleró. Miró un instante a Aldrich, que le ofreció un leve asentimiento sereno.

—Viví muchos años en el orfanato, mi lord —dijo con calma—. Después encontré empleo en una floristería de Mayfair.

—Un oficio respetable —observó lord Wycliffe—. ¿Qué la impulsó a buscar ahora sus orígenes?

Vaciló, luego respondió con honestidad.

—Voy a casarme. Mi futura familia solicitó los nombres de mis padres. Deseaba conocerlos de manera sincera, si me era posible.

La mano de Aldrich, descansando junto a su copa, se tensó casi imperceptiblemente antes de que la tomara y bebiera con mesura.

La mirada de lord Wycliffe se desplazó, brevemente, hacia él.

—No sabía que la Casa de Ainsworth exigiera tales garantías.

Flora se puso rígida.

—Oh, no. No lord Ainsworth. Voy a casarme con el dueño de la tienda donde trabajo. Lord Ainsworth ha sido tan solo lo bastante

generoso como para ayudarme.

La pausa que siguió fue leve, pero inconfundible.

—Ya veo —dijo lord Wycliffe al fin.

Aldrich habló entonces, con calma.

—La señorita Bloom me salvó la vida una vez. Considero mi ayuda una retribución mínima.

Lord Wycliffe los observó en silencio, algo ilegible cruzándole los ojos.

—La fortuna —dijo en voz baja— tiene una manera peculiar de tejer deudas extrañas.

Las palabras permanecieron con Flora más tiempo que el sabor del vino.

Tuvo la incómoda sensación de que, cualquiera que fuera la deuda a la que se refería, aún no había sido saldada.

El resto de la cena transcurrió con una conversación más amable. Las tierras, las estaciones, los cambios lentos que el tiempo había traído a Wycliffe. Flora escuchó con atención, imitando los gestos de Aldrich cuando fue necesario, aliviada de que ningún desliz fuera señalado.

Y, sin embargo, bajo todo ello sentía la tensión de hallarse entre mundos. Demasiado refinada ahora para la invisibilidad. Todavía demasiado incierta para reclamar pertenencia.

Cuando se levantaron de la mesa, el peso en su pecho no había desaparecido, pero había cambiado. Ya no aplastaba; vigilaba.

Al abandonar el comedor, Aldrich la miró.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí —respondió en voz baja—. Solo… consciente.

Él asintió.

—Eso también es comprensible.

Los corredores parecían más oscuros ahora, menos velas encendidas, la casa acomodándose en su silencio nocturno. Ante la puerta de su cámara, Flora se detuvo.

—Gracias —dijo, sosteniendo su mirada—. Por todo.

Él inclinó la cabeza.

—Descanse, señorita Bloom. Mañana le pedirá mucho.

Lo observó alejarse, luego cerró la puerta tras de sí, apoyándose un instante en ella mientras el aliento escapaba por fin. La calma que sentía la inquietaba, no porque fuera frágil, sino porque no había surgido de la vida que había prometido construir con William.

Mañana.

La palabra quedó suspendida en el silencio, cargada no de promesa, sino de consecuencia.

Y por primera vez aquella noche, Flora se preguntó no qué podría darle el mundo a continuación, sino qué podría exigirle a cambio.

Fourteen

Haber sido deseada



La mañana llegó en silencio a Wycliffe House.

La luz se deslizó por los altos ventanales en cintas pálidas, posándose sobre los muebles tallados y las pesadas cortinas ya descorridas por manos invisibles. Flora despertó despacio, desorientada por un instante ante el techo desconocido que se alzaba sobre ella. La cama bajo su cuerpo era más blanda que cualquier otra que hubiera conocido, las sábanas frescas y suaves contra la piel. Durante un momento fugaz, se preguntó si aquello era lo que se sentía al pertenecer.

Luego regresó la memoria.

El viaje.

La casa.

La voz que había pronunciado su comienzo en voz alta.

Se incorporó de inmediato, apoyando la palma contra el pecho como si necesitara anclarse. Su respiración llegó corta, luego se aquietó.

Era real.

Un golpe suave sonó antes de que la puerta se abriera. La doncella entró con una cortesía cuidadosa, los movimientos delicados, la voz baja, como si Flora pudiera quebrarse si la trataban con demasiada firmeza. El desayuno estaba preparado, dijo. Lord Wycliffe deseaba que la señorita Bloom se uniera a él cuando estuviera lista.

Señorita Bloom.

El nombre le resultó extrañamente frágil allí, como si perteneciera a otra persona.

Flora se vistió despacio, eligiendo la sencillez en lugar de las prendas más finas dispuestas para ella. La tela que escogió le resultó familiar contra la piel, la ancló. Cuando siguió a la doncella escaleras abajo, la casa estaba envuelta en una calma matinal. La luz del sol llenaba el comedor, iluminando una mesa modesta dispuesta con porcelana y plata, mucho menos imponente que la de la noche anterior.

Lord Wycliffe ya estaba sentado, una taza de té intacta a su lado. Aldrich se hallaba junto a la ventana, de espaldas en parte, como si hubiera estado observando los jardines. Al reunirse con ellos en la mesa, se sirvió té y añadió dos terrones de azúcar, el gesto distraído, familiar.

Flora lo notó sin saber por qué.

—Buenos días —dijo en voz baja, haciendo una reverencia cuidada.

Lord Wycliffe sonrió, algo más suave aliviando las líneas de su rostro.

—Buenos días, querida mía. Confío en que haya dormido bien.

—Sí, mi lord. Gracias.

Aldrich se volvió al oírla. Durante un segundo breve, se limitó a mirarla, como si necesitara asegurarse de que seguía allí, de que era real. Luego inclinó la cabeza.

—Buenos días, señorita Bloom.

El desayuno transcurrió con una facilidad silenciosa. No hubo preguntas ni miradas escrutadoras. Lord Wycliffe habló de los huertos y de la promesa de la primavera. Aldrich añadió algún comentario ocasional, atento pero contenido. Flora escuchó, absorbiendo el raro consuelo de ser incluida sin ser examinada.

Cuando terminaron, Lord Wycliffe apartó la servilleta y la observó con atención.

—¿Le gustaría ver algo? —preguntó.

Los dedos de Flora se tensaron un instante en el borde de la silla.

—Por supuesto, mi lord.

Se levantó con esfuerzo medido, apoyándose en el bastón.

—Hay una galería. Mi esposa pasaba allí muchas horas.

El peso en su voz le indicó que no se trataba de una invitación trivial.

Caminaron por un corredor largo donde el aire parecía más fresco, más callado. Retratos cubrían las paredes. Hombres y mujeres desaparecidos hacía tiempo los observaban con expresiones fijas, más allá del juicio. Flora avanzó despacio, consciente de cada paso, de la manera en que Aldrich permanecía cerca sin tocarla, una garantía silenciosa más que una posesión.

Pasaron ante el gran retrato del corredor principal, aquel que Flora había advertido el día anterior al llegar. Se detuvo sin

proponérselo.

—¿Es… la vizcondesa Anna Wycliffe? —preguntó en voz baja.

Se detuvieron.

Durante un momento, Lord Wycliffe no respondió. Su mirada permaneció fija en el lienzo, como si los años intermedios se hubieran desvanecido en silencio. Cuando habló, su voz fue más suave de lo que ella había oído hasta entonces.

—Sí —dijo—. Esa es Anna. Mi Anna.

Flora sonrió apenas.

—Es muy hermosa. Y tan serena.

—Sí —respondió, sin apartar los ojos del cuadro—. Fue la debutante más admirada de su temporada. Y yo fui quien la conquistó.

Había un orgullo tranquilo en su voz, sincero, sin defensa.

—Fue usted muy afortunado —dijo Flora.

Él dejó escapar un suspiro leve, casi una risa, aunque ya no quedaba alegría en ella.

—No puede imaginar cuán feliz fui entonces.

Tras un momento, se volvió y señaló el pasillo.

—Por aquí —dijo con suavidad.

Y continuaron hacia la galería. Las puertas se abrieron a la luz.

Las paredes estaban cubiertas de pinturas. Jardines, campos, arreglos florales plasmados con una paciencia delicada. Había ternura en cada pincelada, una gentileza que atrajo a Flora hacia adelante antes de darse cuenta de que se movía.

—Amaba las flores —dijo Lord Wycliffe en voz baja—. En especial las margaritas.

El aliento de Flora se detuvo.

Al fondo de la sala colgaba un cuadro más pequeño. Una cesta de mimbre entre flores blancas. Dentro, un bebé dormido envuelto en telas claras. La pincelada era reverente, casi temerosa, como si el pintor hubiera temido despertar al niño incluso en el recuerdo.

Flora se detuvo.

Apretó la mandíbula. Las manos se le cerraron a los lados. Luego la sensación cedió, dejando solo una negativa silenciosa a aceptar que una pérdida así hubiera sido necesaria.

—Ese cuadro —susurró—. ¿Quién… quién es?

Lord Wycliffe siguió su mirada, el duelo y el afecto entrelazados en su expresión.

—Eras tú. O como mi esposa te recordaba.

La sala pareció inclinarse.

Flora dio un paso adelante, luego otro. Alzó la mano por instinto, deteniéndose a escasos centímetros del lienzo. No podía tocarlo. Se sentía demasiado sagrado, demasiado frágil.

Por primera vez desde su llegada a Wycliffe, sintió que la ira despertaba.

No aguda.

No ruidosa.

Sino profunda y constante.

Todos los años de silencio.

Toda la obediencia que había quebrado a una mujer que la amó.

Todas las decisiones tomadas en nombre de la sangre y el apellido.

—Lo pintó después de que te apartaran de ella —dijo Lord Wycliffe—. Fue su manera de aferrarse.

Cerca del borde de la cesta, medio oculto entre las margaritas, reposaba un pequeño colgante en forma de concha.

Los dedos de Flora temblaron.

—Eso estaba conmigo.

—Sí —respondió—. Se encontró contigo. Lo conservamos. Haré que te lo entreguen.

Las lágrimas le nublaron la vista. Apretó los labios, respirando a través de ellas.

—Había también —añadió él despacio— un rumor. Una mujer pelirroja hallada cerca de los acantilados, más allá del camino antiguo. Nadie la reclamó. Nadie habló de ello durante mucho tiempo.

El corazón de Flora vaciló.

—¿Cree usted que…?

—No lo sé —dijo con dulzura—. Y lamento no haber hecho más preguntas.

El silencio se posó sobre la galería.

Aldrich no habló. Permaneció a su lado, firme y contenido, su reserva una misericordia callada.

Al cabo de un momento, Flora tomó aire con cuidado.

—Gracias. Por decírmelo. Por conservar su memoria.

Lord Wycliffe inclinó la cabeza.

—Fuiste amada.

Al abandonar la galería, Flora volvió la vista una última vez hacia el niño entre las margaritas.

No sabía quién la había dejado allí.

No sabía de quién corría la sangre por sus venas.

Pero sabía esto:

Había sido deseada.

Y el conocimiento se asentó en su interior, no como consuelo, sino como algo más firme.

Algo capaz de perdurar.

Fifteen

El llamado de la libertad



Flora permanecía de pie junto a la ventana de su estancia, las manos entrelazadas ante ella con tanta fuerza que los dedos habían empezado a dolerle.

Abajo, los terrenos de Wycliffe yacían tranquilos bajo la luz templada de la tarde. El huerto se extendía más allá de los senderos del jardín, ordenado y sereno, como si nada doloroso hubiera ocurrido jamás bajo sus árboles. La luz pálida se deslizaba sobre la hierba, y se sorprendió preguntándose cómo un lugar podía parecer tan apacible mientras guardaba tanto que nunca había sido dicho en voz alta.

Una mujer junto al barranco.

Un colgante de concha abandonado.

Una niña que había sido deseada y, aun así, no conservada.

Los pensamientos giraban sin descanso, regresando una y otra vez al mismo punto sin respuesta.

Llamaron a la puerta.

Se volvió de inmediato.

—¿Sí?

—Señorita Bloom.

Aldrich se hallaba justo más allá del umbral, la postura cuidadosa, la expresión serena aunque silenciosamente atenta. No entró hasta que ella inclinó la cabeza en señal de permiso.

—Espero no interrumpirla —dijo—. Lord Wycliffe me ha pedido que la vea.

El corazón de Flora dio un pequeño latido inquieto.

—¿Ha ocurrido algo?

—No —respondió enseguida—. Al contrario. Pensó que quizá agradecería un poco de aire. Me ha pedido que la acompañe a los huertos, si lo desea.

Los huertos.

Flora dudó. La idea de caminar, de ser vista, de permitir que sus pensamientos vagaran la inquietaba. Y sin embargo, la quietud de la habitación pesaba aún más, como si las paredes mismas estuvieran escuchando.

—Solo si se siente con fuerzas —añadió Aldrich con suavidad—. No hay ninguna obligación.

Inspiró con cuidado.

—Sí —dijo por fin—. Creo… que me haría bien.

Un lacayo se les unió al final del corredor, enviado para guiarlos. Caminaba varios pasos por delante, su presencia discreta pero inconfundible. Flora lo sintió al instante. La conciencia silenciosa de estar siendo observada. Medida.

Avanzaron uno al lado del otro por los jardines, la grava crujiendo suavemente bajo sus pasos. La casa quedó atrás, su

piedra clara resplandeciendo cálida bajo la luz oblicua. Aldrich mantenía una distancia respetuosa, lo bastante cerca para sostenerla si fuera necesario, pero sin presunción alguna.

Al cabo de un rato, habló.

—¿Cómo se siente —preguntó— después de esta mañana?

Ella supo a qué se refería.

—Aún estoy… ordenando mis pensamientos —respondió en voz baja—. Lo que lord Wycliffe compartió en la galería. El cuadro. Y la mujer cerca del barranco. —Hizo una pausa—. Me ha perturbado.

Él asintió, grave.

—Mencionó a la mujer del barranco —dijo tras un momento—. Si lo desea, puedo intentar averiguar más. Puede haber registros. Testigos. Algo que se haya pasado por alto.

Sus pasos se ralentizaron un instante.

—¿De verdad lo cree?

—Sí —respondió simplemente—. Y también el colgante de concha. Si estaba con usted, puede ser el hilo que necesitamos.

Los dedos de Flora se apretaron entre sí, luego se relajaron.

—Tal vez —dijo despacio— ya estoy preparada para saberlo.

Llegaron entonces al borde del huerto.

Filas de manzanos se extendían ante ellos, las ramas cargadas de flores pálidas, el aire tenuemente dulce. La luz del sol se filtraba entre las hojas en patrones fragmentados, calentando la hierba bajo sus pies.

Flora se detuvo sin proponérselo.

—Es hermoso —murmuró.

Aldrich la observó un momento.

—Wycliffe se enorgullece de sus huertos. La tierra es generosa aquí.

Ella avanzó, más despacio ahora, como si temiera que el instante se desvaneciera si confiaba demasiado en él.

—Se siente irreal —admitió—. Caminar aquí. Ser bienvenida. Ser tratada como si perteneciera.

—Pertenece —dijo él en voz baja.

Ella sonrió, pequeña e incierta.

—Quizá solo por un tiempo.

Aldrich alzó la mano y arrancó una manzana de una rama baja. Se desprendió con facilidad, roja y perfecta, la piel pulida solo por el sol y el aire. La giró una vez en la mano antes de ofrecérsela.

—Esta será dulce —dijo.

Flora dudó.

—¿Cómo lo sabe?

—Las manzanas son mi fruta favorita —respondió con sencillez—. He aprendido a conocerlas.

La tomó, luego se detuvo, de pronto consciente de sí misma. Tras un instante breve, la frotó contra la manga y mordió sin ceremonia.

El sonido crujiente resonó suavemente entre los árboles.

Se quedó inmóvil.

—Oh… —llevó la mano a la boca, las mejillas encendiéndose—. Qué impropio por mi parte. He olvidado dónde estaba.

Aldrich sonrió. No indulgente. No divertido. Solo cálido.

—No se disculpe —dijo—. Prefiero verla así.

Bajó la mano, sobresaltada.

—¿Así?

—Siendo usted misma.

Algo en su pecho se aflojó, apenas un poco.

Siguieron caminando, el huerto abriéndose ante ellos.

—A veces pienso —dijo Flora, la voz ahora más baja— que este puede ser el mejor momento de mi vida. Y eso lo vuelve aún más aterrador.

Él redujo el paso, igualando el suyo.

—¿Por qué aterrador?

—Porque sé que no puede durar. —Siguió con la mirada un pétalo que caía, girando suavemente hasta la hierba—. Después de casarme, mi vida volverá a ser más pequeña. Segura. Respetable. Pero más pequeña.

William nunca la llevaría a lugares como aquel.

Le pediría que fuera cuidadosa. Correcta. Agradecida en silencio.

Aldrich no la interrumpió. Esperó, dándole el espacio que necesitaba para decir lo que rara vez se permitía nombrar.

—¿Con qué sueña? —preguntó por fin—. Más allá de la casa que una vez describió.

Ella soltó un suspiro leve, casi una risa.

—Libertad.

La palabra quedó entre ellos, frágil y audaz.

Por un instante recordó la verja del orfanato cerrándose tras ella, el sonido del hierro y de lo definitivo.

Nunca había pensado en nombrar lo que había perdido. Hasta ahora.

Él esperó.

—Quiero vivir sin miedo —continuó—. Sin preguntarme si la bondad me será retirada. Sin preocuparme de ser descartada en cuanto resulte incómoda. —Sus dedos se tensaron un instante a los costados—. Quiero amar y ser amada sin que nadie cuestione si lo merezco. Quiero una vida que no me obligue a explicar mi existencia.

Era lo máximo que había dicho jamás.

Algo en el rostro de Aldrich cambió, despacio y deliberado, como una puerta que se abre.

—Es un sueño hermoso —dijo con cuidado—. Espero que lo tenga.

Ella lo miró, insegura.

—¿Cree que puedo?

—Creo —respondió— que ha sobrevivido a demasiado como para que se le niegue.

Casi habían llegado al extremo del huerto cuando el aire cambió.

Los manzanos se aclararon, dando paso a una pradera baja donde flores blancas se extendían en silenciosa abundancia. Margaritas cubrían el terreno en manchas irregulares, sus pequeños rostros alzados, innumerables e indiferentes, como si la tierra misma recordara lo que ella no.

Flora se detuvo en seco.

Su sonrisa se desvaneció de inmediato, como si nunca hubiera existido.

—Este lugar —susurró—. Es…

—Sí —dijo Aldrich con suavidad—. Creo que lo es.

Su respiración vaciló. El corazón empezó a latir con fuerza, pesado e irregular.

Avanzó un paso y luego se dejó caer lentamente al suelo entre las margaritas, las faldas extendiéndose a su alrededor. Sus manos se cerraron sobre la hierba.

—¿Por qué estuve aquí? —preguntó, las palabras arrancadas de un lugar profundo y sin defensa—. ¿Por qué me dejaron? ¿Qué había de malo en mí para que me depositaran y se marcharan?

La voz se le quebró.

Las lágrimas brotaron sin que se diera cuenta.

Aldrich se agachó a su lado, cerca pero sin tocarla, su presencia firme.

Alzó la mano una sola vez, como si el instinto le pidiera apartar las lágrimas de su mejilla.

Se detuvo, dejándola caer de nuevo.

Flora lo sintió entonces, no como rechazo, sino como algo más sólido. Un respeto que lo contenía allí donde el deseo no.

—No sabemos qué ocurrió realmente —dijo él en voz baja—. Puede que no fuera abandonada.

Ella alzó la mirada, los ojos brillantes.

—¿Entonces qué?

—Entonces quizá —dijo con suavidad— fue salvada.

Tragó saliva.

—Si la vizcondesa Wycliffe no me hubiera encontrado —susurró —, podría haber muerto sin conocer jamás el mundo.

—Pero no ocurrió —dijo Aldrich—. Vivió. Y hubo alguien que la deseó profundamente, aunque no pudiera conservarla. Eso no es

poca cosa, Flora. Eso es un don.

La garganta le dolía.

—El destino no siempre es justo —dijo con aspereza.

—No —convino—. Pero tiene sus propios caminos. Y quizá ahora le esté ofreciendo otro.

Una voz llamó desde el sendero.

—Señorita Bloom. Lord Ainsworth.

Se volvieron para ver a otro lacayo que se acercaba, la expresión respetuosa, el tono firme.

—Lord Wycliffe desea verlos.

Flora cerró los dedos en torno a la manzana que aún sostenía, su dulzura ya marcada donde había mordido, la piel tibia ahora por el calor de su mano.

Se levantó despacio.

Al regresar hacia la casa, el huerto quedó atrás, sereno y bañado por el sol, como un sueño prestado que no estaba destinada a conservar.

Y delante la aguardaba la respuesta que había estado buscando.

Una que quizá le diera todo lo que necesitaba, y le costara todo lo que había empezado a desear.

Sixteen

Un nombre prohibido



La galería estaba bañada por el oro apagado de la última hora de la tarde.

La luz se derramaba a través de los altos ventanales en largas franjas oblicuas, prendiendo en los bordes dorados de los marcos y en los óleos atenuados de los lienzos antiguos. El aire olía levemente a polvo y barniz, a tiempo cuidadosamente preservado. Paisajes se extendían por las paredes. Naturalezas muertas. Retratos de hombres y mujeres ya desaparecidos, sus miradas fijadas en instantes que no volverían a cambiar.

Y por todas partes, flores.

Flores pintadas trepaban por enrejados y se desbordaban de jarrones. Margaritas, rosas, flores silvestres capturadas con una ternura paciente. Era como si la sala misma recordara las manos que habían trabajado allí, suaves y deliberadas, eligiendo la belleza incluso cuando la vida había sido cruel.

Flora sintió el peso de todo ello oprimirle el pecho al entrar. El aliento se le cortó, solo por un instante, como si algo en la

habitación la hubiera reconocido antes de que ella pudiera reconocerse a sí misma.

Lord Wycliffe se hallaba junto al ventanal del fondo, el bastón apoyado con ligereza a su costado, la figura alta ahora levemente encorvada por los años. No se volvió de inmediato. Durante un momento se limitó a mirar los terrenos, hacia el huerto más allá, como si reuniera sus pensamientos desde un lugar ajeno al presente.

Cuando se volvió, su expresión era compuesta, pero había algo debajo de ella. Una gravedad que no había estado allí antes.

—Señorita Bloom —dijo en voz baja—. Por favor. Siéntese.

Flora obedeció, acomodándose en el borde de la silla más cercana a la ventana. Las manos se le entrelazaron en el regazo, los dedos retorciéndose a pesar de su esfuerzo por aquietarlos. Tomó conciencia aguda de su propia respiración, corta y cuidadosa, como si demasiado aire pudiera deshacerla.

Aldrich permaneció a su lado, medio paso detrás. No se sentó. No habló. Simplemente estaba.

Lord Wycliffe la estudió largo rato, como si grabara su rostro en la memoria. No como una curiosidad. No como una invitada. Sino como algo mucho más personal.

—Ha venido aquí en busca de respuestas —dijo por fin—. Y lamento tener tan pocas que ofrecerle.

Flora inclinó la cabeza, el gesto instintivo.

—Lo entiendo, mi lord.

—Tal vez —respondió con suavidad—. Pero comprender no borra la ausencia.

Su mirada se desvió brevemente hacia la pared del fondo, donde el cuadro del bebé entre margaritas colgaba como un testigo silencioso. Por un instante, su compostura vaciló.

—Hay un asunto —continuó, aún más bajo— que no ha abandonado mis pensamientos desde anoche.

El corazón de Flora se tensó. Alzó la vista hacia él, el aliento detenido a mitad del pecho.

—Usted dijo —prosiguió Lord Wycliffe— que necesitaba los nombres de sus padres para el anuncio de su boda.

Los dedos se le entumecieron.

—Sí, mi lord.

—Y que esa necesidad fue lo que la llevó a recorrer un camino que ningún niño debería caminar solo.

—Sí.

Asintió una vez, despacio, como confirmando algo que había decidido mucho antes de que ella entrara en aquella sala.

—Entonces permítame —dijo— hacerle una pregunta a cambio.

Ella aguardó, la espalda recta, el pulso resonando en los oídos.

—Si tuviera elección, señorita Bloom —dijo Lord Wycliffe, la voz firme pero cargada—, ¿desearía tener padres?

La pregunta no golpeó.

Se hundió.

Flora la sintió asentarse muy hondo, despertando un anhelo que había aprendido a enterrar bajo la gratitud, bajo la contención, bajo el silencio cuidadoso de una niña que aprendió pronto a no pedir más. Durante un momento no encontró palabras. Solo el recuerdo

de estar en los márgenes de las habitaciones. De ver a otros niños llamados por su nombre. De fingir no notarlo.

—Sí —susurró al fin, la voz temblándole a pesar de sí—. Más que nada.

Lord Wycliffe cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, brillaban con lágrimas contenidas.

—Entonces —dijo, tomando un aliento lento y medido—, permita que Anna y yo seamos sus padres.

La sala se inclinó. Durante un latido, el peso que había cargado desde que tenía memoria pareció alzarse de golpe, dejándola extrañamente inestable, como si fuera a caer sin él.

Flora lo miró, incapaz de comprender, como si hubiera hablado en una lengua que aún no conocía. El aire le escapó en una exhalación corta y quebrada.

—Yo… —La voz le falló. Apretó los labios y lo intentó de nuevo—. Mi lord… ¿quiere decir que me prestaría su apellido? ¿Para el anuncio?

Negó de inmediato.

—No —dijo con dulzura—. No solo eso.

El pulso le rugía en los oídos.

—Deseo adoptarla —dijo Lord Wycliffe—. Formalmente. Legalmente. Como mi hija. Como Anna lo deseaba.

Las palabras se asentaron con una claridad devastadora.

Flora se levantó a medias de la silla y se detuvo, las rodillas debilitándose. La mano se le llevó a la boca cuando las lágrimas rodaron libres por sus mejillas, inesperadas e imparables.

—No llevará mi título —añadió en voz baja—, pero será mi heredera legítima. Lo que poseo será suyo, como Anna habría querido.

—Esto no es posible —respiró—. Debo de estar soñando.

A su lado, Aldrich habló por fin.

—No está soñando, señorita Bloom.

Su voz era baja. Segura.

Ella se volvió hacia él, la vista borrosa, el pecho apretado por la incredulidad y algo peligrosamente cercano a la esperanza.

—Tiene padres —dijo—. Por fin.

Durante un momento, solo se oyó su propia respiración, irregular y fuerte en los oídos, como si el mundo aguardara a que comprendiera lo que acababa de recibir.

El sonido que escapó de ella fue roto y desvalido, algo entre un sollozo y un aliento que había estado conteniendo toda su vida.

Se dejó caer de nuevo en la silla mientras el duelo y la gratitud la invadían al mismo tiempo, ya sin contención de cortesía ni de orgullo. Los hombros le temblaron, la respiración se le quebró dolorosamente cuando años de resistencia silenciosa cedieron al fin.

Lord Wycliffe se acercó despacio, deteniéndose a una distancia respetuosa. No la tocó. No presumió.

—Fue amada —dijo, la voz áspera—. Incluso antes de que pudiera recordarlo. Anna la amó con fiereza. Hablaba de usted a menudo, incluso cuando ya no estaba aquí.

Flora negó apenas con la cabeza, las lágrimas cayendo sin freno.

—Si me lo permite —continuó—, me gustaría dedicar lo que me reste de vida a enmendar los años que le fueron negados.

Ella asintió, incapaz de articular palabras, el dolor y la gratitud ya indistinguibles.

—Gracias —consiguió decir por fin—. Gracias, mi lord.

La boca de él se curvó en una sonrisa triste y tierna.

—Con el tiempo —dijo—, puede llamarme Padre, si lo desea.

La palabra abrió algo de golpe en su pecho.

—Sí —susurró—. Me gustaría.

Siguió un silencio. No vacío, sino pleno. De esos que solo se posan después de que la verdad ha sido dicha al fin.

Aldrich permanecía a su lado, la expresión cuidadosamente compuesta, las manos entrelazadas a la espalda. No interrumpió el momento. No buscó su mirada.

Pero ella lo sentía allí.

Y con una claridad que la asustó, Flora comprendió lo que aquello significaba.

Su búsqueda había terminado.

Su problema estaba resuelto.

Su matrimonio seguiría adelante.

Había ganado una familia.

Pensó en la petición que había iniciado todo. En los nombres exigidos, en la respetabilidad pesada y medida. Qué extraño que lo que le había sido pedido sin ternura le fuera ahora concedido libremente, por otro.

Y al hacerlo, había dado el último paso que la alejaba del hombre que la había ayudado a encontrarlo.

Flora cerró los ojos, dejando que la verdad se asentara en silencio en su pecho.

Los abrió de nuevo y encontró la mirada de Aldrich al otro lado de la sala callada. No duró más que un aliento. Lo suficiente para la gratitud. Lo suficiente para la despedida.

La verdad no dolió de inmediato. Primero se posó. Como algo precioso depositado con cuidado, sabiendo que jamás podría recuperarse.

Algunos deseos, comprendió, se cumplen a un precio.

Seventeen

Lo dado y lo perdido



El anuncio no llegó de inmediato.

En la quietud que siguió a la revelación en la galería, lord Wycliffe regresó a su asiento, como si el peso de lo que había ofrecido necesitara anclarse. La sala misma parecía transformada, de manera sutil pero irrevocable, como una casa a la que por fin se le abre una ventana sellada durante años y el aire cambia para siempre.

—Mi secretario iniciará de inmediato los arreglos necesarios —dijo, con la voz ahora más firme—. Las formalidades legales requerirán tiempo, pero se llevarán a cabo con el debido cuidado.

Flora asintió, las manos entrelazadas con fuerza en el regazo. El corazón aún le latía con rapidez, como si no hubiera aceptado del todo la verdad que se le había concedido, como si temiera que, al moverse demasiado deprisa, el instante pudiera desvanecerse.

—Puede permanecer aquí —continuó lord Wycliffe—. Esta casa es suya ahora, si así lo desea.

La palabra suya resonó con más fuerza de la que había esperado.

Flora vaciló, el aliento suspendido entre la gratitud y algo muy parecido al miedo.

—Le estoy profundamente agradecida, mi lord —dijo por fin—. Pero creo que primero debo regresar a Londres. Hay asuntos que debo atender. Personas a las que debo informar.

Su mirada se desvió, apenas un instante, hacia Aldrich.

Al oír mencionar Londres, algo indescifrable cruzó su expresión. Desapareció casi de inmediato, reemplazado por la contención serena que ella había aprendido a reconocer tan bien.

—Había esperado acompañarla yo mismo —dijo lord Wycliffe, con un hilo de pesar en la voz—. Pero hay obligaciones aquí. Asuntos que debo resolver antes de partir.

Aldrich dio un paso al frente entonces, la voz calmada, deliberada.

—Si me lo permite, mi lord, me encargaré de acompañar a la señorita Bloom a Londres con seguridad. También tengo asuntos allí.

El pecho de Flora se tensó.

No sabía por qué aquellas palabras la perturbaban tanto. Eran razonables. Atentas. Completamente acordes con su carácter.

Y, sin embargo, la idea de Aldrich regresando a Londres, al mundo que nunca había sido amable con ella, despertó algo agudo y vacío bajo sus costillas.

—Muy bien —dijo lord Wycliffe tras un momento. Se volvió hacia Flora, la mirada suavizándose—. La dejo a su cuidado. Yo la seguiré cuando aquí queden resueltas mis obligaciones.

—Sí, mi lord —respondió Flora.

Padre, pensó, aunque aún no lo dijo en voz alta.

Salieron juntos de la galería.

En el corredor contiguo regresó el silencio, roto solo por el tictac lejano de un reloj. Flora exhaló despacio, como si solo entonces advirtiera cuán tensa había estado, cuánto tiempo llevaba preparándose para que el momento se deshiciera.

Aldrich habló primero.

—Lo ha logrado —dijo en voz baja, más grave que antes, como si las palabras le costaran salir—. Ha encontrado lo que buscaba.

Ella lo miró, con una sonrisa leve e insegura.

—No sin su ayuda.

—Me alegra —respondió—. De verdad. Se lo merece.

Las palabras eran amables. Generosas.

Aun así, dolían.

—Espero —dijo Flora tras una pausa— que usted también encuentre lo que busca, mi lord.

Aldrich inclinó la cabeza.

—Eso espero yo también.

No se dijo nada más.

La acompañó hasta su estancia, el trayecto breve pero cargado, cada paso marcado por lo que ya no era posible. Ante la puerta, se detuvo.

—Debería descansar —dijo con suavidad—. Hoy han cambiado muchas cosas.

—Sí —murmuró ella—. Así es.

Él vaciló, como si algo quedara sin decir, suspendido justo más allá de lo que permitía la corrección. Luego, como siempre, la contención prevaleció.

—Buenas noches, señorita Bloom.

—Buenas noches, mi lord.

La puerta se cerró suavemente tras ella.

* * *

Aquella noche, lord Wycliffe convocó a la casa.

Los criados se reunieron en el gran salón, atentos, curiosos, respetuosos. Flora permaneció junto a lord Wycliffe, las manos temblándole a pesar de su esfuerzo por dominarlas. Aldrich se mantuvo un paso detrás de ella, su presencia silenciosa y constante.

—Amigos míos —dijo lord Wycliffe, con una voz que se proyectaba con facilidad por la sala—. Deseo que sepan que la señorita Flora Bloom es ahora mi hija. En adelante será conocida como la señorita Flora Wycliffe.

Durante un latido, el suelo pareció desaparecer bajo sus pies.

El pulso le retumbó en los oídos, como si su cuerpo hubiera aprendido la verdad antes de que su mente se atreviera a aceptarla.

Un murmullo recorrió el salón.

Flora contuvo el aliento. Hizo una reverencia instintiva, la voz suave pero firme.

—Les pido su amabilidad —dijo—. Y su paciencia.

Varias cabezas se inclinaron. La casa la aceptó.

Aldrich inclinó la cabeza hacia ella, no en ceremonia, sino en reconocimiento. Flora sostuvo su mirada apenas un instante, algo no dicho pasando entre ambos, gratitud y despedida entrelazadas con fuerza.

Más tarde, por fin sola, Flora se quedó de pie en su estancia.

La habitación era exquisita. Techos altos. Linos claros. Un escritorio junto a la ventana, como si la hubiera estado esperando. Todo lo que alguna vez había imaginado, y más.

Tocó el borde de la cama, luego la superficie pulida del escritorio. Era la misma mano que antaño olía a tierra y tallos machacados, ahora reflejada tenuemente en una madera noble pensada para la posesión, no para el servicio.

Su sueño se había cumplido.

Tenía un nombre.

Un hogar.

Un futuro asegurado.

Ya no pedía ser elegida.

Ya había sido reclamada.

Solo faltaba una cosa.

Se acercó a la ventana y miró los terrenos sumidos en la oscuridad. En algún lugar más allá de los jardines, Aldrich ocupaba una habitación de invitados propia, separado de ella por muros, por la corrección, por todas las distancias cuidadosas que nunca habían cruzado.

Apoyó la palma con suavidad contra el cristal.

Algunos sueños, comprendió, llegan completos.

Otros nunca estuvieron destinados a compartirse.

Y algunos, una vez cumplidos, revelan la forma de aquello que en silencio se han llevado.

Flora se apartó de la ventana y apagó la lámpara, dejando la habitación en una penumbra apacible.

Mañana regresaría a Londres.

Y la vida que había construido, con cuidado y sensatez, se reanudaría.

Pero esa noche se permitió una última verdad, sostenida en silencio en la oscuridad.

Nunca se había sentido tan en casa.

Y nunca había sido tan consciente de aquello que estaba a punto de dejar atrás.

Eighteen

El camino espera



La mañana en Wycliffe House llevaba un peso silencioso.

La niebla se aferraba baja a los terrenos, suavizando el huerto y desdibujando el largo camino de grava hasta que la casa misma parecía mitad sueño, mitad recuerdo. Flora se hallaba cerca de la entrada, la capa recogida alrededor del cuerpo, una pequeña bolsa a sus pies. Era más pesada que la que había traído al llegar. La doncella había insistido, con gentileza pero con firmeza, añadiendo vestidos que Flora aún no sabía cómo reclamar como propios. Los había aceptado con una gratitud que se sentía casi inmerecida.

Lord Wycliffe estaba frente a ella, apoyándose apenas en su bastón. La luz de la mañana revelaba las líneas de la edad en su rostro, pero también algo más firme ahora, como si una puerta cerrada durante largo tiempo por fin se hubiera abierto.

Vaciló, luego llevó la mano al bolsillo interior del abrigo.

Sus dedos temblaron al sacar una pequeña bolsita de terciopelo, suavizada por los años. Durante un instante se limitó a sostenerla, como si reuniera el valor necesario para desprenderse de ella al fin.

—Esto se encontró contigo —dijo en voz baja—. En la cesta.

El aliento de Flora se detuvo.

Abrió la bolsita, revelando un delicado colgante de concha, la superficie pálida y luminosa, montado con sencillez pero con un cuidado inconfundible. Era más refinado de lo que ella había imaginado, no el adorno de una mano descuidada, sino algo elegido.

Lord Wycliffe dio un paso más cerca. Las manos le temblaban al alzar la cadena.

—Permíteme —dijo.

Flora no pudo hablar. Inclinó la cabeza por instinto, sus propias manos temblando mientras el metal frío se posaba contra su piel.

—Que esto te recuerde —dijo con suavidad, abrochándolo en su nuca— que tu comienzo importa. Que no eras nada antes de ser nombrada.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Lo llevaré siempre —susurró—. Lo prometo.

Siguió una quietud delicada, reverente.

—Hay cartas que escribir —continuó—. Formalidades que observar. Estas cosas llevan tiempo. Pero te seguiré a Londres tan pronto como me sea posible.

Flora inclinó la cabeza.

—Gracias, mi lord. Por todo.

Él sonrió, cansado y sincero.

—No tienes que agradecérmelo. Es algo que debí hacer hace mucho tiempo.

Ella dudó, luego hizo una profunda reverencia. Al incorporarse, los ojos le brillaban.

—Lo veré pronto —dijo.

—Así será —respondió—. Hija mía.

La palabra se asentó en su pecho, desconocida y abrumadora. Se volvió antes de que la compostura se le quebrara.

Aldrich aguardaba a poca distancia, ya junto al carruaje. Le ofreció la mano al subir, sosteniéndola sin comentario alguno. Las ruedas comenzaron a girar.

Wycliffe House fue quedando atrás entre la niebla, la piedra clara desvaneciéndose hasta convertirse en poco más que una silueta que temía perder si apartaba la mirada demasiado pronto.

Durante un tiempo viajaron en silencio.

El camino se sentía distinto bajo el carruaje. Menos áspero. Menos pesado. Flora observó el paisaje desplegarse tras la ventana, setos y campos pasando como páginas que ya había leído una vez, pero que ahora comprendía con mayor profundidad.

Llegaron a la posada al caer la tarde, el cielo oscureciéndose ya con la promesa de lluvia.

Cuando desmontaron, las primeras gotas empezaban a caer, golpeando suavemente el tejado como instándolos a entrar. El posadero les aseguró que había habitaciones preparadas, cálidas y tranquilas, y ninguno de los dos objetó.

Dentro, el calor del hogar se les acercó, impregnado de té, pan y lana húmeda. Aldrich eligió una mesa pequeña junto al fuego, apartada de las voces más ruidosas.

Flora se quitó los guantes despacio. Cuando llegó el té, tomó la tetera sin pensarlo. Sus movimientos eran cuidadosos, aprendidos. Sirvió primero para él.

Luego, tras una breve pausa, añadió azúcar. Un terrón. Luego otro.

Aldrich la observó, distraído por un instante de la tormenta que se reunía tras los ventanales.

Ella alzó la vista, encontrando su mirada.

—¿Está bien así?

—Está… exactamente así —sonrió apenas y dudó, antes de añadir en voz baja—. ¿Cómo lo sabes?

Ella sostuvo su mirada.

—Porque lo he observado. Siempre toma dos terrones de azúcar en el té.

Durante un latido no habló.

El color subió, inconfundible, a sus mejillas. Bajó la vista hacia la taza como si lo hubiera sorprendido, luego volvió a mirarla, algo abiertamente asombrado en su expresión.

—Gracias —dijo al fin, en voz baja—. No me di cuenta de que alguien lo notara.

Ella sonrió, pequeña y casi tímida.

—Yo sí.

Le pasó la taza, y sus dedos se rozaron brevemente al tomarla.

El contacto fue fugaz, casi imperceptible, y aun así permaneció.

Un instante cálido y extrañamente íntimo, antes de que el mundo volviera a cerrarse a su alrededor.

En la mesa vecina, un hombre se inclinó hacia su acompañante, la voz lo bastante alta para llegarles.

—…el camino cerca del barranco se ha venido abajo en parte.

—…un corrimiento de tierra. Se llevó todo el carruaje.

—…dicen que pertenecía a lord Harland.

El nombre atravesó la sala con limpieza.

Flora miró a Aldrich de inmediato. Lo vio antes de que pudiera ocultarlo. La manera en que los hombros se le tensaron. Cómo los dedos se cerraron alrededor del asa de la taza.

—¿Mi lord? —dijo en voz baja.

No respondió enseguida.

Afuera, la lluvia golpeaba los cristales, firme e insistente.

—Aldrich —probó de nuevo, más suave.

Tomó un aliento medido, como si solo entonces advirtiera que lo había estado conteniendo.

—Perdóname —dijo—. No pretendía distraerme.

—Está pálido —observó ella con dulzura—. Y le tiemblan las manos.

Él bajó la mirada, sorprendido, y las aquietó deliberadamente.

—No es nada.

Ella no aceptó eso.

—¿Es por lord Harland? —preguntó en voz baja—. ¿El caballero con el que nos encontramos en la posada al salir de Wycliffe?

—No —respondió Aldrich de inmediato—. No él. Su padre. —Hizo una pausa y añadió, con más firmeza—. Y no por eso. No tiene por qué preocuparle.

Flora guardó silencio, recordando los fragmentos de conversación que había oído momentos antes.

—¿O… —dijo tras un respiro— porque mencionaron el barranco. Cerca del camino antiguo. Y el sauce?

Algo centelleó en sus ojos.

—¿Es el mismo lugar donde cayó el carruaje de sus padres? —preguntó.

Por un instante pareció dispuesto a esquivar la respuesta, la costumbre empujándolo hacia el silencio. Pero Flora no apartó la mirada. No había exigencia en su expresión. Solo preocupación. Solo paciencia.

—Sí —dijo al fin.

Ella entrelazó las manos.

—Si desea hablar, estoy aquí.

El silencio se tendió entre ambos, frágil pero intacto.

—No estoy acostumbrado a hacerlo —admitió—. No porque ya no importe. Sino porque importa demasiado.

Ella asintió, como si comprendiera ese instinto de forma íntima.

—Si prefiere no hacerlo —dijo—, no insistiré.

Él la miró entonces de verdad, y algo en su compostura cambió.

—Usted confió en mí su historia —dijo en voz baja—. Sería indigno de mí guardar silencio a cambio.

No bebió el té.

—Ese camino —continuó, la voz aplanándose, vaciada de inflexión—, fue donde murieron no solo mis padres, sino también mis hermanos.

Su postura no cambió. Sus manos no se movieron.

Solo la quietud traicionó cuánto le había sido arrebatado.

El aliento de Flora se cortó, agudo e involuntario.

—Regresábamos aquel día —continuó, ahora distante—. El tiempo era muy parecido a este. Lluvia. Mala visibilidad. El carruaje perdió apoyo cerca del barranco.

Los dedos se le cerraron contra la porcelana.

—Yo salí despedido —dijo—. Solo yo.

Los ojos de ella ardían.

—Me dijeron que debía quedarme donde estaba. Ser vizconde. Asumir toda la responsabilidad —prosiguió—. Que había asuntos que atender. Que el duelo podía esperar.

Algo le dolió profundamente en el pecho.

—¿Y usted? —preguntó ella.

—Obedecí —respondió con sencillez—. Aprendí muy pronto a obedecer.

La palabra se asentó con peso en Flora.

La obediencia, comprendió, los había moldeado a ambos.

En él, exigida por el deber.

En ella, aprendida como medio de supervivencia.

El fuego crepitó suavemente.

—Cuando por fin pude regresar —dijo—, recordé algo más que había prometido hacer.

El corazón de Flora dio un vuelco.

—A usted —dijo.

Ella no habló.

—Fui al orfanato —continuó—. Pero usted ya no estaba. Me dijeron que había sido adoptada. Luego, que había huido. Después, nada.

La voz se le volvió más baja.

—Llegué demasiado tarde.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Flora antes de que advirtiera que había caído.

—Busqué —dijo él—. De las maneras que pude. Pero el poder no llega de golpe.

Mientras hablaba, los dedos de Flora se alzaron sin darse cuenta y se cerraron en torno al colgante de concha en su cuello.

La curva fría la ancló, recordándole que lo perdido también había, de algún modo, sobrevivido.

—Pensé que me había olvidado —susurró ella.

Él alzó la mirada, firme y sin defensa.

—Nunca lo hice.

Las palabras quedaron entre ellos, pesadas e irrevocables.

—Yo huí —dijo Flora en voz baja—. De la familia que me adoptó. No fue bondadosa.

La mandíbula de Aldrich se tensó.

—William me encontró —continuó—. Me dio trabajo. Refugio. Seguridad.

Hizo una pausa.

—Y cuando me pidió que me casara con él, acepté. Porque creí que la bondad debía ser devuelta.

Aldrich cerró los ojos un instante.

—No podemos deshacer lo que ya ocurrió —dijo ella.

—No —respondió—. Pero tampoco estamos atados a ello.

En algún lugar más adelante aguardaba Londres, con sus calles estrechas y expectativas medidas, la presión conocida de voces y normas que ella conocía demasiado bien.

La idea se sintió de pronto distante y, a la vez, insoportablemente cercana.

Afuera, la lluvia caía con más fuerza.

Dentro, algo había sido dicho por fin.

Flora sostuvo su taza de té, el azúcar ya disuelto, la dulzura permaneciendo tenue en su lengua.

Nunca volvería a ser la mujer que no la había probado.

Nineteen

La espera como regalo



La mañana llegó bajo un cielo que aún no había decidido dejarlos partir.

La lluvia persistía en el aire, ya no feroz, sino constante, suavizando el mundo en matices apagados de gris. Más allá de la pequeña sala de estar de la posada, el camino se había rendido al barro y al agua, las ruedas de los carruajes dejando huellas oscuras que se llenaban de nuevo casi en el mismo instante en que se formaban. Flora permanecía junto a la ventana, la capa bien ceñida, observando la lenta ruina del sendero que se extendía delante.

Se sentía extrañamente familiar.

La espera.

La pausa entre la intención y el permiso.

Se había vestido temprano, por costumbre más que por necesidad. No había adónde ir y, sin embargo, su cuerpo se había movido como si la rutina pudiera anclarla a algo firme.

A su espalda resonaron unos pasos.

Aldrich regresó de los establos, quitándose los guantes mientras lo hacía, el aroma de la lluvia prendido tenuemente en su abrigo. Su expresión era serena, pero su mirada tenía la concentración distante de quien ya está midiendo consecuencias.

—Parece que nos quedaremos aquí hoy —dijo.

Flora se volvió.

—¿Ha ocurrido algo?

—El camino se ha derrumbado más adelante —respondió—. El señor Woodman desaconseja viajar. Varios carruajes lo intentaron esta mañana y se vieron obligados a regresar.

—Ah.

El sonido escapó de ella antes de que pudiera decidir qué significaba. ¿Alivio, tal vez? ¿O decepción? ¿O algo mucho más peligroso, cálido y silencioso, que aún no se atrevía a nombrar?

Entrelazó las manos, los dedos inquietos en el borde de la manga.

—Espero que este retraso no le cause inconvenientes, mi lord —dijo—. Había planeado regresar a Londres.

Él la observó un instante más de lo que exigía la cortesía.

—Mis planes —respondió con calma— son flexibles.

Ella alzó la mirada, insegura.

—Mi viaje —añadió— no estaba ligado a una hora concreta.

Un leve rubor le subió a las mejillas.

—En ese caso —dijo, apartándose con demasiada rapidez—, pediré té.

Había dado apenas unos pasos hacia el mostrador cuando lo oyó.

Un sonido suave, quebrado. No alto. Pero inconfundible.

Flora se levantó de inmediato, el instinto guiando sus pies antes de que el pensamiento pudiera intervenir.

Junto a la puerta de la cocina estaba sentada una joven, apenas más que una niña, el rostro oculto entre las manos mientras su madre permanecía a su lado, impotente y pálida de preocupación.

Flora se acercó con cuidado.

—Perdone —dijo, bajando la voz—. ¿Sucede algo?

La mujer mayor alzó la vista, los ojos hinchados.

—Nuestra florista no ha llegado. Tampoco la modista. Los caminos son intransitables. Y la boda debía celebrarse esta tarde.

Los hombros de la muchacha se estremecieron.

—Todo ha salido mal.

Algo se tensó en el pecho de Flora.

Conocía esa sensación. La impotencia de ver deshacerse un momento largamente esperado sin que nadie tuviera la culpa.

—¿Puedo ayudar? —preguntó en voz baja.

Ambas mujeres la miraron, sorprendidas.

—Trabajo con flores —continuó Flora, la confianza asentándose en su voz a medida que el propósito tomaba forma—. Si hay flores cerca, puedo arreglarlas. Y tengo un vestido adecuado para una novia. Quizá no sea un traje de boda, pero podría servir.

El alivio cruzó el rostro de la joven con tal rapidez que casi dolía verlo.

—Hay flores silvestres cerca del bosquecillo —dijo su madre con vacilación—. Pero la lluvia…

—Tendré cuidado —respondió Flora—. Por favor, envíen té a lord Ainsworth.

La lluvia la recibió de inmediato.

Empapó el dobladillo de la falda, oscureció los zapatos y trenzó su cabello con rizos húmedos que no se molestó en domar. El mundo olía a tierra mojada y a vida verde. A lo largo del sendero, las flores silvestres crecían obstinadas, brillantes contra la penumbra. Perifollo. Prímulas. Violetas. Margaritas.

Sus manos se movieron por instinto.

El perifollo para la alegría serena.

Las violetas para la fidelidad.

Se detuvo ante la prímula, los dedos demorándose un instante más de lo necesario.

Hubo un tiempo en que había significado no puedo vivir sin ti.

No lo dijo en voz alta.

Flora se movía entre ellas con destreza aprendida, murmurando sus nombres en voz baja mientras trabajaba.

Por primera vez en días, el pecho se le sentía ligero.

Tal vez fueran las flores entre sus manos.

Tal vez la simple bondad de salvar un instante destinado a la alegría.

—¡Miss Bloom!

Alzó la vista con sobresalto.

—¡Flora!

Aldrich avanzaba hacia ella bajo un paraguas negro, el abrigo ya húmedo, la mirada cargada de preocupación.

Ella rió y alzó la mano.

—¡Aquí!

Él llegó enseguida, levantando el paraguas sobre su cabeza sin dudar. La lluvia oscurecía la fina tela de su vestido, la seda entregada por Wycliffe House, el dobladillo ya arruinado por el barro y el agua.

Ella no vaciló.

Algo cambió en su expresión cuando sus ojos descendieron un instante hacia la falda y luego volvieron a su rostro.

—¿Qué hace aquí fuera con este tiempo? —preguntó.

—Ayudando —respondió ella con sencillez—. La florista de la novia no pudo venir.

—Podría haberse hecho daño.

—Estoy perfectamente —dijo con ligereza—. Pero si insiste en preocuparse, puede ayudarme sosteniendo esto.

Le colocó las flores en los brazos antes de que pudiera protestar.

Él parpadeó una vez. Luego obedeció.

Mientras regresaban, Flora habló sin pausa. De las flores. De sus nombres. De cuáles duraban más. De cuáles nunca debían colocarse juntas. Aldrich escuchaba con atención absoluta, sus pasos acompasándose a los de ella sin pensarlo.

—No ha dejado de hablar —observó al fin, una leve sonrisa en los labios.

Ella se detuvo.

—Oh.

Y luego rió.

—Supongo que no.

—Siempre fue así —dijo él.

Ella lo miró de soslayo.

—¿Lo era?

—Sí —respondió—. Hablaba como si el mundo pudiera olvidarse de escucharla si se detenía.

Regresaron empapados y sonrientes, los brazos llenos de flores.

* * *

La posada se transformó.

Los huéspedes ofrecieron ayuda. Se movieron mesas. Se pidieron prestados jarrones. Flora dirigía con autoridad tranquila, las manos firmes, los ojos vivos. Aldrich traía agua, levantaba muebles, hablaba con el posadero con una seguridad natural.

Cuando Flora vistió a la novia y puso el ramo en sus manos, la joven rompió a llorar.

—Lo ha salvado todo —susurró.

Más tarde, mientras la novia avanzaba del brazo de su padre, Flora se mantuvo a un lado, los ojos brillantes.

Aldrich la encontró allí.

Por un instante fugaz, se imaginó ocupando el lugar de la novia.

La imagen no le produjo temor.

Pero tampoco alegría.

Lo que sintió fue responsabilidad.

Y la comprensión silenciosa de que la responsabilidad no era lo mismo que la felicidad.

—¿Por qué llora? —preguntó él con suavidad.

—Siempre lloro en las bodas —admitió Flora—. Me recuerdan que dos vidas separadas pueden elegir convertirse en una.

—La boda de miss Cecily Ashbury me hizo llorar de la misma manera —añadió en voz baja.

Luego dudó, el rubor calentándole las mejillas.

—Eso es… claro, no asistí a la ceremonia —se apresuró a aclarar —. Solo a la celebración de la noche. Fue tan amable de invitarme, aunque yo no soy nadie de importancia.

Sus ojos se iluminaron al recordarlo.

—Dijo que deseaba que yo estuviera allí.

—Arabella lo menciona a menudo —dijo Aldrich.

—Fue hermoso —respondió Flora—. Miss Cecily nunca se creyó extraordinaria. Pero el duque la vio.

Aldrich la observó con atención.

—Tal vez eso sea lo que hace el amor.

—Tal vez —dijo ella.

La música se alzó. Llegaron las risas.

Flora sintió algo peligroso asentarse en silencio en su pecho.

Facilidad.

Comodidad.

Ser ella misma.

Y a su lado, Aldrich permanecía, firme y cercano, como si siempre hubiera debido estar allí.

Aún no puso nombre a lo que aquello significaba.

Pero más allá del calor de la sala, más allá del camino suavizado por la lluvia, Londres aguardaba. Con sus expectativas. Sus anuncios. Sus reglas.

Por ahora, se permitió la ilusión.

Y por un solo día prestado, el mundo la dejó conservarla.

Twenty

Una noche casi suya



Al caer la noche, la lluvia no mostraba intención alguna de ceder.

Golpeaba con constancia los ventanales de la posada, convirtiendo el mundo exterior en un borrón de oscuridad y agua, como si el propio camino hubiera sido borrado del mapa. La celebración, prevista para el patio, se había trasladado al salón común. Las mesas fueron apartadas. Las sillas, apiladas contra las paredes. Faroles colgados de ganchos y vigas proyectaban una luz cálida y temblorosa que parecía acercar aún más el techo bajo.

La sala resultaba demasiado pequeña para tanta gente.

Lo cual, pensó Flora, era precisamente lo que la hacía sentirse viva.

La música llenaba el espacio. Un violín tocado con más entusiasmo que precisión, acompañado por el ritmo de botas golpeando el suelo de madera. Las risas surgían con facilidad, sin cautela, rebotando en las paredes y mezclándose con el aroma de pan, té y abrigos de lana húmedos. El aire estaba cargado de calor,

de aliento y de movimiento, como si la alegría hubiera sido comprimida hasta casi no dejarle escapatoria.

Flora permanecía junto a una de las mesas largas, observando cómo la novia era arrastrada una vez más a otra ronda de felicitaciones. Sus manos descansaban apenas sobre la madera, su expresión suave, satisfecha de una manera que no había sentido en mucho tiempo. No estaba en el centro de nada y, aun así, se sentía parte de todo.

—Te estás escondiendo otra vez —dijo Aldrich, apareciendo a su lado.

Ella lo miró, sonriendo apenas.

—Prefiero observar.

—Eso no fue lo que dijiste antes.

Alzó una ceja.

—Antes fui coaccionada.

Él estuvo a punto de reír.

A punto.

Antes de que cualquiera de los dos pudiera moverse, la novia apareció de nuevo, radiante e imparable, las mejillas encendidas por una felicidad que no pedía permiso.

—Aquí estás —dijo, tomando la mano de Flora—. No puedes escapar dos veces.

—Oh, te aseguro que… —empezó Flora.

Demasiado tarde.

Fue arrastrada de nuevo al gentío, la risa cerrándose a su alrededor como una marea. Alguien marcó el ritmo con palmas. Otro

giró demasiado amplio y chocó con ella. Flora se volvió al oírlo y, al hacerlo, dio un paso directo hacia él.

Inhaló y se giró antes de poder detenerse. El corazón ya le latía con fuerza, como si hubiera tomado la decisión antes que ella.

—¿Podrías…?

Vaciló, luego alzó el mentón.

—¿Bailarías conmigo?

Las palabras quedaron suspendidas entre ambos.

Aldrich parpadeó.

—¿Yo?

—Sí —dijo ella, de pronto muy consciente de su pulso—. Si he de ser arrastrada al caos, prefiero que sea con alguien en quien confío.

Pasó un instante.

—No bailo —dijo él con cuidado, como si la precisión pudiera contener algo más.

Sus labios se curvaron levemente.

—Yo tampoco. Eso nos deja en igualdad.

—Así no funciona el baile.

—Por favor —añadió ella en voz baja—. Solo una vez.

Él la miró entonces de verdad, como si estuviera sopesando algo mucho mayor que una simple petición.

Luego inclinó la cabeza.

—De acuerdo.

El alivio floreció en el rostro de Flora antes de que pudiera ocultarlo.

Le tomó la mano antes de que él pudiera arrepentirse.

El suelo estaba abarrotado, el ritmo era irregular, los pasos inciertos. La seda de su vestido susurraba con cada movimiento, más pesada que cualquier prenda que hubiera llevado antes, enganchándose un instante con otros bailarines, como recordándole quién era ahora. Aldrich se movía rígido al principio, poco habituado a ceder el control, mientras Flora calculaba mal un paso casi de inmediato y chocaba contra él.

—Lo siento —dijo ella deprisa.

—Creo que ha sido culpa mía —respondió él.

Alguien giró demasiado cerca. Flora rió y se apartó, solo para resbalar un poco sobre las tablas gastadas.

Aldrich la sostuvo sin pensar.

Un brazo rodeándole la cintura. El otro afirmando su hombro.

Durante un latido, la sala desapareció. Todo el sonido regresó de golpe, pero ella permaneció suspendida un instante en aquel único punto de estabilidad.

—Te tengo —dijo él en voz baja.

El aliento de Flora se cortó, agudo y sorprendido.

—Sí. Yo… gracias.

Él no la soltó de inmediato. Solo cuando ella se estabilizó dio un paso atrás, la expresión cuidadosamente recompuesta, aunque un leve color le había subido a las mejillas.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —respondió ella con rapidez. Luego, más bajo, casi conspirador—. Debo confesarte algo.

Él se inclinó para oírla por encima de la música.

—¿Sí?

—Nunca he bailado antes.

Parpadeó.

—¿Nunca?

Ella negó con la cabeza, avergonzada pero divertida.

—No de verdad. No así.

Él la observó un instante, como reajustando algo.

—Eso es notable.

—¿Lo es? —rió ella—. Hace un momento parecías convencido de que era algún tipo de bailarina de ópera.

Su boca se curvó.

—Te mueves como una.

Ella resopló.

—Entonces debo de ser una bailarina que ha bebido demasiado vino. Sigo olvidando hacia dónde van mis pies.

Él rió entonces.

De verdad.

Sin contención.

El sonido la sobresaltó.

No era pulido ni medido ni cuidadosamente dosificado. Se liberó de él, cálido y genuino, y durante un momento Flora simplemente lo miró, como si le hubieran concedido algo que nunca debió ver. Luego se encontró riendo con él, lo absurdo de la situación envolviéndolos hasta que le dolieron los costados y se le humedecieron los ojos.

—Ven —dijo él, ofreciéndole la mano—. Si nunca has bailado, entonces yo seré igualmente inexperto.

—Eso no resulta tranquilizador.

—Piénsalo como un desastre compartido.

Ella puso la mano en la suya.

Esta vez se movieron con cuidado. Demasiado cuidado. Chocaron los hombros con otra pareja. Aldrich calculó mal un giro y estuvo a punto de pisarle el dobladillo.

—Perdóname —dijo.

Ella sonrió ampliamente.

—Al menos ahora no estoy sola.

Volvieron a reír.

A su alrededor, la celebración continuaba. Alguien vitoreó. Otro derramó una bebida y no le importó. La novia pasó bailando, radiante, entera, amada, su felicidad desbordada y sin cuestionamientos.

Flora sintió algo cálido asentarse en su pecho.

No era excitación.

No era anhelo.

Era algo más silencioso.

Algo que se parecía a la calma.

Cuando la música se ralentizó, se apartaron, sin aliento, los hombros casi tocándose, lo bastante cerca para sentir el calor del otro sin cruzar ninguna línea.

Por un instante breve e inquietante, Flora fue consciente de lo que aguardaba más allá de aquella sala.

La mañana.

Los caminos reabriéndose.

Londres reclamando lo que creía suyo.

—No sabía que reías así —dijo Flora.

—Yo tampoco sabía que lo hacía —respondió él.

Ella lo miró entonces de verdad y comprendió algo que se cerró con suavidad alrededor de su corazón.

Con él, no ensayaba sus palabras.

No se hacía más pequeña.

No llevaba la sonrisa cuidadosa reservada para el mundo.

Simplemente… estaba allí.

Y por ahora, eso bastaba.

Afuera, la lluvia seguía cayendo, constante e implacable, como si solo ella mantuviera a raya la mañana.

Dentro, la noche se sentía cálida.

Y por un poco más de tiempo, casi parecía que les pertenecía.

Twenty One

El regreso



La mañana de su partida llegó sin ceremonia.

No sonaron campanas. El sol no atravesó las nubes en gesto triunfal. La lluvia de los días anteriores se había transformado en una niebla pálida y persistente, aferrada a los setos y difuminando los bordes del camino más allá de la posada, como si el mundo mismo hubiera optado por una discreta contención en lugar de una despedida.

Flora se encontraba junto a la ventana de la pequeña habitación, abrochando el último botón de su capa. Sus movimientos eran cuidadosos, deliberados, como si estuviera grabando cada gesto en la memoria. El cuarto conservaba aún un tenue aroma a flores secadas durante la noche, restos de la alegría de ayer ya desvanecidos en algo suave y distante.

Cuando se volvió, Aldrich ya la esperaba junto a la puerta.

Había regresado al porte contenido con el que ella lo conoció por primera vez en Londres. Su abrigo estaba impecable, los guantes

doblados con pulcritud en una mano. Solo las sombras leves bajo sus ojos delataban que los días pasados lo habían cambiado en algo.

—¿Estás lista? —preguntó.

Ella asintió.

—Sí.

Bajaron las escaleras juntos. La posada estaba silenciosa a esa hora temprana, la sala común despojada de risas y música, las sillas apiladas ordenadamente contra las paredes, las mesas desnudas. Solo el hogar conservaba algo de calor, las brasas brillando débilmente, como si se resistieran a dejar marchar la noche anterior.

Afuera, el carruaje aguardaba.

El camino de regreso a Londres se desplegó lentamente. Pasaron aldeas, luego campos abiertos, después tramos de bosque suavizados por la niebla. Flora lo observó todo en silencio, sus pensamientos no avanzando hacia delante, sino volviendo atrás.

Había salido de Wycliffe House con la bendición de un padre.

Con un nombre.

Con un lugar que, por primera vez, podía llamar hogar.

Y sin embargo, a medida que las millas se deslizaban bajo las ruedas, un dolor se asentó en su pecho, silencioso pero persistente.

—Este camino se siente distinto —dijo al fin.

Aldrich la miró.

—¿En qué sentido?

—Cuando viajamos por aquí antes, todo parecía… incierto. —Vaciló—. Ahora sé dónde estoy. Y aun así, se siente más pesado.

Él lo meditó.

—Saber dónde se está no siempre hace que el suelo sea más firme.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—No.

Volvieron al silencio.

Cuando el camino se estrechó y los árboles comenzaron a cerrarse a ambos lados, Flora lo sintió antes de verlo.

El carruaje redujo la marcha, los caballos respondiendo a una orden más contenida del cochero. Las ruedas ya no avanzaban con soltura, sino con cautela, como si pusieran a prueba el terreno a cada giro. La tierra junto al camino estaba oscura y resbaladiza, recién desgarrada donde parte del terraplén había cedido. Un tramo del sendero se había reducido a una franja estrecha e incierta, el resto descendiendo bruscamente hacia barro removido y sombra.

Había hombres apostados a lo largo del borde, las botas cubiertas de tierra, palas apoyadas en los hombros. Un carro había sido apartado a un lado, cuerdas enrolladas sin cuidado cerca, y las huellas de un trabajo apresurado aún marcaban el suelo. Alguien había dejado una linterna apagada en la curva, una advertencia más simbólica que eficaz.

Y allí estaba.

El gran sauce se alzaba delante, sus largas ramas cayendo hacia la tierra, el hueco en su tronco oscuro e inconfundible, como si el árbol mismo contuviera el aliento.

Flora se volvió hacia Aldrich.

Su postura había cambiado. No de forma dramática. No tanto como para que un extraño lo notara. Pero ella conocía ya sus

silencios, la manera en que su respiración se alteraba cuando la memoria se imponía. Su mirada fija al frente, el aliento superficial, una mano apoyada con excesivo cuidado sobre la rodilla.

Un instinto conocido despertó en ella.

No miedo.

No indefensión.

Reconocimiento.

Había visto ese silencio antes. En sí misma.

—Mi lord —dijo en voz baja.

Él no respondió.

Flora tomó una respiración lenta, afirmándose primero, antes de volver a hablar.

—Cierre los ojos —dijo.

Eso lo sobresaltó. Se volvió hacia ella de inmediato.

—¿Qué?

—Por favor —dijo ella, con voz firme—. Solo un momento.

Dudó, luego inclinó la cabeza y obedeció.

Flora tomó su mano enguantada, su contacto cálido y seguro a través del cuero.

—Respire conmigo —murmuró—. Despacio.

Él siguió su guía. Inhalar. Sostener. Exhalar.

El carruaje avanzó.

—Ya puede abrirlos —dijo ella con suavidad, cuando la sombra del sauce quedó atrás y el camino volvió a ensancharse.

Lo hizo.

Durante un largo instante no dijo nada. Luego dejó escapar un aliento que no había sabido que retenía.

—Gracias —dijo en voz baja.

Ella no soltó su mano de inmediato. Cuando finalmente lo hizo, el calor desapareció al instante.

El aire se sintió más frío contra sus dedos, la ausencia más aguda de lo que había esperado, como si el guante la hubiera estado protegiendo de algo más que del frío de la mañana.

—Lo hizo muy bien.

Una comisura de su boca se alzó.

—Siempre has dicho eso.

Continuaron el viaje.

Para cuando los tejados familiares del pueblo aparecieron a la vista, el calor del trayecto comenzó a disiparse. La compostura regresó, posándose sobre Flora como una prenda conocida. La parte de ella que sabía cómo mantenerse erguida. Cómo sonreír con cortesía.

La realidad aguardaba.

El carruaje se detuvo cerca de la floristería. El letrero sobre la puerta captó su mirada.

Hubo un tiempo en que aquella tienda había sido todo su mundo. Sus pasillos estrechos, sus aromas familiares, el ritmo constante de trabajo y gratitud. Había sido suficiente.

Ahora, después de Wycliffe House, después de salones amplios y dignidad silenciosa, se sentía… más pequeña.

No inferior.

Simplemente ya no bastaba para contener todo lo que ella se había convertido.

El corazón de Flora dio un pequeño y involuntario sobresalto al verla. Las ventanas estaban recién limpias, el letrero recién pintado. La vida había continuado en su ausencia.

Aldrich descendió primero y le ofreció la mano.

Ella la tomó.

Por un instante, ninguno se movió.

—Aquí es donde me despido —dijo él.

—Sí.

—Me alegra haber podido acompañarte.

—A mí también —respondió ella—. Más de lo que sé decir.

Él la miró entonces, de verdad la miró, como si estuviera grabando su rostro en la memoria. Luego, con una gracia medida, alzó su mano.

El beso fue breve. Formal. Correcto.

Una despedida.

Cuando se irguió, dio un paso atrás, restaurando la distancia entre ellos con deliberado cuidado.

—Que seas muy feliz, Miss Bloom —dijo.

No Miss Wycliffe.

Miss Bloom, el nombre que había sido cuando él la encontró, antes de títulos y certezas, cuando aún estaba convirtiéndose en quien sería.

El pecho de Flora se tensó.

—Y usted, mi lord.

Permanecieron allí, el espacio entre ambos lleno de todo lo que no dijeron.

Entonces—

—¡Flora!

El sonido atravesó el momento como una campana.

Ella se volvió.

William estaba justo más allá de la puerta de la tienda, su expresión una mezcla medida de alivio y sorpresa, la mirada deslizándose brevemente hacia el hombre a su lado antes de regresar a su rostro.

Se veía como siempre: pulcro, ordenado, familiar. El abrigo bien planchado, el cabello peinado con cuidado, la expresión compuesta de alguien que prometía fiabilidad más que sorpresa.

Junto a él, Aldrich se sentía como algo completamente distinto. Como un clima que aún no había pasado. Había una gravedad en su quietud, un peso silencioso que Flora había aprendido a reconocer como pérdida soportada, no exhibida.

Por primera vez, el contraste se le presentó con claridad.

Uno representaba la vida que había construido.

El otro, la vida que la había deshecho y vuelto a crear.

El mundo, al parecer, la había encontrado de nuevo.

Y el viaje había terminado de verdad.

Twenty Two

El peso de un nombre



—William —susurró Flora.

Él ya cruzaba la calle hacia ellos, con ese paso ágil y familiar, el rostro compuesto en una mezcla medida de alivio y reproche contenido.

—Flora. Por fin has vuelto —dijo—. He estado terriblemente preocupado.

Ella asintió, reuniendo una sonrisa que se sentía ensayada más que sentida.

—Sí. Lo siento. No pude enviar aviso antes.

Se movió casi sin pensarlo, colocándose entre los dos hombres, como si el instinto comprendiera mejor que la razón qué exigía ahora la cortesía.

—William —continuó, con un tono mesurado y sereno—, este es Lord Ainsworth, quien me asistió durante el viaje. Mi lord, este es el señor William Sennington, propietario de Sennington & Co. Flowers.

William se inclinó con precisión educada. Aldrich respondió con una leve inclinación de cabeza, su porte impecable, distante.

—Gracias por su ayuda a mi futura esposa, mi lord —dijo William.

Hubo un énfasis sutil en las palabras, deliberado e inconfundible.

El aliento de Flora se le detuvo antes de poder evitarlo.

Por un instante, el silencio se asentó entre ellos. No incómodo. No incierto. Simplemente tenso, como si el aire hubiera sido estirado en exceso.

—No fue nada —respondió Aldrich con ecuanimidad—. Cualquier caballero habría hecho lo mismo al encontrar a una dama viajando sola y herida.

La mirada de William volvió de inmediato hacia Flora.

—¿Herida? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Qué ocurrió? ¿Te duele?

Ella lanzó a Aldrich una breve mirada de advertencia, luego se recompuso.

—Fue solo una torcedura leve del tobillo —dijo—. Ha sanado bien, gracias a Lord Ainsworth.

William la observó un instante más de lo necesario, como si midiera algo invisible, y luego asintió.

—Entonces permítame agradecerle una vez más —dijo, volviéndose hacia Aldrich—. Si alguna vez necesita flores, mi lord, nuestra tienda se sentiría honrada de proporcionárselas.

—Lo tendré en cuenta —respondió Aldrich.

Dio un paso atrás, ya desvinculándose, como si el intercambio hubiera concluido exactamente donde debía.

—Entonces me retiraré —dijo—. Les deseo a ambos toda la felicidad en su próximo matrimonio.

La palabra *matrimonio* golpeó a Flora con una fuerza súbita, cortante, que le robó el aliento.

Hizo una reverencia, las rodillas inestables, mientras Aldrich se dirigía hacia su carruaje. Los caballos se movieron. El cochero tomó las riendas. En pocos instantes, se alejaba.

Ella lo observó hasta que el carruaje desapareció en la curva.

Solo entonces advirtió cuán vacío se sentía su pecho.

* * *

William la condujo al interior, la mano ligera pero firme en su codo. La tienda la recibió con aromas familiares y una calma ordenada. Los cubos relucían. Los tallos yacían cuidadosamente recortados. La vida había continuado en su ausencia, intacta frente a todo lo que ella había aprendido.

Las preguntas de William se sucedieron, prácticas, preocupadas. Flora respondió según era necesario, la voz firme mientras sus pensamientos quedaban rezagados en otro lugar.

Por fin, él la sentó y le sirvió el té con sus propias manos.

—Me asustaste —dijo con más suavidad—. ¿Estás segura de que el tobillo está bien?

—Sí, William.

—Y Lord Ainsworth —continuó, tras una pausa que ella no esperaba—. ¿Cómo llegaste a conocerlo?

Ella habló de la lesión. De la ayuda fortuita. De la coincidencia. No habló de Aldrich como lo había conocido entonces. No habló de promesas hechas sin testigos.

—¿Y tus padres? —preguntó William al fin—. ¿Descubriste algo?

Flora negó con la cabeza.

—No.

Algo se apagó en sus ojos, lo justo para que Flora lo notara.

—Entonces debemos continuar la búsqueda —dijo—. Esta vez, iré contigo.

—No —dijo ella, demasiado rápido.

Él se detuvo.

—No encontré a mis padres —repitió Flora, obligándose a calmar la voz—. Pero seré adoptada por Lord Wycliffe.

William la miró fijamente.

—¿Adoptada? ¿Cómo?

Ella explicó. El bebé encontrado entre flores. La vizcondesa que había deseado un hijo. Los años perdidos.

William escuchó, el asombro transformándose en algo más luminoso.

—Flora —dijo, poniéndose de pie—, ¡esto es una noticia maravillosa! Mis padres, sin duda, aprobarán ahora. Todo seguirá según lo planeado.

Su sonrisa regresó, frágil en los bordes. Las palabras cayeron con suavidad, y aun así algo se tensó en su pecho.

Aprobarán.

No había comprendido, hasta ese instante, cuánto de su futuro descansaba en esa sola palabra.

—Me alegra —dijo.

—Descansa ahora —continuó William con calidez—. Mañana visitaremos a mis padres.

Ella asintió.

—Sí. Mañana.

—Estoy orgulloso de ti.

Las palabras se posaron sobre ella como una prenda que encajaba, pero no abrigaba.

Cuando él se fue, la tienda quedó en silencio.

Flora permaneció donde estaba, luego alzó lentamente las manos hacia el rostro y tomó una respiración cuidadosa.

Había encontrado lo que buscaba.

Un nombre.

Un lugar.

Un futuro asegurado.

Y aun así, allí, entre paredes familiares que de pronto se sentían más estrechas de lo que recordaba, su corazón seguía inquieto, tensado entre lo que le había sido dado y lo que, en silencio, había sido retirado.

Por primera vez, Flora comprendió que el nombre que había ganado no le pertenecía solo a ella. Sería pronunciado. Sopesado. Utilizado. Y se esperaría que ella permaneciera muy quieta bajo su peso.

Algunos nombres, comenzaba a entender, no se limitan a conceder pertenencia.

La exigen.

Twenty Three

El silencio lleno



El carruaje avanzaba con una regularidad que resultaba casi cruel.

Aldrich se reclinó contra el asiento acolchado, las manos apoyadas sin tensión sobre los muslos, la mirada fija en la estrecha ventana a su derecha. Londres pasaba en fragmentos apagados. Ladrillo y piedra. Esquinas conocidas. La reanudación silenciosa de la vida ordinaria, indiferente a lo que había quedado atrás.

No había advertido cuán silencioso era el carruaje hasta que se descubrió escuchando algo que ya no existía.

Su voz.

El asiento frente a él parecía de pronto demasiado ancho, el cojín vacío pálido e intacto, como si hubiera estado esperando una presencia que no regresaría.

Cerró los ojos un instante, luego los abrió de nuevo, levemente irritado consigo mismo. Era innecesario. Había hecho lo que correspondía. Había devuelto a Flora a salvo. Se había despedido

como debía hacerlo un caballero, con la contención intacta y el sentimiento debidamente enterrado.

Y, aun así, el silencio se imponía.

El leve aroma de flores persistía en sus guantes. Algo verde. Vivo. Debería habérselos quitado. Lo sabía. Y sin embargo seguían allí, en sus manos, como si retirarlos fuera a cortar algo que todavía no estaba preparado para perder.

Se dijo que era porque el trayecto era corto.

Porque no había urgencia.

Porque los hábitos pequeños no se abandonan de golpe.

El carruaje tomó una vía más ancha, las ruedas sacudiéndose levemente sobre la piedra irregular. Aldrich ajustó la postura sin pensarlo, como si Flora siguiera sentada frente a él, como si aún pudiera necesitar estabilizarla con una palabra, con una mirada, o simplemente con la presencia de otro ser humano compartiendo el espacio.

El pensamiento lo detuvo.

Inspiró despacio por la nariz y apartó la mirada.

Había terminado. Al menos esta parte del viaje.

Había esperado años para encontrarla de nuevo. Más de los que deseaba contar. Había imaginado muchas veces ese momento, aunque nunca con demasiada claridad. Solo que la vería con vida. Que estaría a salvo. Eso, había creído, sería suficiente.

No había imaginado conversación.

Risa.

Un silencio que no exigía explicación.

No había imaginado con qué facilidad ella volvería a entrar en su vida, como si los años entre ambos no hubieran sido más que una pausa incómoda.

El carruaje se meció suavemente al alejarse de las calles más concurridas y, pese a sus esfuerzos, los pensamientos de Aldrich retrocedieron.

Lluvia.

Fría e implacable, empapando la tela y la piel por igual.

Manos empujándolo hacia delante. Risas afiladas, no de alegría, sino de crueldad. Las voces de sus hermanos conservaban esa ligereza despreocupada que reservaban para los momentos en que las consecuencias no les pertenecían.

—Eres demasiado blando —había dicho uno.

—Demasiado pesado —rió otro, y entonces el suelo desapareció bajo sus pies.

El agua se cerró sobre su cabeza.

Oscuridad. De golpe. Robándole el aliento y el pensamiento. El pánico estalló, lo bastante agudo como para cegarlo.

Recordaba haber manoteado sin rumbo, su cuerpo demasiado grande, demasiado torpe, la lluvia cayendo como si el cielo mismo se hubiera vuelto contra él.

Y entonces—

Manos.

Pequeñas. Temblorosas. Decididas.

Una niña confirmaba al borde del agua, delgada como un junco, el vestido ya empapado, los brazos tensándose al tirar de él con una

fuerza que no correspondía a su tamaño. Sus dedos se hundían en la manga, resbalaban, volvían a aferrarse, negándose a soltar.

—Debe ayudarme —había dicho ella, la voz firme aun cuando los brazos le temblaban—. Tiene que moverse.

Él la había mirado, atónito. Era mucho más pequeña que él. Más ligera. Frágil en toda medida visible.

Y, aun así, tiraba.

El trueno había estallado sobre sus cabezas, partiendo el cielo con un estruendo que la hizo encogerse. Instintivamente, se llevó las manos a los oídos, los ojos apretados durante un latido.

Recordaba haber hablado entonces, las palabras arrancadas sin pensar.

—Solo es el trueno —había dicho con voz ronca—. Es solo el cielo discutiendo consigo mismo.

Ella lo miró, sorprendida. Luego asintió una vez y tiró de nuevo.

Juntos, de manera imposible, alcanzaron la orilla.

Más tarde, permanecieron tiritando bajo el amparo de los árboles, la lluvia aún cayendo, el mundo lavado de su crueldad como si nada hubiera ocurrido.

Se separaron poco después.

A él lo envolvieron en mantas, la voz de su madre afilada por la preocupación, las manos presionándole los hombros, exigiendo saber quién le había hecho eso, cómo había resultado herido.

A ella, en cambio, la arrastró la matrona, reprendida con dureza por atreverse a intervenir. Por mojarse. Por molestar a un muchacho de importancia.

Él la había visto alejarse, pequeña y erguida pese a la reprimenda, y había comprendido algo entonces, aunque aún no tenía palabras para nombrarlo.

La obediencia, aprendería más tarde, no era lo mismo que la supervivencia.

Había odiado a sus hermanos una vez, como odian los niños cuando la crueldad lleva el rostro de la familia, y el saber que habían muerto había transformado ese odio en una carga más silenciosa y pesada que nunca terminó de soltar.

El recuerdo aflojó su presa cuando el carruaje redujo la marcha.

Aldrich se irguió, el gesto automático, ensayado. El pasado retrocedió, como siempre hacía, dejando tras de sí solo su peso conocido.

Pronto habría obligaciones de nuevo. Cartas que responder. Conversaciones que exigían atención más que introspección. Las retomaría como siempre, sin queja.

Aun así, cuando el carruaje se detuvo y le abrieron la puerta, Aldrich se detuvo.

Por primera vez desde que había salido de la floristería, se permitió un pensamiento sin resguardo.

No era que hubiera vuelto a encontrar a Flora.

Era que, al haberla encontrado, ya había empezado a perderla.

Descendió a la calle, el rostro sereno, la compostura intacta.

Solo cuando el carruaje se alejó detrás de él se quitó lentamente los guantes, doblándolos con cuidado deliberado, como si dejara a un lado algo que todavía no estaba preparado para nombrar.

Twenty Four

Las reglas del decoro



La casa Sennington estaba exactamente como Flora la recordaba.

Setos prolijamente recortados, escalones de piedra fregados hasta quedar impecables, ventanas pulidas hasta reflejar la luz de la tarde como ojos atentos. Nada estaba fuera de lugar. Nunca lo estaba.

Aquel orden, que en otro tiempo le había resultado reconfortante, ahora le parecía exigente, como si la casa misma esperara ser correspondida con la misma compostura cuidadosa que exhibía.

Un reloj marcaba el tiempo en algún punto más profundo de la casa.

Constante. Preciso. Incuestionable.

Cada segundo parecía encajar en su sitio correcto, como si incluso el tiempo se comportara mejor allí.

Siguió a William a través de la puerta principal, las manos enguantadas unidas con pulcritud frente a ella, la postura medida y

exacta. El aroma del té y de la madera pulida la recibió de inmediato. Familiar. Respetable. Seguro.

La chimenea estaba encendida, las llamas dispuestas con esmero tras una rejilla brillante, ofreciendo calor en la proporción adecuada.

Y, sin embargo, al internarse más en la casa, Flora sintió que un frío tenue pero persistente se le deslizaba por los brazos, como si el calor supiera mejor que alcanzarla.

—Madre —llamó William—. Padre.

La señora Sennington se levantó de inmediato de su asiento junto a la ventana. La sonrisa apareció al instante, completa, como si hubiera estado aguardando justo bajo la superficie.

—Flora, querida —dijo con calidez. Demasiada—. Has vuelto.

El señor Sennington se incorporó con más lentitud, alisándose el abrigo antes de extender la mano.

—Nos complace verla de regreso y a salvo.

Flora hizo una reverencia, cada movimiento fluido, contenido, practicado hasta la perfección.

—Gracias por recibirme, señor. Señora.

La señora Sennington dio un paso al frente y tomó las manos de Flora entre las suyas. El gesto parecía íntimo, incluso afectuoso. Sin embargo, su contacto era ligero, casi cauteloso, como si Flora fuera algo recién adquirido y aún en evaluación.

—Estábamos muy preocupados —dijo—. Una joven viajando tan lejos sola. Pero William nos lo ha contado todo.

La mirada de Flora se desvió un instante hacia él. William estaba a su lado, sereno, discretamente orgulloso, como si aquello fuera un resultado que había anticipado.

—No hubo motivo de alarma —respondió Flora en voz baja—. Estuve bien atendida.

—Sí —repuso la señora Sennington al instante—. Nada menos que por Lord Ainsworth.

El nombre quedó suspendido en el aire. Cortés. Afilado.

El señor Sennington se aclaró la garganta.

—William nos informó del… giro afortunado de los acontecimientos.

Flora bajó la mirada.

—Sí, señor.

Los condujeron al salón, donde el té ya estaba servido. Tazas de porcelana dispuestas con exactitud. Pasteles frescos colocados al alcance justo. Nada improvisado. Nada dejado al azar.

La señora Sennington indicó a Flora que se sentara a su lado.

—Ahora —dijo con vivacidad—, cuéntenos todo.

Flora lo hizo.

Eligió las palabras con cuidado, ofreciendo hechos y contexto, nunca sentimiento. Habló del orfanato. De Lord Wycliffe. De las circunstancias de su hallazgo. No habló de cuadros ni de huertos. No habló de manzanas, ni de lluvia, ni de la serenidad callada de una voz que la había sostenido cuando tuvo miedo.

Habló solo de lo necesario.

Cuando terminó, siguió un silencio breve. Evaluador.

Luego, la señora Sennington volvió a sonreír.

—Bien —dijo, cruzando las manos con pulcritud sobre el regazo —, esto lo cambia todo.

El señor Sennington asintió.

—Desde luego. Ser adoptada por un vizconde… es sumamente respetable.

William se volvió hacia Flora, el rostro iluminado por la satisfacción.

—Te lo dije —afirmó con entusiasmo—. A mis padres les agradará.

—Me agrada —repitió la señora Sennington—. Mucho.

Flora sonrió.

Era la sonrisa que había aprendido hacía tiempo. Cortés. Agradecida. Cuidadosamente inescrutable.

—¿Y la adopción se formalizará? —preguntó el señor Sennington.

—Sí, señor —respondió Flora—. El secretario de Lord Wycliffe está organizando la documentación. Se reunirá con nosotros en Londres una vez resueltos sus asuntos.

—Excelente —dijo la señora Sennington—. Entonces el anuncio podrá proceder sin demora.

Los dedos de Flora se tensaron imperceptiblemente alrededor de la taza de té, la porcelana fría contra la piel.

—Sí, señora.

La señora Sennington se inclinó un poco hacia ella, bajando la voz lo justo para sugerir confianza más que cautela.

—Debe comprender, querida, que el linaje importa. Las apariencias importan. Siempre hemos deseado lo mejor para William.

—Lo comprendo —dijo Flora.

Y lo hacía.

Comprendía con exactitud lo que se le ofrecía. Y lo que se esperaba a cambio.

William tomó su mano, apretándola con afecto sincero.

—Todo está encajando.

Para William, era una frase tranquilizadora.

Para Flora, sonó como una puerta que se cerraba, suave y definitivamente, sobre algo que aún no sabía nombrar, pero que ya echaba de menos.

Lo miró.

Era amable. Era sincero. Había sido su refugio cuando más lo había necesitado.

—Me alegra —dijo en voz baja.

Pero incluso al pronunciarla, la frase le sonó hueca.

La señora Sennington se levantó y se acercó a la ventana.

—Comenzaremos los preparativos de inmediato. Invitaciones, pruebas, disposiciones. Tendrá orientación, por supuesto.

—Por supuesto —respondió Flora.

El señor Sennington también se puso de pie.

—Esperamos darle la bienvenida a nuestra familia, señorita Bloom. O… —vaciló un instante y sonrió—. Señorita Wycliffe.

El título la golpeó con una fuerza inesperada.

Señorita Bloom.

No hija.

No Flora.

Señorita Wycliffe.

El nombre que habían estado esperando.

El nombre que hacía todo aceptable.

En su memoria surgió el sonido de su nombre dicho sin título alguno.

No como lo diría la sociedad, sino como lo había pronunciado Aldrich, bajo y firme, como si le perteneciera solo a ella.

Inclinó la cabeza.

—Gracias, señor.

La conversación continuó, ordenada y eficiente. Se sugirieron fechas. Se trazaron planes. Cada detalle colocado donde correspondía.

Flora escuchó. Respondió cuando se le habló. Asintió en los momentos adecuados.

Y, mientras tanto, tuvo la sensación de estar situada apenas fuera de sí misma, observando cómo unas manos cuidadosas y competentes organizaban una versión de su vida.

Cuando por fin la reunión concluyó y William la acompañó hacia la puerta, la señora Sennington depositó un beso ligero en su mejilla.

—Estamos muy contentos, Flora —dijo.

Flora volvió a sonreír.

—Estoy agradecida —respondió.

Afuera, la luz de la tarde empezaba a desvanecerse. William hablaba animadamente de las semanas venideras, de planes y posibilidades.

Flora caminaba a su lado, los pasos medidos, la expresión serena.

Dentro de su pecho, algo callado y sin nombre se plegaba sobre sí mismo, con cuidado de no llamar la atención.

El calor que había conocido en el camino no la había seguido hasta allí.

Y no sabía cómo pedir que regresara.

Twenty Five

Pedir pertenecer



Flora permanecía sola en la estrecha habitación del desván, mientras la luz de la mañana caía suavemente sobre los ángulos familiares del techo.

La estancia era pequeña. Sencilla. Y, sin embargo, había sido el lugar más seguro que había conocido jamás.

El baúl yacía abierto sobre la cama, cuidadosamente preparado. Había muy poco que llevarse consigo. Algunos vestidos. Un chal gastado en los bordes. Y el conocimiento silencioso de dónde pertenecía cada cosa. Se movía despacio, con deliberación, como si cada gesto tuviera peso propio.

Ante el pequeño espejo junto a la ventana, se detuvo.

Su cabello estaba arreglado con esmero, recogido con una elegancia que rara vez lograba en las mañanas ordinarias. En su mano descansaba la peineta. Simple. Lisa. Entregada sin ceremonia. Dudó apenas un instante antes de deslizarla en su lugar, asegurando el último mechón suelto.

El reflejo que le devolvió la mirada parecía sereno.

Casi preparado.

Miró una vez más alrededor de la habitación. El techo inclinado. La cama estrecha. La ventana desde la que había visto pasar las estaciones sin que nadie lo notara. Aquella habitación nunca le había pedido que fuera nada distinto de sí misma.

—Gracias —susurró, sin saber a quién.

Entonces llegó el sonido de las ruedas del carruaje. Cascos contra la piedra. La llegada inconfundible de algo formal.

Flora cruzó hasta la ventana y miró hacia abajo.

El carruaje aguardaba. Oscuro. Pulido. Con un blasón que ahora reconocía sin esfuerzo.

El aliento se le cortó.

Llamaron a la puerta.

—¿Flora? —la voz de William llegó con suavidad—. Lord Wycliffe ha llegado.

Ella volvió la vista a la habitación una vez más, dejando que la mirada se demorara. Una despedida silenciosa, sin testigos. Luego tomó su pequeño bolso, ya colocado junto a la puerta.

Al salir, William la esperaba. Le ofreció el brazo de manera instintiva, familiar.

Mientras descendían juntos la escalera, Flora sintió que algo no iba bien antes incluso de poder nombrarlo.

La floristería de abajo ya no parecía una tienda.

Donde solían alinearse los cubos de flores, habían colocado una pequeña mesa. No con la vajilla desigual que Flora usaba a diario, sino con finas tazas de porcelana que llevaban el escudo de los

Sennington. Sillas tapizadas se disponían ordenadamente. Platos con pasteles reposaban intactos, simétricos y precisos.

El aire aún conservaba un leve aroma a tierra y tallos aplastados bajo el té y el azúcar.

Parecía… presentable.

Casi distinguido.

Una clienta entró con vacilación, deteniéndose confundida.

—Oh… solo quería comprar—

—Me temo que hoy estamos cerrados —dijo la señora Sennington de inmediato, sonriendo con viveza mientras acompañaba a la mujer de vuelta a la puerta—. Asuntos familiares.

La puerta se cerró.

Flora permaneció inmóvil.

Antes de que pudiera hablar, sonó de nuevo la campanilla sobre la puerta.

Esta vez entró Lord Wycliffe.

William y sus padres se pusieron en pie al instante.

La señora Sennington se alisó el vestido, su sonrisa acomodándose en su lugar. El señor Sennington se irguió y avanzó con una deferencia ensayada.

—Mi lord —dijo, inclinándose—. Qué honor. Un verdadero honor.

Lord Wycliffe inclinó la cabeza con cortesía. Nada más.

Flora hizo una reverencia de inmediato, con movimientos cuidadosos, instintivos.

—Mi lord —dijo en voz baja.

Su mirada se posó en ella, y algo más suave apareció en su expresión.

La tienda, transformada y ajena, quedó en silencio a su alrededor.

La señora Sennington entrelazó las manos.

—Justamente hablábamos de usted —dijo con ligereza, como si fuera lo más natural del mundo—. De lo afortunados que somos todos. Flora ha sido muy… bendecida.

Flora permaneció muy quieta.

Se ofreció té. Se acercaron las sillas. Las cortesías se desplegaron con una facilidad practicada. La señora Sennington gesticuló con agilidad, y las tazas de porcelana se colocaron sobre la mesa como si la tienda siempre hubiera estado destinada a tales rituales. Flora se movió de manera automática, guiada por la costumbre, aunque sus pensamientos se quedaban rezagados.

Levantó la tetera.

El vapor ascendió. El gesto familiar la sostuvo, apenas un instante.

Sin mirar, tomó el azucarero.

Un terrón.

Luego otro.

El aliento se le cortó.

La cucharilla se detuvo a medio camino, un leve temblor recorrió sus dedos antes de obligarse a completar el gesto. La taza se deslizó hasta su lugar, la superficie del té onduló brevemente y luego se aquietó.

—¿Flora?

La voz de William llegó en un murmullo bajo, preocupado.

—¿Te encuentras bien?

Ella parpadeó y asintió al instante.

—Sí. Claro.

La mentira tuvo un sabor tenue, pero pasó sin ser cuestionada.

Lord Wycliffe la observaba en silencio desde el otro lado de la mesa. No dijo nada. No interrumpió. Pero su mirada se detuvo un instante más de lo que exigía la cortesía.

La conversación se reanudó.

La señora Sennington volvió a hablar, con un tono cuidadosamente afectuoso.

—Por supuesto, hemos invitado a la señorita Wycliffe a quedarse con nosotros —dijo—. Al menos hasta que se completen las formalidades legales. Sería lo más apropiado.

Las palabras se asentaron en la estancia.

Lord Wycliffe no respondió de inmediato.

En lugar de ello, dirigió la mirada hacia Flora.

Lo mismo hizo William.

Y sus padres.

La atención era suave, educada y completamente expectante.

Flora la sintió como una mano en la espalda, empujándola hacia adelante. Tomó un aliento cuidadoso.

—Agradezco la oferta —dijo en voz baja.

Sus dedos se apretaron brevemente antes de continuar.

—Pero la he rechazado.

Siguió una pausa.

—Me he acostumbrado a este lugar —añadió Flora, con voz firme pese al peso de todas las miradas—. La tienda siempre ha sido… suficiente para mí.

No siguió ninguna disculpa.

Lord Wycliffe la observó con atención. Algo indescifrable cruzó su expresión antes de que inclinara la cabeza, una sola vez.

—Muy bien —dijo con calma.

Las cortesías continuaron con la misma soltura ensayada. La señora Sennington habló de arreglos, de lo afortunada que era la coincidencia del momento. El señor Sennington asentía, aportando su aprobación cuando correspondía. Todo sonaba ordenado. Decidido.

Flora escuchó. Respondió cuando se le habló. Sonrió cuando se esperaba.

Y, entretanto, tuvo la sensación de estar apenas fuera de sí misma, observando la escena como si perteneciera a otra persona.

Y así, el asunto quedó resuelto.

Por fin, Lord Wycliffe se volvió hacia ella, la mirada ahora más suave.

—Flora —dijo—. ¿Vamos?

Ella asintió al instante.

—Sí —respondió—. Por supuesto.

Siguió a Lord Wycliffe hacia la puerta.

En el umbral, se detuvo.

La tienda se extendía ante ella, transformada y ajena. La mesa pulida. Las sillas prestadas. Las tazas de porcelana ya enfriándose. Y bajo todo ello, aún presente si uno miraba con atención, el aroma de la tierra y de la vida verde.

Aquel lugar había sido pequeño.

Había sido ordinario.

Había sido suyo.

Dejó que la mirada se posara en el rincón donde solía situarse cada mañana, recortando tallos. En la ventana desde la que observaba despertar la calle. En la estrecha escalera que conducía a la habitación de arriba, donde había dormido sin miedo por primera vez en su vida.

El lugar más seguro que había conocido.

El pecho se le tensó.

Luego salió.

El carruaje aguardaba.

Lord Wycliffe le ofreció la mano, firme y paciente. Ella la tomó, permitiéndose una última mirada a través de la ventana.

La puerta se cerró.

Cuando el carruaje comenzó a moverse, Flora no volvió la vista atrás.

Se sentó en silencio, las manos unidas sobre el regazo, el ritmo de las ruedas llevándola hacia adelante.

La tienda quedó atrás, convirtiéndose primero en un recuerdo, y luego en algo aún más distante.

Pero sabía esto, con una certeza que la sorprendía.

Fuera cual fuera el nombre que ahora llevara, fuera cual fuera la vida que la aguardara, una parte de ella pertenecería siempre a aquel pequeño espacio lleno de flores y mañanas silenciosas.

El lugar donde había aprendido por primera vez lo que significaba sentirse a salvo.

Y el carruaje siguió avanzando.

Durante un rato, ninguno habló.

La ciudad se deslizaba más allá de las ventanas, piedra y calle y memoria. Flora la observaba con una extraña distancia, como si estuviera dejando algo atrás sin saber aún en qué se convertiría.

Por fin, Lord Wycliffe rompió el silencio.

—No pareces una mujer que se prepara para casarse —dijo con suavidad.

Flora se sobresaltó.

—¿No lo parezco?

—No. —La estudió con la franqueza implacable que ya se había convertido en su modo—. Cuando llegaste por primera vez a Wycliffe, estabas asustada. Tensa. Pero había calidez en ti. Ahora… —hizo una pausa—. Ahora pareces distante. Como si ya te hubieras apartado de ti misma.

Sus dedos se cerraron lentamente sobre el regazo. Sintió el pequeño peso de la peineta contra el cabello, oculta allí sin pensar. Un objeto sencillo. Pulido por el tiempo. Entregado sin ceremonia.

Levantó una mano hacia la mejilla, como si se viera reflejada de nuevo.

—No sabía que se notara.

—Se nota —dijo en voz baja—. Para quien mira.

El carruaje aminoró la marcha.

Ante ellos se alzaron unas verjas de hierro, suavizadas por la edad y la hiedra.

Un cementerio.

El aliento se le cortó.

—Padre… ¿adónde vamos?

—¿Te importaría que nos detuviéramos primero? —preguntó—. Antes de ir a casa.

—No —respondió de inmediato—. Por supuesto que no.

Caminaron juntos por el sendero de grava, el aire en silencio, la ciudad mantenida a una distancia respetuosa. El aire olía a hierba húmeda y cielo abierto, limpio y sin ataduras, nada parecido a la dulzura cuidada del té y la porcelana que había dejado atrás. Lord Wycliffe se detuvo ante una lápida modesta, su inscripción desgastada por el tiempo.

—Anna —dijo.

La voz se le quebró.

—Te la he traído —continuó con suavidad—. A la niña que deseaste con tanto anhelo. La he hecho nuestra hija, como querías. Espero… espero que estés en paz.

Las rodillas de Flora flaquearon.

Avanzó y se dejó caer lentamente ante la tumba.

—Buenas tardes, vizcondesa Wycliffe —susurró. Luego, tras un aliento que le desgarró el pecho—. O… ¿puedo llamarte madre?

La palabra la deshizo.

Sin pensar, los dedos subieron a su pecho, rozando con suavidad el colgante de concha oculto allí.

—Esta es Flora —dijo, con las lágrimas ya libres—. La bebé que encontraste entre las flores. Ojalá hubiera conocido tus brazos, tu voz, tu amor. Pero incluso ahora, lo siento. Te siento.

La voz le tembló.

—Cuidaré de él —prosiguió—. De padre. Y viviré bien. Lo prometo.

El viento se levantó, suave y tibio, rozándolos como una respuesta.

Lord Wycliffe se dejó caer a su lado, su compostura rompiéndose por fin. Cuando ella se volvió hacia él, no se resistió. La estrechó entre sus brazos, sosteniéndola con la desesperación silenciosa de un hombre que había esperado demasiado.

Permanecieron allí, padre e hija, envueltos en duelo y gracia, mientras el mundo se detenía a su alrededor.

Y en algún lugar, más allá de la vista, Anna Wycliffe ya no estaba sola.

Twenty Six

Aprender a pertenecer



Londres recibió a Flora Wycliffe con una eficiencia silenciosa.

No hubo fanfarrias ni anuncios impresos en los periódicos. Solo un carruaje que llegó a la hora convenida, una casa preparada de antemano y criados que se dirigían a ella con un respeto cuidadoso que no flaqueó ni una sola vez.

Miss Wycliffe.

El nombre la seguía a todas partes.

Lo pronunciaban tutores y modistas, lacayos que se inclinaban y damas que sonreían un instante más de lo necesario. Aparecía escrito con pulcritud en la parte superior de los papeles que debía leer, memorizar, encarnar. En el transcurso de una semana, había comenzado a sentirse a la vez pesado y extrañamente irreal, como si vistiera un traje cosido para otra mujer y le pidieran hacerlo propio.

Sus días se llenaron con rapidez.

Las mañanas estaban dedicadas al porte. Cómo mantenerse erguida sin rigidez. Cómo sentarse sin encogerse. Cómo entrar en una estancia con gracia, como si perteneciera a ella sin necesidad de

demostrarlo. La institutriz corregía el ángulo de su barbilla, la colocación de las manos, la suavidad de la mirada. Cada ajuste era delicado. Ninguno era cruel. Y, sin embargo, Flora sentía que poco a poco se desdibujaba bajo ellos.

Las tardes traían lecciones de conversación. Qué temas eran apropiados. Qué opiniones convenía callar. Cómo reír sin sonido, cómo discrepar sin contradecir. Flora aprendió a escoger las palabras como se eligen las joyas, con moderación y propósito. Respondía correctamente. Escuchaba con atención. Aun así, algo esencial parecía siempre quedar fuera de su alcance.

Una tarde estuvo dedicada por entero a las normas de la mesa.

La mesa estaba dispuesta con precisión. La porcelana relucía. Los cubiertos se alineaban como si hubieran sido medidos por regla más que colocados por costumbre. Flora se sentó recta, tal como se le había indicado, las manos en su sitio exacto, los movimientos contenidos y precisos.

En el centro de la mesa reposaba una fuente poco profunda con fruta. Peras. Uvas. Y una manzana pulida, cuya piel atrapaba la luz.

Su atención se detuvo en ella al instante.

Se dijo a sí misma que no significaba nada. Que las manzanas eran comunes. Que aquella no guardaba semejanza alguna con huertos empapados de lluvia, ni con caminos embarrados, ni con una voz que hablaba con suavidad en la quietud.

Aun así, cuando alargó la mano hacia el cuchillo, vaciló.

—Miss Wycliffe.

La voz de la tutora era suave, pero firme.

Flora se sobresaltó. El cuchillo resbaló apenas y golpeó el plato con un sonido demasiado agudo para la sala.

—Le ruego me disculpe —dijo de inmediato, notando cómo le ardían las mejillas.

La tutora inclinó la cabeza.

—Su atención se ha desviado.

—Sí —respondió Flora en voz baja—. Lo siento.

Se corrigió con rapidez. El momento pasó. Pero la manzana permaneció intacta, y durante el resto de la lección Flora tuvo la sensación de avanzar sobre un terreno desconocido, cuidando de no tropezar, cuidando de no revelar adónde habían ido sus pensamientos.

Las veladas se reservaban para las pruebas.

La seda y el satén reemplazaron al algodón y al lino. Los guantes se ajustaban con tal precisión que parecían una segunda piel. Los zapatos estaban hechos para caminar solo breves distancias, como si el mundo más allá de los salones y los bailes hubiera dejado de existir en silencio. Permanecía de pie sobre plataformas mientras se realizaban los ajustes, asentía cuando se le preguntaba, sonreía cuando se esperaba, aprendiendo a habitar una forma que se admiraba incluso mientras la constreñía.

Y luego estaba el baile.

Permanecía en la sala de práctica con el señor Harcourt, el maestro de danza contratado por Lord Wycliffe, la mano enguantada reposando con ligereza en la de él, la otra colocada con exactitud. Los pasos llegaban despacio al principio, contados en un murmullo. Uno, dos, giro. De nuevo.

—La postura, Miss Wycliffe —recordaba el señor Harcourt con amabilidad—. Confíe en la música.

Ella lo hacía. O lo intentaba.

La melodía la llevaba hacia adelante, y algo en su cuerpo recordaba el movimiento no como obligación, sino como liberación.

Y, sin embargo, aun siguiendo cada paso con corrección, todo le parecía demasiado medido, demasiado exacto, nada parecido al desorden lleno de risas de aquella otra noche, cuando bailar no había requerido permiso alguno.

Por un breve instante, olvidó las reglas, las correcciones, la vigilancia constante. Cuando la lección terminó, exhaló… solo para darse cuenta de que ya no estaba sola.

Lord Wycliffe se encontraba en la puerta.

—Padre —dijo ella, sorprendida—. No lo vi llegar.

—No quise interrumpirte —respondió él, con la mirada cálida de un orgullo tranquilo—. Solo quería observar.

El señor Harcourt se inclinó y se retiró. Flora recogió las faldas, de pronto consciente de sí misma, y sonrió.

—¿Le gustaría tomar el té conmigo?

—Me gustaría mucho —dijo él.

Se acomodaron en la pequeña sala de té que daba al jardín. La luz de la tarde entraba suavemente por las ventanas mientras un lacayo servía. Flora observó, distraída, cómo se añadían dos terrones de azúcar a su taza sin comentario alguno.

Sus dedos se inmovilizaron.

Por un momento, no estaba en Londres en absoluto, sino en una posada modesta, la lluvia golpeando los cristales, una mano

conocida alcanzando el azucarero sin pensarlo.

Apartó la mirada con rapidez.

—¿Cómo van tus lecciones? —preguntó Lord Wycliffe.

—Difíciles —admitió ella, y luego sonrió—. Pero no imposibles.

Él soltó una breve risa.

—Eso suponía. Aprendes con rapidez, Flora. Has nacido para esto, aunque aún no lo sepas.

Las palabras se asentaron en su interior, no como orgullo, sino como responsabilidad. Lo quería demasiado como para fallarle, incluso cuando una parte silenciosa de ella se preguntaba qué estaba empezando a pedirle este mundo a cambio.

Negó con suavidad.

—Solo deseo honrar su nombre. No quiero decepcionarlo.

—No lo harás —dijo él con sencillez—. Confío en ti.

La garganta se le cerró.

—Gracias.

Hubo una pausa, y luego añadió, casi con ligereza:

—Tengo la intención de ofrecer una recepción.

—¿Una recepción? —El corazón le dio un salto incierto.

—Debes ser presentada adecuadamente —continuó—. Como mi hija. Ante la sociedad. Es necesario.

Flora entrelazó las manos, de pronto consciente de su pulso.

—Espero no avergonzarlo.

—No lo harás —dijo con tranquila certeza—. Te has preparado con diligencia. Y confieso… —su sonrisa se suavizó— que hacía tiempo que no tenía motivo para ofrecer una reunión. Me complacerá hacerlo ahora.

Tomó un aliento cuidadoso.

—Entonces haré todo lo posible.

—Lo sé.

Un lacayo entró instantes después.

—Una carta para usted, Miss Wycliffe.

Flora parpadeó.

—¿Para mí?

—La primera —observó Lord Wycliffe con suavidad.

Aceptó el sobre. El sello le resultó familiar. Sus dedos se apretaron en torno a la carta antes de que fuera consciente del gesto, como si soltarla pudiera hacerla desaparecer.

La abrió.

La sonrisa que asomó a sus labios fue espontánea, sin defensa alguna. Iluminó su rostro antes de que pudiera disimularla.

Lord Wycliffe lo notó al instante.

—De Lord Ainsworth —dijo ella en voz baja—. Me ofrece sus felicitaciones.

—Ya veo —respondió él, sonriendo—. No sabía que las cartas pudieran dar tanto placer.

Flora bajó la mirada, el calor subiéndole a las mejillas.

—Así es.

Él alargó la mano y apretó la suya brevemente.

—Me alegra cuando tú te alegras, Flora.

—Gracias, padre.

Más tarde, sola en su alcoba, se sentó ante el escritorio y tomó la pluma.

Mi Lord Ainsworth:

Gracias por su amable carta y por sus generosos deseos. Londres me ha recibido bien, aunque todavía estoy aprendiendo sus costumbres. Mis días están llenos de lecciones, y con frecuencia recuerdo cuánto me queda aún por dominar.

Espero que goce de buena salud y que sus días transcurran con sosiego y propósito. Su atención es muy apreciada, más de lo que puedo expresar con facilidad.

Con gratitud,

Flora Wycliffe

Selló la carta con cuidado.

Era una respuesta apropiada. Medida. Correcta.

Y, sin embargo, al apagar la vela y recostarse contra las almohadas, sus pensamientos no se dirigieron a la recepción venidera ni a la vida que se estaba ensamblando pieza a pieza a su alrededor, sino a caminos embarrados, risas compartidas y una presencia cuya ausencia no había previsto sentir con tanta intensidad.

Cerró los ojos.

Había pasado una semana desde que se había convertido en Miss Wycliffe.

Y ya, el pasado se negaba a aflojar su dominio.

Twenty Seven

Lo no reclamado



La casa adosada de los Whitcombe estaba en silencio a media mañana. Los altos ventanales dejaban pasar una luz pálida y ordenada que no suavizaba nada. La sala en la que Aldrich se encontraba había sido dispuesta para la comodidad y la compañía, no para la soledad; cada silla colocada con intención, cada superficie pulida para reflejar urbanidad. Llevaba varias semanas alojado allí, recibido con calidez y expectativa en igual medida, aunque ninguna de las dos había logrado asentarlo.

Todo en aquella casa sugería facilidad.

Y, sin embargo, Aldrich se sentía allí más constreñido que nunca se había sentido en una posada empapada por la lluvia y llena de risas.

Estaba a punto de terminar su té cuando Arabella habló.

—Ya no me invitas a tomar el té.

Él la miró por encima del borde de la taza, la porcelana tibia entre los dedos. La sala seguía tranquila, ordenada, preparada para el confort más que para la conversación.

—No sabía que entre primos fueran necesarias las invitaciones.

Arabella cruzó los brazos.

—No seas ingenioso. Has estado imposible desde que regresaste de Valeshire.

—He tenido mucho que atender.

—Siempre lo tienes. —Ahora se inclinó hacia delante, los ojos entrecerrados con una familiaridad ganada a lo largo de los años—. Te encierras en tu habitación o sales de la casa. Cualquiera diría que ya no aprecias mi compañía.

—Me temo que no es así —respondió Aldrich con suavidad.

Arabella lo miró fijamente.

—Aldrich.

Antes de que pudiera reprenderlo como correspondía, la puerta se abrió.

—La señorita Venetia Grantham ha llegado, señorita Whitcombe.

Aldrich dejó la taza y se puso de pie de inmediato, el gesto automático.

—En ese caso —dijo con tono neutro—, me retiraré y os dejaré disfrutar de la tarde.

Arabella le sujetó la manga.

—Oh, no. No lo harás. —Su sonrisa se volvió dulce, afilada por la intención—. Puedes quedarte. Por favor.

Él vaciló. Solo un instante. Luego inclinó la cabeza.

Un momento después, Venetia entró en la sala.

Era alta y exquisitamente compuesta, el cabello castaño recogido con elegancia, el vestido a la moda sin parecer esforzado. Todo en

ella hablaba de certeza. De pertenencia. Hizo una reverencia con gracia ensayada.

—Lord Ainsworth. Señorita Whitcombe. Gracias por la invitación.

Aldrich devolvió el saludo con una leve inclinación de cabeza. Su mirada se desvió, involuntaria, hacia Arabella.

Arabella fingió no advertirlo.

—Me alegra mucho que hayas venido, Venetia —dijo con vivacidad—. Siéntate. Pensé que sería agradable conversar los tres.

Así que era eso.

La conversación comenzó con facilidad. Venetia hablaba con seguridad, su risa medida, su atención sin alejarse demasiado de Aldrich. Él respondió con cortesía y contención. Los cumplidos eran recibidos con reconocimiento, no con estímulo. No le dio nada que pudiera confundirse con permiso.

Entonces Venetia removió el té y dijo, como si comentara el tiempo:

—¿Habéis oído? Lord Wycliffe ha adoptado a una joven.

Arabella se quedó inmóvil a mitad de un sorbo.

—¿Adoptado?

—Sí. —Venetia sonrió levemente—. De una floristería, creo. Sennington & Co. Flowers. Una huérfana.

La sala pareció detenerse.

Aldrich no se movió.

—Qué extraordinario —dijo Arabella despacio—. No lo sabía.

—Al parecer ya está todo decidido —continuó Venetia—. La joven es ahora Miss Wycliffe.

Miss Wycliffe.

El nombre cayó con una quietud definitiva.

Los ojos de Arabella se abrieron.

—Espera. ¿Te refieres a la muchacha que conocimos en la floristería?

Se volvió hacia Aldrich.

—La recuerdas, ¿verdad?

—Sí —dijo él en voz baja—. La recuerdo.

La mirada de Venetia se agudizó, el interés encendiéndose.

—Está comprometida también, según he oído. Con el dueño de la tienda.

—Qué fortuna —murmuró Arabella, aunque la palabra sonó hueca incluso para ella misma.

Venetia rió suavemente, el sonido cuidadosamente ligero, como si el asunto la divirtiera más de lo que la concerniera.

—Desde vender flores hasta adquirir un título —dijo—. Londres disfruta de sus pequeños milagros. Hace que la temporada parezca… caritativa.

Su mirada se deslizó hacia Aldrich, evaluadora, deliberada.

—Aun así —continuó con suavidad—, los milagros resultan agotadores cuando intentan ser permanentes. La gente es más feliz, en mi opinión, cuando permanece entre los suyos. Costumbres conocidas. Expectativas conocidas. —Una pausa—. Sangre conocida.

Aldrich dejó la taza con calma deliberada.

—Creo —dijo con voz uniforme— que el afecto no consulta el rango antes de arraigar. El amor rara vez es tan considerado con el estatus.

Por un instante, la sonrisa de Venetia no alcanzó del todo a sus ojos.

—Qué ilustrado —dijo al fin—. Casi se diría que uno olvida que sois un hombre de vuestra posición. —Inclinó la cabeza, cortés, curiosa—. O quizá simplemente disfrutáis de las excepciones.

Arabella lo observaba ahora con atención.

Aldrich se levantó.

—Disculpadme —dijo con educación—. He prometido a mi administrador mi presencia esta tarde.

Arabella abrió la boca, luego volvió a cerrarla.

—Por supuesto —dijo—. En otra ocasión.

Se marchó sin más ceremonia.

Aquella noche, solo en la habitación de invitados que su tía había preparado para él, Aldrich se sentó ante una hoja de papel en blanco. La vela a su lado ardía baja, la llama firme, indiferente.

Tomó la pluma.

La dejó.

La noticia ya no era un rumor. Tenía forma. Peso.

Flora Bloom se había convertido en Miss Wycliffe.

Su futuro asegurado. Su lugar decidido.

Escribió.

Tachó.

Escribió de nuevo.

Por fin, se obligó a terminar.

Mi estimada Miss Bloom:

Espero que esta carta la encuentre con buena salud y buen ánimo.

He tenido noticia de la decisión de Lord Wycliffe y deseo ofrecerle mis más sinceras felicitaciones. Me alegra profundamente saber que ha encontrado una familia y un nombre que la resguarden de preguntas que nunca debió verse obligada a responder.

Confío en que sus días estén colmados de bondad y que Londres la trate con suavidad.

Tenga por seguro que le deseo toda la felicidad en la vida que ahora se abre ante usted.

Atentamente,

A. Ainsworth

La leyó una vez.

Luego otra.

Era cuidadosa. Respetuosa. Enteramente apropiada.

Selló la carta y la dejó a un lado.

Eso sería suficiente.

Tenía que serlo.

Twenty Eight

La distancia cortés



Al caer la tarde, la casa adosada de los Whitcombe se había transformado en algo cercano a lo teatral.

Los lacayos se movían con rapidez por los corredores, cargando cajas y fundas de prendas, sus pasos precisos, eficaces, sin apresuramiento. El aire olía tenuemente a agua de lavanda y almidón, a seda recién planchada y madera pulida. En algún lugar del piso superior, la voz de Arabella resonaba, clara e insistente, impartiendo instrucciones a cualquiera que tuviera la mala fortuna de cruzarse en su camino.

Aldrich estaba sentado en el salón menor, con un libro abierto entre las manos.

No había pasado una sola página.

La habitación estaba impecable. Demasiado impecable. Cada superficie dispuesta para el confort, cada cojín colocado con intención, cada rincón suavizado por la riqueza y el cuidado. Y, sin embargo, nada de aquello lograba aquietarlo. Después de caminos embarrados y posadas empapadas por la lluvia, después de risas

que habían llegado sin invitación, el orden silencioso de la casa lo oprimía como una restricción.

Lord Whitcombe entró sin anuncio, abrochándose el último botón del abrigo al cruzar el umbral. Se detuvo al ver a Aldrich aún sentado.

—¿No te estás vistiendo? —preguntó su tío con suavidad.

Aldrich alzó la vista.

—No creo que asista.

El hombre mayor arqueó una ceja.

—¿A la recepción de Lord Wycliffe?

—Sí.

—No has acudido a ninguna reunión social desde que regresaste a Londres —observó Lord Whitcombe. No había reproche en su tono. Solo constatación—. Se notará.

—Lo sé.

Antes de que su tío respondiera, la seda susurró sobre la alfombra.

Lady Whitcombe entró en la sala con paso decidido, compuesta, y su sola presencia bastó para alterar el ambiente.

—Aldrich —dijo de inmediato, como si el tema hubiera sido convocado por su llegada—. No sigues dudándolo, ¿verdad?

—Ya he decidido —respondió él con cortesía—. No asistiré.

Lady Whitcombe se detuvo frente a él, serena pero inflexible.

—Deberías reconsiderarlo.

—¿Puedo saber por qué?

Ella entrelazó las manos.

—Porque eres vizconde. Porque algún día necesitarás esposa. Y porque las preocupaciones de tu abuela no carecen de fundamento.

Algo se tensó, casi imperceptible, en la mandíbula de Aldrich.

—Si te casas —continuó Lady Whitcombe—, tu título quedará asegurado. No habrá dudas sobre la sucesión. No permitiré que Ainsworth caiga en manos de la rama Ansley. No confío en ellos. Confío en ti.

—Pienso elegir a mi esposa con cuidado —dijo Aldrich con voz uniforme—. Con respeto, tía Charlotte, no por miedo.

Ella lo observó largo rato, luego exhaló.

—Te pareces demasiado a tu padre.

Desde la puerta llegó una voz conocida, encantada.

—Oh, sin duda alguna.

Arabella apareció ya vestida para la velada, la seda azul pálida fluyendo a su alrededor con naturalidad, el rostro iluminado por un propósito claro. Miró a sus padres, luego a Aldrich, y sonrió.

—Se lo he pedido varias veces —anunció—, pero mi querido primo está siendo insoportablemente obstinado.

—No soy obstinado —replicó Aldrich—. Simplemente no estoy dispuesto a comprometerme.

—Todavía —añadió Arabella con ligereza.

Lady Whitcombe negó con la cabeza, entre divertida y resignada.

—Al menos considéralo, Aldrich.

Cuando por fin sus padres se marcharon, Arabella no perdió tiempo. Cruzó la sala y se sentó frente a él, doblando con cuidado las manos enguantadas sobre el regazo.

—Bien —dijo—. Basta de cortesías. Dime.

Aldrich se tensó.

—¿Decirte qué?

Ella se inclinó hacia delante.

—Tienes algo que ver con la chica de las flores.

El aliento se le cortó antes de poder evitarlo.

—Se llama Flora —dijo de manera automática—. Flora Bloom. O… Flora Wycliffe ahora.

El nombre lo dejó más expuesto de lo que había previsto.

Los ojos de Arabella se abrieron.

—Ahí está.

—¿Qué?

—Eso —dijo triunfal—. Nunca te importa lo suficiente como para corregirme. Ni siquiera recordabas el apellido de Venetia. Y ahora me corriges.

Aldrich cerró los ojos un instante.

—Arabella…

—Así que es ella —lo interrumpió con suavidad—. La chica de la floristería.

No lo negó.

Algo se ablandó de inmediato en su expresión.

—Oh, Aldrich.

Él apartó la mirada.

—Solo quiero ayudarte —dijo ella en voz baja—. Dime qué ocurrió. Y te lo juro por mi honor, no intentaré concertar tu matrimonio con nadie más.

El silencio se alargó entre ellos.

Por fin, habló.

Le contó del orfanato. Del niño que había sido. Del agua helada y del pánico que le había robado el aliento. De una niña con manos demasiado pequeñas para la tarea, que lo había sacado de la oscuridad sin vacilar. De caminos empapados por la lluvia y conversaciones susurradas junto a ventanillas de carruaje. De Lord Wycliffe. De saber cuándo soltar.

Arabella escuchó sin interrumpirlo.

Cuando terminó, extendió la mano sobre la mesita y apretó la suya.

—Pobre primo mío —murmuró—. Con razón has estado insoportable.

—Precisamente por eso —respondió él con sequedad— no quería contártelo.

Ella sonrió.

—Con más razón deberías ir esta noche.

—No veo cómo eso ayuda.

—Sé un caballero —dijo simplemente—. Preséntale tus felicitaciones. Nada más.

Él vaciló.

—Se lo merece —añadió Arabella—. Y quizá… tú también.

Contra su mejor juicio, aceptó.

No se sintió como una decisión, sino como una rendición que había aplazado demasiado tiempo.

* * *

El salón de baile resplandecía a la luz de las velas.

La música se deslizaba por el espacio, elegante y medida, mientras las risas subían y bajaban con ritmos ensayados. Los nombres se intercambiaban. Los cumplidos se ofrecían. Las alianzas se evaluaban en silencio.

Aldrich ocupó su lugar junto a uno de los altos ventanales, tan lejos del centro como la cortesía permitía. Se dijo a sí mismo que había acudido por respeto a Lord Wycliffe. Nada más. Desde luego, no porque Flora estuviera allí.

Sus ojos la encontraron de todos modos.

Llevaba un vestido de seda verde pálido, del tono de las hojas nuevas tras la lluvia. La suavizaba en lugar de contenerla, se movía con ella como si comprendiera su reticencia a ser retenida con demasiada fuerza.

Su cabello rojo había sido arreglado con cuidado, recogido en orden, y aun así ninguna precisión lograba apagar su calidez. La luz de las velas se prendía en él como siempre, vivo e inconfundible.

Y cuando giró levemente la cabeza, la luz encontró sus ojos.

Verdes.

El mismo verde que una vez lo había buscado en un camino inundado. El mismo que había encontrado el suyo sin juicio, sin expectativa.

El aliento se le cortó, brusco e inoportuno, como si su cuerpo la hubiera reconocido antes de que su mente pudiera intervenir.

Ella estaba junto a Lord Wycliffe, los dedos aferrados con nerviosismo al abanico, la postura cuidada, la mirada brillante de asombro y temor. La seda la enmarcaba con belleza. Sus movimientos eran correctos. Pulidos.

Parecía una dama en todos los sentidos.

Y dolorosamente fuera de lugar.

Arabella apareció a su lado, seda y seguridad en igual medida.

—Pareces patético —murmuró.

Él no lo negó.

—No me acercaré —dijo en voz baja—. Está prometida a otro. Debería estar buscando esposa, no…

—Aldrich —lo interrumpió Arabella—, incluso un compromiso puede deshacerse. ¿Debo recordarte a la señorita Cordelia Ashbury?

Cerró los ojos un instante.

—Iba a casarse con el duque de Greystone.

—¿Y con quién se casó al final?

—Con Cecily —respondió Aldrich.

—Exacto —replicó Arabella—. El destino cambia. Y Flora Wycliffe aún no está casada.

Él se volvió.

—No la pondré en una situación difícil.

El tono de Arabella se suavizó.

—Entonces sé amable. Al menos esta noche.

Amable.

Con una respiración firme, Aldrich se apartó del ventanal.

El aire pareció adelgazarse a su paso.

La música, hacía un momento viva e insistente, se desdibujó en algo distante e impreciso, como si la propia sala retrocediera. El aliento se le acortó, no por miedo, sino por una claridad súbita e indeseada.

Se había dicho que no se acercaría.

Sus pies parecían no haber escuchado.

Hacia el centro del salón.

Hacia la única muchacha que alguna vez lo había visto con claridad.

Twenty Nine

El baile persistente



La música flotaba bajo los candelabros como oro hilado, llenando el salón de baile de una calidez casi irreal.

Flora estaba de pie junto a Lord Wycliffe, los dedos apretados en torno al abanico con más fuerza de la que advertía. La seda susurraba a su alrededor con cada movimiento. Las risas subían y descendían en oleadas ensayadas. Los rostros se volvían hacia ella con una curiosidad educada, algunos con interés abierto, otros con ese leve cálculo que apenas empezaba a reconocer.

Su respiración no lograba aquietarse.

Por más cuidado que ponía al inspirar, el pecho se le sentía demasiado tenso, como si algo aguardara allí, recogido y alerta, dispuesto a deshacer su compostura al menor desliz.

—Lo estás haciendo de maravilla —murmuró Lord Wycliffe a su lado—. Nadie diría que es tu primer baile público.

Su sonrisa tembló, delicada y precisa.

—Espero que no lo adivinen —respondió en voz baja.

Antes de que pudiera replegarse aún más en sí misma, una voz conocida y medida se unió a ellos.

—Wycliffe. Ha pasado una eternidad.

Lord Wycliffe se volvió, la sorpresa cediendo a una calidez inconfundible.

—Lady Flint —dijo—. En efecto, demasiado tiempo.

Lady Honoria Flint estaba ante ellos, el cabello plateado recogido con elegante sobriedad, los ojos agudos y sabios bajo las huellas de los años bien vividos. Observó a Lord Wycliffe con una leve sonrisa que hablaba de antiguas confidencias y rivalidades pasadas.

—Siempre eliges momentos dramáticos para reaparecer —comentó con sequedad—. Londres lleva semanas susurrando tu nombre.

—Y yo me he perdido cada palabra —replicó él—. Como siempre.

Entonces su mirada se deslizó hasta Flora, posándose en ella con una atención inmediata y reflexiva.

—Así que —dijo Lady Flint, con un tono ligero pero exacto—, esta debe de ser la joven que ha logrado agitar a media sociedad respetable sin haber puesto un solo pie en ella.

Flora se tensó antes de poder evitarlo.

Lord Wycliffe apoyó la mano con suavidad en su espalda.

—Lady Flint —dijo—, permítame presentarle a mi hija. La señorita Flora Wycliffe.

Hija.

La palabra la sostuvo.

Flora hizo una reverencia, cuidadosa pero grácil.

—Es un honor conocerla, mi lady.

Los ojos de Lady Flint se suavizaron de inmediato.

—Oh, querida mía —dijo con dulzura—, estás demasiado tensa para una sala llena de personas mucho más interesadas en ser vistas que en ver.

Flora dejó escapar un aliento que no sabía que estaba conteniendo.

Lady Flint se inclinó un poco más cerca, bajando la voz lo justo para volverla íntima.

—Un salón de baile no es un tribunal —dijo—. Es un teatro. Nadie espera de ti más que mantenerte en pie hasta que caiga el telón.

Una sonrisa leve escapó de Flora pese a sí misma.

Lady Flint se irguió y volvió la mirada hacia Lord Wycliffe.

—Me alegra el corazón verte de nuevo —dijo—. Tu esposa habría estado complacida.

Algo tierno y orgulloso cruzó la expresión de él.

—Habrían discutido esta noche —respondió con ligereza—. Sobre absolutamente todo.

Lady Flint rió.

—Naturalmente. Anna jamás cedía un punto sin luchar.

—¿De veras? —preguntó Flora, la curiosidad abriéndose paso entre sus nervios.

—Oh, sí —respondió Lady Flint—. Fuimos rivales en nuestra temporada de debut.

Lord Wycliffe resopló con suavidad.

—Quizá solo en tu imaginación.

Ella alzó una ceja.

—Me hieres.

Él sonrió, sin arrepentimiento.

—Pero para mí, Anna siempre fue la más hermosa.

Flora rió en voz baja, sorprendiendo a ambos.

—No lo dudo —dijo.

La mirada de Lady Flint se detuvo un instante más en Flora, pensativa y amable.

—Estarás bien, querida —dijo al fin—. Ya eres mucho más tú misma que la mayoría de las jóvenes en esta sala.

Con eso, inclinó la cabeza y se alejó, dejando tras de sí un leve rastro de lavanda y sosiego.

Flora exhaló.

Durante un latido, se sintió casi firme.

Y entonces lo vio.

Aldrich estaba junto a uno de los altos ventanales, su abrigo oscuro inconfundible contra el resplandor pálido de las velas. El mundo se estrechó al instante, el murmullo de las conversaciones desvaneciéndose en algo distante e irreal.

Aún no la había visto.

O quizá sí, y fingía lo contrario.

Fuera como fuese, el aliento se le cortó con tal brusquedad que la sobresaltó.

Él se volvió.

Sus miradas se encontraron.

Durante un latido, el salón de baile dejó de existir.

Lord Wycliffe siguió su mirada y asintió una sola vez, en silencio, aprobador, como si comprendiera más de lo que ella deseaba.

Aldrich cruzó la sala al fin, los pasos medidos, el gesto compuesto de esa manera familiar que ocultaba mucho más de lo que revelaba.

Primero se inclinó ante Lord Wycliffe.

—Mi lord —dijo—. Permítame ofrecerle mis felicitaciones. La señorita Wycliffe luce radiante esta noche.

—Así es, en efecto —respondió Lord Wycliffe—. Gracias, Lord Ainsworth.

Aldrich se volvió entonces hacia ella.

—Señorita Wycliffe —dijo en voz baja—. Deseaba felicitarla también. Por su adopción.

Las palabras eran correctas. Contenidas.

Y, sin embargo, algo en su voz hizo tropezar su pulso.

—Gracias —respondió Flora—. Es muy amable de su parte.

Por un momento, nada más se dijo. El espacio entre ambos vibraba, tenso con todo lo que no se reconocía.

Entonces Aldrich inclinó la cabeza una vez más.

—¿Puedo —preguntó con cautela— tener el honor de este baile?

El mundo se inclinó.

—Yo… nunca he bailado ante un público —admitió Flora, el pánico alzándose pese a sí misma—. Mis lecciones fueron solo… solo unas pocas veces.

Él comenzó a retirarse de inmediato.

—Entonces no me atrevería a—

Lord Wycliffe le tocó el codo con suavidad.

—Flora —dijo—, te he visto practicar. Bailas maravillosamente. Este es el momento de intentarlo.

Maravillosamente.

Nadie había usado nunca esa palabra para algo que ella hiciera.

La mano le tembló al alzarla.

Luego la colocó en la de Aldrich.

El salón se desdibujó.

Él la condujo a la pista con una delicadeza que la sorprendió, acomodando sus manos como si pertenecieran allí. Cuando su palma se posó en su espalda, el aliento se le entrecortó, un calor expandiéndose a través de la fina tela del vestido. La seda pálida que Lord Wycliffe había elegido susurraba en torno a sus tobillos, ligera como un suspiro, como si incluso su ropa perteneciera ahora a otra vida.

—Si tienes miedo —murmuró Aldrich—, sigue mis pasos. Te prometo que no dejaré que tropieces.

Ella soltó una risa pequeña y nerviosa.

—Creo que eso me asusta aún más.

Su sonrisa fue suave. Apenas triste. Inconfundiblemente afectuosa.

—Entonces —dijo—, tendremos miedo juntos.

Comenzó el vals.

Y, de pronto, ella se movía.

A la perfección.

Sus pies seguían los de él como si recordaran algo que su mente había olvidado. Los candelabros se convirtieron en estelas de luz. El murmullo de las conversaciones se disolvió en algo lejano e irreal.

Solo Aldrich permanecía nítido y firme ante ella, su rostro el único punto al que el mundo aún obedecía.

Flora se sintió ligera, libre y dolorosamente viva.

—Lo estás haciendo de maravilla —susurró Aldrich—. De verdad.

—Es… más fácil de lo que pensaba —admitió, sin aliento.

—Al menos —dijo él en voz baja—, esta vez no chocaré con nadie.

Ella se sobresaltó, luego rió.

—No se preocupe. He practicado. No volveré a bailar como una artista ebria.

Sus risas se encontraron, ligeras y privadas.

—Me dolieron los pies durante días después de aquella noche —confesó ella.

El ceño de él se frunció al instante.

—Temí que su tobillo volviera a molestarle.

—No lo hizo —respondió ella suavemente—. Porque usted cuidó de mí.

—Siempre cuido de usted.

Las palabras llegaron demasiado cerca.

Sus pasos vacilaron apenas un instante antes de que ella obligara a su mirada a apartarse.

Estaba prometida a William.

Le debía la vida.

Le debía lealtad.

Por un fugaz e indigno instante, comprendió que se sentía más viva allí que nunca junto a William.

El pensamiento la golpeó como una traición.

Lo tragó de inmediato, como si el deber mismo pudiera oírla y ofenderse.

—Me comprometeré —dijo Flora de pronto, rígida, como recitando algo aprendido de memoria.

—Lo sé —respondió Aldrich.

El silencio se tensó entre ellos.

—¿Vendrá? —preguntó ella.

—Si me invita.

—Si lo hago —susurró, con las lágrimas reuniéndose—, ¿vendrá?

—Si mi presencia le complaciera.

—Quizá.

—Entonces quizá —dijo él en voz baja— vendré.

La música terminó.

Flora dio un paso atrás de inmediato, la compostura encajando en su sitio.

—Gracias, Lord Ainsworth —dijo—. Si me disculpa.

Se volvió antes de que él pudiera responder.

En el borde del salón, se detuvo y miró atrás una sola vez.

Aldrich estaba exactamente donde lo había dejado, inmóvil, como si la noche pudiera cambiar a su alrededor, pero nunca a través de él.

Flora se volvió, el pecho dolorido.

Algunos bailes, comprendió demasiado tarde, nunca estaban destinados a terminar limpiamente.

Thirty

El precio de saber



Flora cerró la puerta tras de sí con un cuidado deliberado, como si cualquier sonido más alto que un aliento pudiera quebrar la poca compostura que aún conservaba.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por el resplandor ámbar de una lámpara junto a la cama. El aire conservaba un rastro tenue del salón de baile: flores magulladas por el calor, cera derretida, perfume que había permanecido demasiado tiempo en la seda. Desde algún lugar más allá de las paredes, la música ascendía apagada por la distancia, ya no triunfal, sino doliente, como si también ella hubiera extraviado su camino.

Se quedó donde estaba.

Durante un largo instante, no se movió en absoluto.

Luego, la fuerza la abandonó.

Las rodillas cedieron y se dejó caer en el borde de la cama, una mano apoyada en el cubrecama, la otra apretada contra la boca, como si pudiera contener lo que se soltaba dentro de ella. El pecho se le tensó. La seda del vestido se le pegaba al cuerpo como una

segunda piel, hermosa y asfixiante. Anheló arrancárselo, despojarse de la velada, del título, de la mujer cuidadosa que le habían enseñado a ser.

La respiración se quebró. Y antes de poder recomponerse, llegaron las lágrimas.

No en silencio.

No con orden.

Brotaron de sus ojos en ríos indefensos, arrancándole sollozos de un lugar mucho más hondo que la noche misma. Se plegó sobre sí, encogiéndose, los hombros sacudidos mientras sus manos amortiguaban el sonido que ya no podía contener.

Había bailado.

Había reído.

Se había sentido ligera. Viva. Entera.

Y eso fue lo que la deshizo.

Porque ahora lo sabía.

No quedaba formulación suave que la protegiera de ello. Ninguna obligación lo bastante grande para enterrarlo. Cuando Aldrich tomó su mano, cuando le sonrió con aquella gentileza callada y devastadora, algo dentro de ella le respondió sin permiso, sin freno.

Lo deseaba.

No como admiración.

No como gratitud.

No como consuelo.

Lo deseaba de la manera que más la aterraba. De la manera que aflojaba su guardia y le robaba el aliento. De la manera que la hacía reír sin medir el sonido, hablar sin ensayar las palabras. De la

manera que la hacía sentirse vista, no como huérfana, ni como futura esposa, ni como hija recién reclamada, sino simplemente como Flora.

Y estaba mal.

Inclinó la cabeza, presionando la frente contra las manos cuando otro sollozo se le escapó.

Estaba prometida a William.

William, que la había acogido cuando no tenía a dónde ir. William, que le había dado trabajo, refugio, dignidad. William, que le había pedido que fuera su esposa no con pasión, sino con certeza.

Había dicho que sí porque le había parecido correcto.

Porque le había parecido justo.

Porque le había parecido seguro.

Pero la seguridad nunca había hecho latir su corazón así.

Un golpe suave sonó en la puerta.

Flora se sobresaltó, secándose el rostro con pánico, alisándose el cabello a toda prisa, torpe y desesperada.

—¿Sí? —llamó, con la voz áspera, traicionándola.

La puerta se abrió despacio.

Lord Wycliffe apareció enmarcado por la luz de la lámpara del pasillo. Comprendió la escena al instante: el rostro surcado de lágrimas, las manos temblorosas, la pena que aún no había aprendido a ocultar.

—Flora —dijo con suavidad.

Se puso en pie de inmediato, la culpa inundándole el rostro.

—Lo siento mucho, Padre. No debería haber dejado el salón. No quise ser descortés. Temí avergonzarlo. Es su velada, y yo—

Se interrumpió cuando él cruzó la habitación y la estrechó entre sus brazos.

El gesto quebró lo poco que le quedaba de contención.

Se quedó rígida un latido y luego se desplomó contra él, los sollozos regresando con fuerza renovada. Se aferró a su abrigo, enterrando el rostro en su pecho como si hubiera permanecido erguida durante años y ya no pudiera sostenerse.

—Tranquila —murmuró Lord Wycliffe, la mano firme en su espalda—. No has hecho nada malo.

—Me fui —jadeó—. En mitad del baile. Todos debieron verlo. No quise avergonzarlo.

Él la sostuvo con más fuerza.

—Mi querida niña —dijo en voz baja—, nada de lo que hicieras esta noche podría avergonzarme jamás.

Cuando por fin su respiración se calmó, la condujo a sentarse a su lado en el borde de la cama.

—Dime —dijo suavemente—. ¿Es por Lord Ainsworth?

Flora se tensó al instante.

—No —respondió demasiado deprisa—. Él no hizo nada impropio. Por favor, no piense mal de él. Ha sido en todo momento un caballero.

Lord Wycliffe le apartó una lágrima de la mejilla con el pulgar.

—Lo sé —dijo—. Me sorprendería que fuera de otro modo.

Ella alzó la vista, sorprendida.

—La manera en que te mira —continuó Lord Wycliffe, pensativo — me recuerda a cómo miraba yo a Anna.

Se le cortó el aliento.

—¿De verdad? —susurró.

Él asintió.

—Mucho antes de atreverme siquiera a hablar de amor. Antes de comprenderlo yo mismo.

—Había algo en los ojos de Lord Ainsworth —añadió en voz baja —, una luz que una vez vi en mi propio reflejo cuando miraba a Anna.

Algo frágil y peligroso se movió dentro de ella.

—No sé qué me está pasando —dijo Flora, la voz quebrándose de nuevo—. Pero cuando estoy con él, me siento… sin defensas. Como si pudiera hablar sin pesar cada palabra. Como si no necesitara ocultar partes de mí.

Las manos se le retorcieron en el regazo.

—Es un lord —continuó—. Y cuando nos reencontramos, yo no era más que una huérfana trabajando en una floristería. Y aun así me trató con respeto. Con bondad. Me escuchó. De verdad.

Su voz se redujo a un susurro.

—No sé cuándo ocurrió. Solo sé que su presencia ha encontrado un lugar en mi corazón.

Lord Wycliffe la observó largo rato.

—Eso —dijo con ternura— es lo que se llama amor.

Los ojos de Flora se abrieron, alarmados.

—No —dijo enseguida—. No, Padre. Eso no puede ser. Voy a casarme con William. No puedo amar a otro hombre.

Su mirada se agudizó, aunque el tono permaneció sereno.

—¿Amas a William?

La pregunta la golpeó como un mazazo.

Inhaló con fuerza y guardó silencio. Al final, bajó los ojos.

—No lo sé —admitió—. Solo sé que me salvó. Cuando no tenía nada. Cuando estaba sola. Sin él, me habría perdido.

Tragó saliva.

—Me rescató.

—¿Y es por eso —preguntó Lord Wycliffe en voz baja— que aceptaste su propuesta?

—Sí —respondió al instante—. Claro. Le debo todo. Sería injusto rechazarlo.

—Flora —dijo con suavidad—, no se puede pagar una bondad con la propia vida.

Ella negó con la cabeza, las lágrimas brotando otra vez.

—No quiero herirlo. No soporto la idea de causarle dolor.

Y se preguntó, con un giro enfermizo de temor, si él la odiaría si alguna vez lo supiera.

—¿Y la tuya? —preguntó Lord Wycliffe.

Ella alzó la vista, sobresaltada.

—¿No importa si hiere tu propio corazón?

El aire le salió de golpe. Apartó la mirada, incapaz de responder.

—Oh, mi querida niña —dijo él, atrayéndola de nuevo a su abrazo—. Qué carga has llevado. Creer que tu felicidad siempre debía ir en segundo lugar.

Las lágrimas regresaron con más fuerza, desatándose mientras se aferraba a él.

—No sé si merezco ser feliz —susurró.

—Si él te ama —dijo Lord Wycliffe con firmeza—, deseará que seas feliz. Aunque le cueste.

Ella se apartó un poco, la angustia marcada en el rostro.

—No puedo decidir esta noche —dijo—. No soy lo bastante fuerte.

Él sonrió entonces, tierno y triste.

—No tienes que decidir ahora. Tómate tu tiempo. Yo estoy aquí.

Le alisó el cabello, bajando la voz.

—Perdí a Anna porque no escuché a mi corazón. Dejé que el deber me guiara. Volví a casarme y me he arrepentido cada día desde entonces.

Ella dejó escapar un suspiro, la mano volando al pecho.

—No desearía ese arrepentimiento para ti.

Se levantó despacio y besó su cabello.

—Descansa, Flora. Piensa en lo que te he dicho.

—Sí, Padre —susurró.

—Buenas noches, hija mía.

—Buenas noches.

La puerta se cerró con suavidad tras él.

Flora permaneció donde estaba, mirando el espacio vacío que había dejado. El silencio se abatió, espeso e inflexible.

Al fin, se acurrucó en la cama y dejó que las lágrimas regresaran.

Lloró por la niña que había sido.

Por la mujer en la que se estaba convirtiendo.

Por el hombre que no podía tener.

Y durante largo rato en la noche, su corazón se rompió en silencio, una y otra vez, aprendiendo el precio de saber qué era lo que sentía como más verdadero.

Thirty One

Marcharse con bondad



El carruaje avanzaba por Londres con una persistencia silenciosa, las ruedas golpeando los adoquines en un ritmo que Aldrich sentía en los huesos. Iba solo, las manos cruzadas sin rigidez frente a él, la mirada fija en la ventana oscurecida como si la ciudad al otro lado pudiera ofrecerle una respuesta que llevaba tiempo negándole.

El salón de baile seguía presente en sus sentidos.

La luz de las velas.

La música.

Y Flora.

No Miss Wycliffe entre seda y arañas de cristal.

Sino Flora, jadeante de risa, con los ojos encendidos por algo que ninguna lección podía enseñar.

Cerró los ojos.

Por un instante sin defensas, mientras la música los sostenía, se había permitido creer. No en un futuro. No era tan insensato. Sino en la certeza simple y peligrosa de que quizá no había estado solo en lo que sentía.

La vacilación de ella.

La forma en que su voz se tensó al hablar de su compromiso.

El temblor de sus dedos cuando retiró la mano.

Ella también lo había sentido.

Eso fue lo que lo desarmó.

Aldrich tomó aire despacio cuando el carruaje giró, obligándose a serenarse. Había sobrevivido a tormentas más feroces que esta. Consejos llenos de conflicto. Pérdidas depositadas en sus manos antes de tener edad para rechazarlas. Responsabilidades que no preguntaban si uno estaba preparado.

Había aprendido pronto a resistir.

Pero esto era distinto.

Porque este dolor no le exigía nada salvo honestidad.

Pese a su contención, los pensamientos se le desviaron hacia el camino de Wycliffe. Hacia el barro y la lluvia y las posadas donde la risa surgía sin esfuerzo. Recordó a Flora agachada junto a las flores silvestres, pronunciando sus nombres como si fueran viejas amigas. Recordó cómo mordía una manzana roja sin ceremonia y luego se quedaba inmóvil, avergonzada al darse cuenta de que se había olvidado de sí misma.

Entonces había sonreído.

De verdad.

Porque ella era libre.

No cuidadosa.

No medida.

No intentando ser digna.

Solo Flora.

Y eso, comprendía ahora, era precisamente lo que hacía tan frágil su felicidad.

Si él se quedaba, si permitía que siquiera una fracción de lo que se agitaba dentro de él saliera a la superficie, ella se desgarraría en dos intentando conciliarlo con la vida que creía deberle a otro hombre.

William Sennington la había salvado. Le había dado refugio. Trabajo. Seguridad.

Aldrich respetaba eso.

Lo que no respetaba era la crueldad silenciosa de un mundo que enseñaba a una mujer que su gratitud debía costarle el corazón.

El carruaje redujo la marcha al girar hacia la casa de Whitcombe. Aldrich no levantó la vista. No lo necesitaba. Londres se le antojaba de pronto demasiado estrecha, demasiado llena de voces y expectativas que lo presionaban por todos lados.

Llegué tarde, pensó.

La constatación llegó sin amargura. Solo con una lucidez cansada.

Había prometido una vez. A una niña delgada, de ojos afilados, que lo había sacado del agua helada con manos demasiado pequeñas para la tarea.

—Volveré por ti —había dicho.

Y no lo había hecho.

La vida se había interpuesto. El deber. El duelo. Un título al que no le importaban las promesas de la infancia. Cuando regresó, Flora ya había aprendido a sobrevivir sin él.

El carruaje se detuvo.

Aldrich descendió, asintió brevemente al lacayo y subió las escaleras sin esperar a ser anunciado. La casa de Whitcombe estaba silenciosa a esa hora. Lo agradeció.

En su habitación, encendió una sola lámpara y se sentó ante el escritorio. El papel frente a él permanecía limpio e intacto, paciente de un modo que resultaba casi reprochante.

Tomó la pluma.

Miss Wycliffe, escribió.

No.

Demasiado distante.

Lo tachó.

Flora—

Se detuvo otra vez, apretando la pluma.

Eso era demasiado íntimo.

Exhaló despacio e intentó de nuevo.

Mi querida Miss Wycliffe—

Las palabras se desdibujaron. Las cruzó con una fuerza innecesaria.

Los recuerdos se agolparon.

Flora al borde del huerto, la luz atrapada en su cabello.

Flora ofreciendo consuelo sin saber que lo hacía.

Flora diciendo, con una sencillez dolorosa: quiero ser libre.

Al final, escribió.

Miss Wycliffe:

Espero que me perdone por escribir tan pronto después de nuestra despedida. Hay palabras que se confían mejor al

papel, donde pueden colocarse con cuidado en lugar de pronunciarse demasiado tarde.

Cuando esta carta llegue a sus manos, ya habré partido de Londres. Regreso a Ainsworth, a deberes largamente postergados y a responsabilidades que requieren toda mi atención. Me habría parecido impropio marcharme sin ofrecerle una despedida adecuada.

Deseo felicitarla, con toda sinceridad, por su adopción y por la vida que ahora se abre ante usted. Ha recibido aquello que buscaba y, más aún, aquello que siempre mereció. Espero que le traiga paz.

Debo ofrecerle también mis disculpas.

Por las promesas que hice y no cumplí.

Por el día en que no acudí cuando dije que lo haría.

Por los años que pasaron antes de mi regreso, cuando usted ya había aprendido a resistir sin mí.

Lamento sobre todo la primera promesa de todas, aquella de que la llevaría lejos. Comprendo ahora que no necesitaba que nadie la llevara a ninguna parte. Encontró su propio camino, con un valor que admiro más de lo que puedo expresar debidamente.

Usted misma me dijo que se comprometería. Recuerdo el temblor de su voz al decirlo y la pregunta que me formuló después. Le respondí con incertidumbre cuando debería haberlo hecho con verdad.

Siento no asistir a su compromiso. No es por indiferencia, sino por contención. Hay presencias que, creo, solo complican

aquello que debería permanecer claro.

Guardaré el recuerdo de nuestro viaje como debe guardarse: en silencio, con gratitud y sin arrepentimiento.

Deseo que sea feliz, Miss Flora Bloom Wycliffe. No solo conforme, ni simplemente a salvo, sino verdaderamente feliz. Que la risa le llegue con facilidad y que el mundo sea con usted más amable de lo que ha sido.

Con mis mejores deseos,

A. Ainsworth

Leyó la carta una vez.

Luego otra.

No decía nada del anhelo. Nada de lo que le oprimía el pecho al pensar en ella. Y precisamente por eso sería enviada.

Aldrich dobló la carta con cuidado, la selló y la dejó a un lado. Mientras la cera se enfriaba, algo dentro de él también se asentó. No sanó. Nunca eso.

Pero se estabilizó.

Se acercó a la ventana y contempló Londres, vasta e indiferente. En algún lugar de ella, Flora Wycliffe aprendía a pertenecer a un mundo que una vez la había rechazado. En algún lugar, se preparaba para un futuro que no lo incluía.

Se dijo que no intervendría.

Regresaría a Ainsworth. Cuidaría de sus tierras. Cumpliría con sus obligaciones. Permitiría que el tiempo hiciera lo que siempre hacía.

Enseñar a uno a vivir con las elecciones que había tomado.

Esta sería la última carta que se permitiría escribir.

La última gentileza.

Porque el amor, había aprendido, no siempre se demuestra quedándose.

A veces, se demuestra sabiendo cuándo irse.

Aldrich apagó la lámpara y permaneció en la oscuridad, escuchando el silencio. El pecho le dolía con una pena que no permitió que llegara a su rostro.

No se arrepentía de su elección.

Solo deseaba, de forma necia e impotente, que en algún lugar Flora estuviera durmiendo en paz.

Ignorante de lo cerca que él había estado de elegirla.

Ignorante de cuán ferozmente algunas verdades perduran, incluso cuando se dejan sin decir.

Thirty Two

La forma de decidir



El anillo era demasiado ligero.

Flora lo notó en el instante en que reposó sobre su dedo, atrapando la luz de la lámpara con un brillo correcto, discreto, que provocó murmullos aprobatorios entre los presentes. Oro. Sobrio. De buen gusto. Exactamente como debía ser. Exactamente como lo habían elegido para ella.

No había esperado aquella visita.

No ese día.

Aquella misma mañana le habían informado de que la señora Sennington y William habían llegado a la casa. Que habían venido con cierta prisa, disculpándose pero insistiendo en verlos, solicitando tan solo una breve audiencia antes de la reunión familiar prevista para el día siguiente. Flora apenas había tenido tiempo de recomponerse antes de ser conducida al salón.

—Espero que nos perdones por la improvisación —dijo ahora la señora Sennington, ajustándose el puño del guante con compostura

ensayada—. Vine en cuanto supe que el anillo estaba terminado. Me pareció mejor no esperar hasta mañana.

Su sonrisa era cálida. Atenta. Casi maternal.

—Te queda perfecto —continuó, lanzando una mirada satisfecha a la mano de Flora—. No es demasiado ornamentado. Muy apropiado.

Flora devolvió la sonrisa por reflejo. Había aprendido a hacerlo bien.

—Sí —dijo en voz baja—. Es hermoso.

William estaba a su lado, con una expresión sincera, casi aliviada. La observaba como si aguardara una confirmación, una prueba de que aquel momento era tan correcto para ella como lo era para él. Cuando sus miradas se cruzaron, él sonrió de inmediato.

—¿Te resulta cómodo? —preguntó—. Si hay que ajustarlo, aún podemos…

—Está bien —respondió Flora con rapidez—. De verdad.

Su voz no vaciló. Sus manos no temblaron. Nadie habría adivinado que algo dentro de su pecho se sentía demasiado ceñido, como si la hubieran ajustado a su sitio sin haberle pedido permiso.

La señora Sennington asintió, satisfecha.

—Bien. Si deseas cambiar algo, todavía estamos a tiempo. Quería asegurarme antes de que las cosas avancen más.

Las cosas.

Se habló con cautela, de manera preliminar, de lo que vendría después.

Nada quedó fijado. Nada se decidió en voz alta.

Solo se repitieron las seguridades de que habría tiempo, de que todo se haría como correspondía, de que el día siguiente traería las conversaciones necesarias.

Flora escuchó. Asintió cuando fue preciso. Expresó acuerdo en los momentos adecuados.

Su nombre se pronunció muchas veces.

Miss Wycliffe.

El sonido quedó suspendido en el aire, cargado ya de expectativas que aún no se atrevía a nombrar. El título se posaba sobre ella como una prenda prestada.

Bien ajustada.

Pesada.

Cuando por fin la conversación llegó a su fin, William la acompañó hasta la puerta del salón.

—Lo has hecho muy bien —dijo en voz baja—. Sé que todo esto debe de ser mucho para asimilar.

Ella volvió a sonreír. Aquella sonrisa cuidadosa.

—Lo es.

Él dudó un instante, luego añadió:

—Mañana será más fácil. Cuando estemos todos. Podremos hablar con calma. De las invitaciones. Y quizá de las flores.

Flores.

—Sí —dijo Flora—. Claro.

Cuando por fin se quedó sola, el silencio cayó a su alrededor con un peso desconocido.

Su habitación en Wycliffe House era ordenada, impecable, todo dispuesto con intención. Se quitó el anillo y lo colocó con cuidado

sobre el tocador, alineándolo junto al cepillo, como si la precisión pudiera ofrecerle claridad.

Se sentó en el borde de la cama y esperó a que la sensación pasara.

No pasó.

En su lugar, sus pensamientos derivaron, sin invitación, hacia cosas que nada tenían que ver con anillos, fechas ni aprobaciones.

Una manzana roja, limpiada distraídamente contra una manga antes de ser mordida sin ceremonia.

La risa en una posada empapada por la lluvia, sorprendida y libre, como si la hubiera tomado incluso a ella desprevenida.

La facilidad que había sentido cuando no intentaba ser nada en absoluto.

La garganta se le cerró.

Basta, se dijo.

Esto es mejor. Esto es seguro.

Ella había deseado esto, ¿no era así?

Un lugar. Un nombre. Seguridad.

Se recostó sobre las almohadas, mirando al techo que aún no había aprendido a sentir como suyo. El sueño no acudió. Cada vez que cerraba los ojos, su cuerpo reaccionaba como si algo esencial hubiera quedado inconcluso.

Cerca de la medianoche, llamaron suavemente a la puerta.

Entró un lacayo, portando un único sobre sobre una bandeja de plata.

—Una carta para usted, Miss Wycliffe.

El aliento se le cortó antes de poder evitarlo.

—Gracias —dijo, con una voz más baja de lo que pretendía.

Esperó a quedarse sola antes de romper el sello.

La letra era inconfundible.

Medida. Contenida.

Como si cada palabra hubiera sido sopesada antes de permitírsele existir.

Leyó la carta una vez.

Luego otra.

No era larga.

No había preguntas.

No había esperanzas expresadas.

No había una calidez que se extendiera más allá de lo que la cortesía permitía.

Él escribía que pronto regresaría a Ainsworth. Que le deseaba toda la felicidad en su próximo compromiso. Que lamentaba las promesas que no había cumplido y esperaba que ella pudiera perdonarlo por ello. Que no interferiría en la vida que ahora se abría ante ella.

Le deseaba paz.

Le deseaba dicha.

Y le pedía, con delicadeza, que lo compartido quedara en reposo, como simple recuerdo.

La vista se le nubló.

Flora dobló la carta despacio, con cuidado, como si la prisa pudiera desgarrarla, y la apretó contra su pecho.

Esto, comprendió, era lo que se sentía cuando algo terminaba.

No una puerta cerrada de golpe.

No una discusión.

Sino un paso atrás, deliberado.

La respiración se le volvió superficial. Se levantó, recorrió la habitación una vez, luego otra, como si el movimiento pudiera contener la tormenta que se formaba bajo sus costillas.

Esto es lo correcto, se dijo.

Esto es lo que debe ocurrir.

Y sin embargo, su cuerpo se negaba a obedecer.

Las manos le temblaban. El sueño seguía distante. Cada rincón silencioso de la habitación parecía resonar con ausencia.

Si él se marchaba de Londres, si se iba de verdad…

La idea se le clavó en el pecho.

Se detuvo.

Con una claridad que la sobresaltó, la verdad emergió, absoluta e indiscutible.

Si se iba ahora,

si ella permitía que todo terminara sin una palabra,

nunca se lo perdonaría.

No porque lo perdiera a él.

Sino porque perdería la oportunidad de ser honesta.

Flora se dejó caer sobre la cama, la carta aún aferrada entre los dedos.

No gritó.

No sollozó.

Las lágrimas descendieron en silencio por sus mejillas, una tras otra, empapando la ropa de cama mientras la noche se alargaba.

Estaba comprometida.

Estaba a salvo.

Se estaba convirtiendo en todo aquello que alguna vez creyó necesitar.

Y aun así, en algún punto entre la memoria y el arrepentimiento, su corazón ya había elegido otra cosa.

Para la mañana, nada habría cambiado.

Pero ahora sabía que algo dentro de ella se había abierto, sin posibilidad de cerrarse de nuevo.

Y ningún arreglo, por sensato que fuera, podía borrar esa verdad.

Thirty Three

La jaula elegante



El salón de Wycliffe House había sido dispuesto con una contención deliberada.

Las sillas estaban colocadas a una distancia medida, lo bastante cercana para sugerir intimidad, lo bastante lejana para preservar la corrección. El té había sido preparado exactamente como lo prefería Lord Wycliffe, ni demasiado fuerte ni excesivamente aromático. Un arreglo de flores frescas descansaba sobre la mesa auxiliar, discreto en tamaño, elegido por refinamiento y no por ostentación. Todo hablaba de cortesía. De orden. De decisiones ya medio tomadas.

Flora permanecía sentada con las manos entrelazadas en el regazo, la postura impecable.

Nadie habría adivinado el esfuerzo que le costaba simplemente mantenerse inmóvil.

Frente a ella, el señor y la señora Sennington ocupaban sus asientos con serena seguridad. William se sentaba a su lado, la espalda recta, atento, con esa presencia firme y familiar que siempre había ofrecido estabilidad. Cada vez que la mirada de Flora se alzaba

y se cruzaba con la suya, él le regalaba una pequeña sonrisa alentadora, como si quisiera asegurarle que todo avanzaba exactamente como debía.

Ella se la devolvía.

Por puro reflejo.

La conversación comenzó donde siempre comenzaban ese tipo de conversaciones.

En lo práctico.

La señora Sennington habló con ligereza de estaciones y calendarios, de cómo el inicio del verano solía considerarse favorable, ni apresurado ni tardío. El señor Sennington asintió, señalando que permitiría tiempo suficiente para los preparativos sin suscitar especulaciones innecesarias. Sus voces eran calmadas, razonables, casi amables.

Flora escuchaba como si estuvieran hablando del futuro de otra mujer por completo.

—Y por supuesto —continuó la señora Sennington, alzando la taza con precisión delicada—, no vemos motivo alguno para retrasar las cosas más de lo debido. Un compromiso discreto, quizá. Nada elaborado. Solo familia.

Familia.

La palabra se asentó en el pecho de Flora no como consuelo, sino como expectativa.

William se inclinó ligeramente hacia ella.

—¿Te agrada el té? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondió Flora—. Gracias.

La pregunta no tenía nada que ver con el té.

Era un ancla pequeña y frágil, ofrecida en medio de una conversación que ya empezaba a alejarse de ella.

Su voz no tembló. De eso, al menos, estaba agradecida.

Durante todo el encuentro, Lord Wycliffe permaneció en su mayoría en silencio. Escuchaba más de lo que hablaba, asentía cuando correspondía, formulaba preguntas medidas sobre tiempos y decoro. Pero su mirada volvía a Flora una y otra vez, sin exigir, sin intervenir.

Solo observando.

Él percibía lo que los demás no.

La palidez de sus dedos al presionarse entre sí. La sonrisa que llegaba un instante demasiado tarde. La quietud que no era serenidad, sino contención.

—¿Y usted, Miss Wycliffe? —preguntó por fin el señor Sennington, con un tono cortés, casi afable—. ¿Este arreglo cuenta con su aprobación?

La estancia no cambió.

Y aun así, algo se tensó.

Flora alzó la mirada.

Durante un momento, no acudieron las palabras.

Vio la expresión abierta y esperanzada de William. Vio la satisfacción contenida bajo la cortesía de sus padres. Vio a Lord Wycliffe, que la observaba no como tutor ni como salvador, sino como un hombre dispuesto a aceptar su respuesta fuera cual fuera.

En su mirada solo había paciencia.

—Sí —dijo al fin.

La palabra cayó suave.

Demasiado suave.

—Sí —repitió, porque el silencio habría sido más cruel.

La tensión se disipó de inmediato y la habitación recuperó su ritmo medido. Las fechas comenzaron a tratarse con mayor certeza. Primero una reunión pequeña. Luego los anuncios. Nada ostentoso. Nada impropio.

William llevó la mano a su taza, luego dudó y la miró.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Pareces cansada.

—Ha sido una semana larga —respondió Flora.

La preocupación suavizó su expresión.

—Desde luego. Ha habido muchos cambios.

Cambios.

Era una manera de decirlo.

Cuando la reunión llegó finalmente a su fin, las despedidas se intercambiaron con una cordialidad pulida. La señora Sennington habló de futuras visitas. El señor Sennington agradeció a Lord Wycliffe su generosidad y orientación.

William le ofreció el brazo a Flora cuando se levantaron.

Ella lo tomó.

Sus dedos descansaron con ligereza sobre la manga de él, como lo habían hecho tantas veces antes. Esa familiaridad debería haberla tranquilizado.

En lugar de ello, la dejó vacía.

Ya en el umbral, William se detuvo.

—¿Puedo hablar contigo más tarde? —preguntó en voz baja—. Solo un momento.

El aliento se le cortó.

—Sí —dijo—. Claro.

Cuando se marcharon, la casa quedó sumida en un silencio contenido.

Flora permaneció donde estaba, sin saber si tenía fuerzas para moverse. Las sillas seguían exactamente en su sitio. El té había reposado lo suficiente como para enfriarse.

Nada había cambiado.

Y sin embargo, todo lo había hecho.

Lord Wycliffe se acercó despacio.

—Lo hiciste bien —dijo.

Ella cerró los ojos.

—No me siento bien.

—Lo sé.

Se volvió hacia él, y la compostura empezó a resquebrajarse.

—Son buenas personas —dijo con rapidez, como si defendiera una elección que aún no había hecho—. William es amable. Nunca me ha tratado sino con respeto.

—Lo sé —repitió.

La voz le tembló.

—Si sigo adelante, no será porque me hayan obligado.

—¿Y si no lo haces? —preguntó él con suavidad.

Los labios de Flora se entreabrieron. No salió sonido alguno.

Lord Wycliffe cubrió su mano con la suya, firme y cálida.

—Flora, elijas lo que elijas, hazlo con honestidad. No por gratitud. No por miedo. No para preservar la paz a costa de ti misma.

Las lágrimas le ardían detrás de los ojos, pero no permitió que cayeran.

—Tengo miedo —susurró—. Si hablo ahora, romperé algo que no podrá repararse.

—Y si guardas silencio —respondió él en voz baja—, puede que te rompas tú.

La verdad de aquellas palabras se asentó con peso entre ambos.

Ella apartó la mirada.

Sin haberlo pedido, su mente le ofreció imágenes. Un camino oscuro por la lluvia. Una sonrisa tranquila. Una mano firme en su espalda mientras aprendía a bailar.

No había querido comparar.

Su corazón lo había hecho por ella.

—William me ha pedido hablar conmigo más tarde —dijo—. Le debo honestidad.

Lord Wycliffe asintió, y un destello de orgullo cruzó brevemente su expresión.

—Sí. Se la debes.

Mientras salía de la estancia, con pasos lentos y deliberados, Flora comprendió algo con dolorosa claridad.

Esto ya no se trataba de elegir entre dos hombres.

Se trataba de elegir si seguiría viviendo dentro de la forma educada de la obligación, o si por fin reclamaría el coraje peligroso y necesario de la verdad.

Y eligiera lo que eligiera a continuación, no sería silencioso.

Cambiaría todo.

Thirty Four

Decir la verdad



La campanilla sobre la puerta de Sennington & Co. Flowers tintineó suavemente cuando Flora entró.

Durante un instante, no se movió.

La tienda le resultaba familiar y, sin embargo, sutilmente distinta. Los estantes estaban más llenos que antes. El mostrador brillaba con un pulido que hablaba de cuidado, no de vanidad. Cubos de flores frescas bordeaban los ventanales en hileras ordenadas, sus colores vivos contra la luz de la tarde avanzada. Había ahora un ritmo en el espacio, una eficiencia silenciosa nacida de la costumbre y la paciencia.

Era el trabajo de William, hecho visible.

Y, de algún modo, eso le dificultó respirar.

—Señorita… —empezó una joven, pero se interrumpió al reconocerla. Sus ojos se abrieron, inseguros—. Oh. Lo siento. No me había dado cuenta…

—No pasa nada —respondió Flora con rapidez, ofreciéndole una sonrisa pequeña y ensayada—. Solo he pasado un momento.

La tienda estaba concurrida. Las voces se superponían suavemente mientras los clientes hablaban de arreglos y fechas, de alegría y de duelo compartiendo el mismo espacio estrecho. William estaba detrás del mostrador, las mangas remangadas hasta los antebrazos, conversando con una pareja sobre una corona funeraria. Su tono era amable, firme. Familiar.

Parecía mayor de algún modo. Más asentado. O quizá simplemente más cansado.

Flora se quedó al fondo, cuidando de no estorbar.

La joven se movía con rapidez entre tareas, competente y educada. Tenía más o menos la edad de Flora, quizá un año menos, con dedos ágiles y una expresión sincera. Al pasar junto a ella con un manojo de tallos, dudó.

—¿Quiere ayudar? —preguntó con timidez—. Si le apetece.

Flora asintió antes de poder arrepentirse.

—Sí —dijo—. Me gustaría.

Sus manos recordaron el trabajo al instante.

Cortó tallos, ordenó flores, anudó cintas con la soltura de un hábito antiguo. Los movimientos eran sencillos, enraizantes. Durante un rato, el peso que oprimía su pecho aflojó. Durante un rato, no fue Miss Wycliffe, ni una futura esposa, ni una hija recién reclamada.

Fue simplemente Flora.

William no la advirtió hasta que la tienda empezó a vaciarse.

—Flora —dijo, con un destello de sorpresa—. Estás aquí.

Ella alzó la vista.

—Espero que no te moleste. Pensé que podía ayudar.

Él miró alrededor, observando los arreglos terminados, el mostrador despejado.

—No hacía falta.

—Lo sé —respondió ella en voz baja—. Pero quería hacerlo.

Algo en su tono lo hizo detenerse.

Cuando el último cliente se marchó y la puerta quedó cerrada, la luz exterior había empezado a apagarse. La joven recogió sus cosas y volvió a dudar antes de irse.

—Hasta mañana, señor Sennington.

—Sí. Gracias —respondió William.

Cuando quedaron solos, la tienda se sumió en el silencio.

William exhaló despacio y se apoyó en el mostrador.

—Ha sido un día largo —dijo—. Gracias por ayudarme.

Flora dejó las flores que tenía en las manos.

—No ha sido nada. —Luego, más bajo—. Comparado con todo lo que tú has hecho por mí.

Él se irguió de inmediato.

—Flora —dijo con suavidad—, no necesitas medir las cosas de ese modo.

Ella tragó saliva.

—Sí necesito —respondió—. Porque si no lo hago, no seré lo bastante valiente para decir lo que debo decir.

El aire cambió.

William no la interrumpió. No dio un paso hacia ella. Solo la observó, la mirada firme, como si se preparara para una verdad que ya sospechaba.

Flora entrelazó las manos.

—Estoy agradecida —dijo—. Por el hogar que me diste. Por el trabajo. Por protegerme cuando no tenía nada. Nunca lo olvidaré.

La mandíbula de él se tensó, casi imperceptiblemente.

—Pero —continuó ella, la voz temblándole a pesar de su esfuerzo —, no puedo casarme contigo.

Las palabras cayeron suaves.

Y aun así, se rompieron.

William cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, su mirada se había vuelto distante, como si mirara mucho más allá de las paredes de la tienda.

—Así que —dijo al fin, con cuidado—, ¿esto es porque no soy un noble como tú ahora?

El aliento se le cortó.

—No —respondió Flora al instante—. William, por favor… no. Esto no tiene nada que ver con títulos. No has hecho nada mal.

El silencio se cerró en torno a ellos.

—¿Hay alguien más? —preguntó él.

Ella no apartó la mirada.

—Mentiría si dijera que no hubo alguien que me cambió —dijo con cautela—.

Pero esto no va de elegir a otro hombre.

La mandíbula de William se tensó.

—Entonces, ¿de qué va?

—De la verdad —respondió ella en voz baja—. De no seguir mintiéndome a mí misma.

Él la estudió, y luego preguntó, casi en un susurro:

—Entonces… ¿no me amas como yo te amo?

La pregunta cayó con una simplicidad devastadora.

Flora inspiró hondo. Este era el momento que no podía suavizar. No sin mentir.

—No del modo en que una esposa debe amar a su marido.

Las palabras le costaron todo.

—Te quiero —continuó, obligándose a no apartar la mirada—. Te respeto. Y te estoy agradecida más allá de lo que puedo decir. Me salvaste cuando no tenía adónde ir. Me diste seguridad. Trabajo. Dignidad.

La voz le flaqueó, pero no se detuvo.

—Durante mucho tiempo creí que eso era amor. O que lo sería, si me esforzaba lo suficiente. Me dije que la devoción podía aprenderse. Que la bondad, devuelta con fidelidad, se transformaría en algo más.

Negó lentamente con la cabeza.

—No ocurrió.

William dejó escapar un aliento que tembló pese a su intento de controlarlo.

—Así que todo este tiempo —dijo, con la voz baja, despojada de ilusiones—, me dabas todo excepto lo único que necesitaba.

Flora asintió.

—Sí.

La palabra quedó entre ellos como una herida por fin nombrada.

—Te habría dado todo lo que tengo —dijo William, la voz quebrándose—. Un hogar. Un nombre. Un futuro. Habría estado a tu lado el resto de mi vida.

—Lo sé —susurró ella—. Por eso duele tanto.

Él la miró entonces. De verdad la miró. Como grabando su rostro en la memoria, no con ira, sino con pena.

—Aún podríamos casarnos —dijo despacio—. Y podrías llegar a amarme con el tiempo.

Flora tragó saliva.

—No puedo —dijo—. No quiero estar a tu lado, llevar tu nombre, cumplir cada deber que se espera de mí…

La voz se le quebró.

—…pero no hacerlo con todo mi corazón.

Las rodillas casi le fallaron cuando la verdad salió al fin.

—No puedo convertirme en una versión vacía de mí misma por ti —dijo—. Y no puedo permitir que construyas una vida alrededor de alguien que se queda solo por obligación. Mereces ser elegido por completo.

William cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, el dolor ya no estaba oculto.

—No eres cruel —dijo en voz baja.

Una pausa.

—Pero esto —añadió, con una firmeza que no lograba ocultar la devastación— me rompe igual.

Las lágrimas nublaron la vista de Flora.

—Lo siento mucho, William —susurró—. A mí también me rompe. Pero decirte la verdad es el único camino honesto.

—Lo sé —respondió él.

Se volvió y caminó hacia la parte trasera de la tienda. Se detuvo una vez, con la mano apoyada en el marco de la puerta, los

hombros tensos, como si mantenerse erguido requiriera un esfuerzo consciente.

—Te amé —dijo. Sin reproche. Solo la verdad—. Creí que estábamos construyendo una vida. Tranquila. Pero real.

Flora no pudo hablar.

—No quiero ser la prisión de tu felicidad —continuó, aún de espaldas—. Si te quedaras por deber, lo sabría. Y me odiaría por retenerte así.

La puerta se cerró suavemente tras él.

Las piernas de Flora cedieron.

Cayó de rodillas, la tienda desdibujándose a su alrededor, las flores disolviéndose en color y luz. Apoyó las manos en el suelo mientras los sollozos brotaban, crudos, sin contención, sacudiéndola hasta los huesos.

Aquello no era alivio.

Era duelo.

Por una vida que nunca existiría.

Por una bondad que jamás podría devolver del modo en que una vez creyó que debía.

Por un hombre que la había amado con honestidad y la había dejado ir con dignidad.

Afuera, la calle seguía como siempre.

Dentro, Flora lloró como si el mundo hubiera metido la mano en su pecho y le hubiera retorcido el corazón hasta dejarlo al descubierto.

Y por primera vez, no intentó detenerse.

Thirty Five

Decirse la verdad



Flora no reparó en Arabella al principio.

La vista se le nublaba, la mirada fija con terquedad en el empedrado mientras caminaba, una mano enguantada apretada contra la boca en un intento inútil de contener aquello que se negaba a permanecer contenido. Apenas había salido de la floristería cuando su compostura se deshizo por completo, dejándola suspendida entre respiraciones que no lograban aquietarse.

—¿Miss Wycliffe?

La voz atravesó la bruma.

Flora se detuvo en seco.

Arabella Whitcombe estaba a unos pasos de distancia, tan elegante como siempre, acompañada por otra joven cuya mirada curiosa se desvió de inmediato hacia los ojos enrojecidos de Flora.

Arabella solo necesitó un instante.

—Marianne —dijo con calma, girándose ya—, creo que debo hablar con Miss Wycliffe en privado.

Marianne dudó, luego inclinó la cabeza.

—Por supuesto.

Cuando quedaron solas, Arabella observó a Flora sin incomodidad y sin lástima. Su mirada era directa, evaluadora, sin concesiones.

—Pareces —dijo con suavidad— como si Londres no hubiera sido amable contigo hoy.

Flora se irguió al instante.

—Estoy perfectamente bien.

Arabella alzó una ceja.

—No —replicó—. No lo estás. Y fingir lo contrario solo hará que esta conversación se alargue.

Señaló un salón para damas cercano, cuyas ventanas brillaban con una luz cálida contra el frío de la tarde.

—Ven. Ya has llorado bastante en la calle.

Flora inspiró superficialmente.

—No me siento bien —dijo en voz baja—. Debería volver a casa.

La expresión de Arabella se suavizó, pero no se apartó.

—Solo un momento —dijo con gentileza—. No querrás que tu padre te vea con los ojos tan hinchados, ¿verdad?

Flora sostuvo su mirada.

—Mi padre ya me ha visto llorar antes.

Arabella vaciló, luego bajó la voz.

—Entonces, al menos, ahorrémosle el espectáculo a los demás. Quédate hasta sentirte más tranquila. Luego puedes marcharte.

Flora cerró los ojos un instante. El peso del día le oprimía las costillas.

Al fin, asintió.

—De acuerdo —dijo—. Pero solo un poco.

Dentro, el aire era cálido, tenuemente perfumado de agua de rosas y lavanda. El silencio del lugar parecía deliberado, protector. Flora se sentó en el borde de una silla acolchada, las manos apretadas en el regazo, como si se sostuviera unida solo por fuerza de voluntad.

Arabella se quitó los guantes con una gracia pausada.

—Debería presentarme como es debido —dijo—. Arabella Whitcombe.

Flora logró una sonrisa pequeña, tensa.

—Por supuesto. Fue usted una de las debutantes más comentadas de la temporada pasada.

Arabella sonrió apenas.

—Y con razón. Pero esa no es la razón por la que deberías conocerme.

Inclinó la cabeza.

—Soy la prima del vizconde Aldrich Ainsworth.

El nombre golpeó como un pulso bajo la piel de Flora. Inspiró con cuidado, educando su expresión.

—Ya veo —dijo—. Pero no comprendo por qué menciona a Lord Ainsworth.

Arabella la estudió durante un largo momento.

—¿De verdad crees —preguntó con ligereza— que no advertí lo que pasó entre vosotros en Sennington & Co. Flowers?

Los dedos de Flora se tensaron.

—Ya os conocíais —continuó Arabella—. Y él te dio mi peine favorito.

El color acudió sin permiso a las mejillas de Flora.

—Bien —dijo con cautela—. ¿Qué es lo que desea decirme, Miss Whitcombe?

Arabella no respondió de inmediato.

En su lugar, dijo en voz baja:

—Ha regresado a Ainsworth.

Las palabras cayeron con una finalización sorda.

—Oh —respondió Flora tras un momento—. Ya veo. Pero ¿por qué decírmelo?

—Porque deberías saberlo —dijo Arabella con sencillez.

Se recostó un poco.

—Deberías saber lo extraordinario que es que un hombre que apenas tolera la sociedad asistiera a tu baile de presentación.

El aliento de Flora se entrecortó.

—Estoy agradecida —murmuró.

—Lo sé —respondió Arabella—. Por todo.

Flora alzó la vista bruscamente.

—Lo alterado que estaba tras volver de Wycliffe. Cómo se retiró aún más de lo habitual.

—No lo sabía —susurró Flora.

Arabella asintió.

—Rechaza presentaciones. Soporta las reprimendas de nuestra abuela sobre asegurar su título. No ha acudido a un baile por voluntad propia en años.

Se inclinó hacia delante, bajando la voz.

—Y aun así, vino por ti.

Algo dentro de Flora se resquebrajó.

Las lágrimas se deslizaron sin que pudiera detenerlas, silenciosas y sin contención.

La voz de Arabella se volvió más suave.

—Perdió a sus padres de repente. De la noche a la mañana se convirtió en vizconde, con un título que todos deseaban y un duelo que nadie le permitió conservar. Su tío estuvo a punto de arrebatarle la propiedad.

Las manos de Flora temblaban.

—Y tú —dijo Arabella con gentileza— fuiste lo primero que miró sin armadura.

El silencio se asentó entre ellas, profundo y sin prisa.

Luego Arabella habló de nuevo, muy despacio.

—¿Lo amas?

Flora negó con la cabeza al instante, el pánico cruzándole el rostro.

—Miss Whitcombe… por favor…

Arabella alzó una mano, no en orden, sino en contención.

—No —dijo con calma—. Escúchame.

Sostuvo la mirada de Flora.

—Si no lo amas, dilo. De verdad. Me aseguraré de que él lo entienda. No permitiré que sufra por una esperanza que no existe.

Hizo una pausa.

—Pero no pondré palabras en tu boca.

La sala pareció aquietarse.

La respiración de Flora se volvió irregular. Apretó las manos, los nudillos blanqueando. Durante un largo momento, no dijo nada.

Luego habló, muy bajo.

—Nunca he dicho esto en voz alta —susurró—. Ni siquiera para mí.

Arabella no se movió.

—Cuando estoy con él —continuó Flora, la voz temblorosa— olvido quién se supone que debo ser. Olvido lo que debo. Olvido lo cuidadosamente que debo estar de pie, hablar, medir cada aliento.

Las lágrimas rodaban ahora sin freno por sus mejillas.

—Con él, no se me pide pagar la bondad con obediencia.

Inspiró con sacudidas.

—No elegí esto —dijo—. No lo habría elegido. Pero está ahí. Ha estado ahí más tiempo del que quise admitir.

Alzó la mirada por fin.

—Sí —dijo Flora, la palabra suave pero inquebrantable—. Sí, lo amo.

La confesión no sonó a alivio.

Sonó a verdad.

Inspiró de nuevo, temblorosa.

—He roto mi compromiso —dijo en voz baja—. No pude casarme con William.

La voz le flaqueó apenas.

—No podía construir una vida solo a partir de la gratitud.

Arabella exhaló despacio y le tendió un pañuelo.

—Es suficiente —dijo con dulzura—. Has respondido.

Flora asintió, secándose las lágrimas.

—No pretendía presionarte —añadió Arabella—. Solo proteger a mi primo.

—Lo entiendo —dijo Flora.

La boca de Arabella se curvó en una sonrisa pequeña y sincera.

—Entonces quizá —dijo— podamos ser amigas. Y quién sabe… algún día, familia.

Una risa leve, sin aliento, escapó de Flora.

—Por ahora —dijo—, agradecería la amistad.

Arabella le apretó la mano.

—Eres más amable de lo que esperaba —murmuró Flora.

Se detuvo enseguida.

—Perdón. No quise decir…

Arabella rió, breve y sin reservas.

—Sé perfectamente lo que la gente piensa de mí —dijo con ligereza—. Por suerte, sigo siendo muy capaz de decepcionarlos.

Flora dejó escapar una risa pequeña, sorprendida por ella misma.

Cuando Arabella se levantó, se detuvo un instante.

—Eres muy querida —dijo—. No me extraña que Aldrich se haya enamorado de ti.

Las mejillas de Flora volvieron a calentarse.

—Gracias —murmuró.

Y por primera vez desde que salió de la floristería, su pecho sintió que podía llenarse de un aliento completo y firme de nuevo.

Thirty Six

El peso del rechazo



Casi habían pasado dos semanas desde que Aldrich regresó a Ainsworth.

Había trabajado como si la diligencia pudiera servirle de absolución.

Cada mañana comenzaba antes de que la casa despertara. Recorría a caballo los límites de la finca, revisaba cuentas largamente descuidadas, escuchaba las disputas de los arrendatarios con una paciencia que rozaba la severidad. Inspeccionaba los graneros, firmaba correspondencia, corregía libros de cuentas con una letra que no temblaba, incluso cuando sus pensamientos sí lo hacían. A la luz del día, era el vizconde en pleno. Responsable. Exigente. Inexpugnable.

Al caer la noche, era otra cosa por completo.

Aquella tarde regresó tarde de los campos orientales, su caballo cubierto de polvo, el cielo sobre la mansión desvaneciéndose en un gris cansado. Las verjas de hierro estaban abiertas, como siempre, y

la casa se alzaba ante él con su austeridad conocida, piedra sobre piedra, inflexible e inmutable.

Al desmontar, vio el carruaje.

Librea de Whitcombe.

La mandíbula se le tensó apenas.

Dentro, la casa no estaba en silencio.

Voces llegaban desde el comedor. Risas. El tintinear de los cubiertos. Una calidez que no había advertido que estaba evitando hasta ese momento. Un lacayo lo despojó del abrigo, otro de los guantes, y antes de que Aldrich pudiera retirarse escaleras arriba, la voz de su abuela resonó, aguda e inconfundible.

—Así que —dijo— has decidido honrarnos con tu presencia en la cena. Qué generoso por tu parte.

Aldrich apareció en el umbral.

Su abuela estaba sentada a la cabecera de la mesa, el cabello plateado recogido con una precisión implacable. Lady Whitcombe ocupaba un lado, serena y atenta, mientras Lord Whitcombe se sentaba frente a ella, ya inmerso en la conversación. Arabella, inconfundiblemente ella misma, ocupaba el asiento junto al lugar habitual de Aldrich, con una expresión brillante, apenas conteniendo su travesura.

—Vuelves a la hora de la cena otra vez —continuó su abuela—. De no ser por la visita de Charlotte, habría cenado sola. Otra vez.

—Mi trabajo no podía esperar —respondió Aldrich con calma—. Los arrendatarios del oeste requerían—

—Sí, sí —lo interrumpió ella con un gesto—. Tu trabajo siempre es urgente. Y, sin embargo, adelgazas día a día.

Lady Whitcombe extendió la mano de inmediato, rozando la manga de Aldrich.

—Ven aquí, Aldrich. No se equivoca. Te ves muy cambiado desde Londres.

Arabella se recostó en su silla.

—¿Ves? Te lo dije.

Él tomó el asiento junto a ella, asintiendo brevemente.

—Tenía mucho que resolver tras mi ausencia.

Lord Whitcombe lo observó con aprobación medida.

—La responsabilidad te sienta bien, Aldrich. Pero no confundas la resistencia con la invulnerabilidad. Un lord que descuida su salud descuida también su patrimonio.

—Sí, tío.

Su abuela exhaló con impaciencia.

—Y tú —se volvió hacia Arabella— recibiste la tarea más sencilla imaginable. Presumes de tus triunfos en Londres, y aun así regresas sin una sola candidata adecuada para tu primo.

Arabella se irguió.

—Lo presenté a la mitad de las mujeres elegibles de la ciudad. Las evitó a todas. Tuve que arrastrarlo a un baile.

Aldrich le lanzó una mirada de advertencia.

Su abuela se inclinó hacia delante.

—¿Las evitó? ¿Por qué? ¿Hay algún defecto que desconozca? Es apuesto. Es fuerte. Es cumplidor. ¿Están ciegas las mujeres de Londres?

—No pueden alcanzarlo —murmuró Arabella— porque no deja de huir.

—Madre —intervino Lady Whitcombe con suavidad—, deja que coma. Acaba de llegar.

Aldrich alzó el tenedor. La comida estaba bien preparada. Rica. Equilibrada. No saboreó nada.

Su abuela suspiró, bajando la voz.

—Mientras estabas en Londres, Ansley volvió. Sus negocios se han hundido otra vez. Despotricó sobre la herencia, sobre cómo debería haber heredado Ainsworth en lugar de Albert.

Lady Whitcombe apoyó una mano tranquilizadora sobre la de su madre.

—Eso no sucederá.

—No puedo imaginar esta casa en sus manos —continuó la anciana, los ojos afilados por el miedo—. Me echarían. Venderían la tierra. Todo se perdería.

Hizo una pausa, como si el recuerdo aún ardiera.

—Tal como vendió la casa de Ainsworth en Londres.

—No ocurrirá —dijo Aldrich, la voz firme ahora—. No mientras yo viva.

—¿Y si mueres sin heredero? —insistió ella.

—Madre —replicó Lady Whitcombe en voz baja—. Basta.

Arabella sonrió con delgadez.

—No te preocupes, abuela. Haré que Aldrich se case, cueste lo que cueste.

Algo en sus ojos hizo que Aldrich se estremeciera.

Se levantó tan pronto como la cortesía se lo permitió.

Más tarde, por fin solo, Aldrich subió las escaleras familiares hasta el despacho de su padre.

El aire olía levemente a cera y papel antiguo. A herencia. A contención. Despidió al lacayo con un gesto y cerró la puerta él mismo. La vela ardía baja junto al escritorio donde la mano de su padre había firmado decretos con una autoridad sin esfuerzo.

Esa noche, no durmió.

Se sentó ante la página en blanco mientras los recuerdos se agolpaban.

Flora.

Su nombre se asentó en su pecho con una insistencia silenciosa.

Había creído que la distancia lo curaría. Que la ausencia embotaría aquello que el tiempo había afilado. Que Ainsworth devolvería el orden a un corazón que había olvidado la disciplina.

No había hecho nada de eso.

Al contrario, lo había despojado de todo.

Recordó su risa en el huerto, repentina y sin defensas. La forma en que hablaba de las flores como si fueran compañeras, no adornos. La manera en que lo escuchaba, no como a un vizconde, sino como a un hombre cuyas palabras importaban simplemente por ser suyas.

Y, peor que todo, recordó sus ojos mientras bailaban.

No esperanzados.

Contenidos.

Contención elegida.

Eso fue lo que lo desarmó.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, la voz áspera.

Arabella entró y cerró tras de sí. Aquella noche estaba más sobria, los rizos recogidos, el brillo atenuado por algo parecido a la preocupación.

—Te ves fatal —dijo con dulzura.

—Me siento peor.

Ella lo estudió y asintió.

—Te fuiste de Londres sin despedirte.

—No habría confiado en mí mismo.

Arabella guardó silencio un momento más, como eligiendo las palabras con cuidado.

—Ella rompió su compromiso —dijo por fin.

Aldrich alzó la vista con brusquedad.

—¿Cuándo?

—Hace casi una semana —respondió Arabella—. En silencio. Sin espectáculo. Como hace casi todo.

Las palabras se asentaron despacio, con peso. No como un golpe, sino como algo largamente retrasado que por fin alcanzaba su destino.

Aldrich se levantó lentamente.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque —replicó Arabella— estás haciendo exactamente lo mismo que ella hizo.

Frunció el ceño.

—Explícate.

—Tú elegiste la ausencia. Ella eligió la gratitud. Ambos lo llamaron virtud. Ambos eran miedo.

La palabra caló hondo.

—La estaba protegiendo.

—No —dijo Arabella con suavidad—. Te estabas protegiendo a ti.

Cruzó la estancia y posó la mano en su hombro.

—Ella ha elegido —continuó—. Ahora debes decidir tú si lo harás.

Aldrich exhaló con fuerza.

—No puedo ir a buscarla —dijo—. No así.

Arabella sonrió, breve y consciente.

—Entonces no vayas como vizconde.

Él levantó la vista.

—Ve como el muchacho que casi se ahogó —dijo en voz baja— y fue devuelto a la vida por una chica que no conocía su nombre.

Se dirigió a la puerta.

—Por una vez, Aldrich —añadió, con la mano en el picaporte—, no conviertas el amor en un castigo.

Cuando se fue, el silencio regresó.

Aldrich quedó solo, el corazón golpeando con algo peligrosamente cercano a la esperanza.

Despacio, deliberadamente, permaneció donde estaba.

Y no se dio la vuelta.

Thirty Seven

La distancia imposible



La mañana llegó a Ainsworth sin ceremonia alguna.

La casa despertó como siempre, con los criados moviéndose en silencio por corredores que habían aprendido a esperar quietud de su señor. Aldrich utilizaba ese silencio como armadura. Se levantó temprano, se vistió sin llamar a nadie y tomó el desayuno de pie junto a la ventana, la tostada intacta enfriándose en su mano.

Si salía antes de que nadie lo notara, se dijo, quizá podría esquivar las preguntas.

Alargó la mano hacia los guantes.

—¿Aldrich?

La voz lo detuvo a medio gesto.

Lady Whitcombe se hallaba justo más allá del umbral, con un chal de lana sobre los hombros y el cabello recogido con prisa, como si lo hubiera seguido sin detenerse a prepararse. No había reproche en su mirada. Solo observación.

—Te marchas temprano —dijo.

—Tengo asuntos que atender —respondió él.

Ella entró, sin apresurarse.

—Eso he supuesto. Últimamente has tenido muchos asuntos de ese tipo.

Aldrich no respondió.

Ella señaló la pequeña mesa del desayuno junto a la ventana. Dos tazas de té ya estaban servidas. El vapor se alzaba tenuemente, paciente.

—Siéntate conmigo —dijo—. Solo un momento.

Él vaciló.

Luego, contra su mejor juicio, lo hizo.

Durante un rato bebieron en silencio. Afuera, los terrenos se extendían húmedos por el rocío matinal, el lago más allá de los árboles apenas visible a través de un velo de niebla.

—Lo vi todo —dijo Lady Whitcombe al fin.

Él alzó la vista con brusquedad.

—¿Qué cosa?

—En la recepción.

La respiración de Aldrich se quebró. Se detuvo, la mano suspendida sobre el azucarero, dos terrones ya atrapados entre los dedos.

—¿Fue tan evidente? —preguntó, antes de poder detenerse.

Ella sonrió, sin crueldad.

—Lo suficiente como para alimentar varias semanas de murmullos en Londres.

Su mandíbula se tensó.

—Eres el hijo de tu padre —continuó ella en voz baja—. Albert tenía la misma expresión cuando creía que nadie lo observaba.

Aldrich bajó la mirada hacia su taza.

—Ya estaba prometido a otra —prosiguió Lady Whitcombe—. Tu abuela había elegido con cuidado. El enlace era sensato. Ventajoso.

—Y, sin embargo —dijo Aldrich, con voz grave—, no se casó con ella.

—No —respondió—. Se casó con tu madre. Y lo pagó caro.

Él tragó saliva.

—Pero jamás se arrepintió de haberla elegido —añadió Lady Whitcombe—. Solo del tiempo que desperdició convenciéndose de que no tenía derecho a hacerlo.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, pesadas.

—Elige con sabiduría —dijo ella con suavidad—. Pero no confundas el miedo con la virtud.

Cuando se levantó, Aldrich no intentó detenerla.

Partió poco después, montando su caballo sin ceremonia y alejándose más allá de la finca, como si el movimiento mismo pudiera acallar la inquietud que le oprimía el pecho.

El pueblo ya estaba despierto cuando llegó. Los niños se dispersaron al oír los cascos, y luego volvieron a reunirse al reconocerlo. Aldrich desmontó, escuchando cómo las voces conocidas lo saludaban, cómo las quejas se ofrecían sin reserva. Una valla que necesitaba reparación. Una disputa por los pastos. Una viuda aguardando noticias del médico que él había enviado.

Escuchó. Prometió. Recordó.

Entonces se le acercó un niño pequeño, aferrando algo rojo e imperfecto entre las manos.

—Para usted, mi lord —dijo sin aliento—. De parte de mi madre. Dice que usted la ayudó.

La manzana estaba tibia por las palmas del niño.

Aldrich la miró más tiempo del que la cortesía exigía.

Asintió.

—Gracias.

No la comió de inmediato.

Solo cuando el niño se hubo marchado la alzó, limpiándola distraídamente contra la manga antes de darle un mordisco cauteloso.

El sabor lo sorprendió.

Dulce. Ácido.

La garganta se le cerró sin aviso.

Antes de que nadie pudiera verlo, giró el caballo hacia el bosque.

La cabalgata lo llevó más lejos de lo previsto, más allá del borde del lago, más allá del punto donde solía regresar. Al fin aminoró la marcha, respirando con dificultad, como si hubiera intentado huir de algo que se negaba a quedarse atrás.

La casa se alzaba donde la tierra se suavizaba.

No era grande. No era grandiosa. Construida de piedra clara y madera, con proporciones modestas, casi humildes para los estándares aristocráticos. Ventanas lo bastante amplias para invitar a la luz, no para imponerla. Un pequeño pórtico. Un jardín aún inacabado.

Un hogar.

Destrabó la puerta y entró.

El silencio lo recibió. No el silencio pesado de la ausencia, sino el que espera. El que pertenece a los lugares destinados a ser habitados.

Dejó el abrigo a un lado y recorrió las estancias despacio.

La sala solo contenía lo necesario. Un hogar. Dos sillones. Una mesa baja. Él mismo los había elegido con cuidado, no por moda, sino por comodidad. Por calidez. Por la posibilidad de recogerse en una tarde de invierno sin temor a ser corregido.

La cocina era pequeña. Práctica. Por la mañana, la luz alcanzaría la encimera. Una vez había imaginado a Flora allí, con las mangas arremangadas, riéndose de sí misma por olvidar por completo la decencia.

El pensamiento ya no dolía como antes.

Dolía. Profundamente. Con honestidad.

Se detuvo en el umbral del dormitorio.

La ventana daba al este. Había insistido en ello. No sabía por qué entonces, solo que le parecía correcto. Que ella había dicho una vez que prefería las mañanas, la luz que llegaba en silencio, sin exigir atención.

Había construido aquella casa sin saber si ella alguna vez cruzaría su umbral.

La verdad se asentó por fin en él, completa e implacable.

No había abandonado Londres por debilidad.

Se había marchado porque la amaba.

Porque quedarse habría significado verla caminar hacia una vida que creía deber, sonriendo mientras su corazón aprendía a callar.

Porque desearla sin ofrecer nada más que conflicto lo habría convertido en aquello que más despreciaba.

Una promesa incumplida.

Una carga disfrazada de devoción.

La voz de Arabella resonó débilmente en su memoria. No afilada. No burlona. Simplemente cierta.

No conviertas el amor en un castigo.

Se sentó a la pequeña mesa y apoyó los antebrazos sobre ella, la cabeza inclinada.

Por primera vez, se permitió completar el pensamiento que nunca se había atrevido a terminar.

Si ella acudía ahora, no dudaría.

No retrocedería.

No suavizaría la verdad.

Y si no lo hacía—

Entonces viviría con el conocimiento de que, una vez, había amado con todo su ser. De que había elegido la honestidad por encima de la posesión.

Afuera, la luz se apagaba.

Aldrich se levantó y se acercó a la ventana, observando cómo el paisaje se volvía indistinto al caer el crepúsculo. El mundo parecía extrañamente contenido, como si incluso el aire hubiera hecho una pausa.

Entonces—

Un sonido.

Suave. Medido.

Un golpe en la puerta.

No se movió de inmediato.

La respiración se le detuvo, corta y aguda, como si el propio instante hubiera alcanzado su pecho y lo hubiera inmovilizado. Todo pensamiento racional se desvaneció, dejando solo un nombre, no invitado, temblando en el borde de su mente.

¿Flora?

Se volvió despacio hacia la puerta.

Durante un solo latido traicionero, se preguntó qué haría si la puerta se abriera y ella estuviera allí.

Si el valor, tomado demasiado tarde, aún pudiera ser rechazado.

Llamaron otra vez.

Fue un golpe suave, incierto, el sonido de alguien que pregunta, no de quien llega. Aldrich abrió la puerta y se encontró con un muchacho de no más de doce años, gorra en mano, los ojos desviándose hacia los árboles.

—Perdone, señor —dijo—. Nuestra cabra se ha quedado enganchada en la valla, cerca del bosque. Padre está fuera, y mamá dijo que quizá usted tendría un cuchillo.

Aldrich asintió de inmediato.

—Por supuesto.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, el silencio regresó de golpe.

Durante un latido breve y necio, Aldrich dejó escapar un aliento que casi fue una risa. No porque la interrupción le resultara graciosa, sino porque, por un instante frágil, había pensado—

Sacudió la cabeza, una vez, con brusquedad.

Basta.

Se apartó de la puerta y tomó los guantes de la mesa. Al amanecer del día siguiente regresaría a Londres. Dejaría la finca en las capaces manos del señor Fummel. Haría saber al señor Derrek que su encuentro debía aplazarse. Iría, no a exigir nada, sino a hablar por fin con franqueza.

Nada más de contención disfrazada de virtud.

Nada más de silencio confundido con dignidad.

Salió al exterior y montó su caballo, la decisión dándole firmeza mientras el camino se curvaba de nuevo hacia la calzada principal.

Thirty Eight

Entre intención y llegada



Al amanecer, Ainsworth ya había decidido por él que el descanso no era una opción.

La casa se agitó temprano, los criados moviéndose con una eficiencia silenciosa que, por su orden, resultaba casi acusatoria. Aldrich se vistió sin llamar a nadie, abrochándose el abrigo con unas manos que solo lo traicionaron en su leve vacilación. Había dormido poco. No por agitación, sino por una claridad extraña que había llegado demasiado tarde para ser benévola.

Iba a Londres.

La idea se asentó en él sin triunfo. Sin alivio. Se sentía menos como una resolución y más como una admisión.

Apenas había alcanzado el vestíbulo cuando la voz de su abuela atravesó el espacio con precisión cortante.

—¿Y adónde, exactamente, cree que va a estas horas?

Se detuvo.

No porque se sobresaltara.

Sino porque, por primera vez, supo que no daría marcha atrás.

Se volvió despacio.

La duquesa viuda de Ainsworth permanecía rígida junto a la consola, el bastón apoyado firmemente en el suelo, la mirada afilada por una desconfianza que durante años había sido su armadura predilecta. Lady Whitcombe se hallaba un paso detrás, envuelta en un chal matinal, el rostro ilegible.

—Voy a Londres —dijo Aldrich.

Los ojos de la viuda se abrieron. Apenas. La mínima grieta en su compostura.

—¿A Londres? —repitió—. ¿Sin aviso? ¿Sin explicación? ¿Sin—?

—No tengo tiempo para responder a todas las preguntas, abuela.

Las palabras fueron suaves.

Cayeron como una taza de té al suelo.

No alzó la voz, pero su mano apretó el broche del abrigo con más fuerza de la necesaria.

Durante un latido, la viuda lo miró sin parpadear.

—¿Cómo te atreves—?

—Madre.

Lady Whitcombe avanzó y posó una mano firme sobre el hombro de la anciana.

—Basta, madre —dijo en voz baja—. Déjalo hablar.

Aldrich inclinó la cabeza, un gesto respetuoso aun cuando su determinación permanecía intacta.

—Responderé —dijo—. Cuando regrese. Pero no ahora.

La boca de la viuda volvió a abrirse, ya formando la reprimenda, cuando Lady Whitcombe habló de nuevo.

—Ya hiciste esto una vez, madre —dijo con calma inflexible—. Con Albert.

El nombre cayó con peso en la estancia.

—Intentaste detenerlo —continuó—. Lo interrogaste. Le advertiste. Y luego—cuando no cedió—le permitiste elegir.

Sostuvo la mirada de su madre sin titubear.

—Y no arruinó su vida. La construyó.

Siguió un silencio denso. Incómodo.

La viuda apretó el bastón. Luego lo aflojó.

—Muy bien —dijo al fin—. Vete.

Aldrich avanzó antes de poder reconsiderarlo.

La abrazó.

Brevemente. Torpemente. Con sinceridad.

—Te quiero, abuela —dijo.

Ella se quedó rígida, conmocionada.

Él ya se daba la vuelta cuando su voz se elevó detrás, afilada por la incredulidad.

—¡Me ha abrazado, Charlotte! —exclamó—. ¡Por primera vez me ha abrazado! ¡Y ha dicho que me quiere!

Aldrich se detuvo en el umbral. Inspiró hondo.

Algo dentro de él había cambiado. Aún no sabía qué.

Solo que aquello, fuera lo que fuese, había vuelto imposible la espera.

Si retrasaba una hora más, no iría en absoluto.

—Señor Woodman —dijo mientras descendía los escalones—. Partimos hacia Londres de inmediato.

* * *

Llegaron a Wycliffe House poco después del amanecer.

La calle yacía silenciosa, la mañana pálida e indecisa. Las cortinas seguían corridas. No había lacayos junto a la puerta. Durante un instante, Aldrich permaneció sentado en el carruaje, la mano apoyada en la portezuela, una vacilación inesperada anclándolo en su sitio.

¿Y si aún dormía?

La idea le apretó el pecho. No deseaba ser la perturbación que la arrancara del sueño. No después de todo.

Pero esperar ya no era una opción en la que confiara.

Descendió.

La puerta se abrió y apareció un lacayo cuya expresión pasó de la confusión al reconocimiento.

—¿Mi lord?

Aldrich tomó aire con cuidado.

—Deseo ver a la señorita Wycliffe.

El lacayo dudó.

—La señorita Wycliffe —repitió despacio— y lord Wycliffe partieron ayer.

El corazón de Aldrich dio un vuelco.

—¿Partieron? —repitió—. ¿Adónde?

—A Ainsworth, mi lord.

La palabra lo golpeó como un mazazo.

—¿A Ainsworth?

—Sí —dijo el lacayo, frunciendo el ceño—. ¿No los encontró en el camino?

Un sonido escapó de Aldrich antes de poder evitarlo. No fue risa. No del todo.

Algo amargo y sin aliento.

Así respondía el destino a la resolución.

—No —dijo en voz baja—. No los encontré.

El lacayo lo observó con creciente inquietud mientras Aldrich se volvía hacia el carruaje, ya dando la señal.

—Señor Woodman —dijo—. Regresamos a Ainsworth. De inmediato.

—Pero, mi lord —balbuceó el cochero, sobresaltado—. Acabamos de llegar.

—Sí —respondió Aldrich—. Y no podemos retrasarnos ni una hora más.

* * *

La lluvia comenzó antes de que hubieran avanzado mucho.

Al principio fue solo una llovizna fina, apenas digna de mención. Luego el cielo se oscureció con intención repentina y el camino se ablandó bajo las ruedas del carruaje hasta que cada giro resultó incierto. El trueno estalló sobre sus cabezas, seco e inmediato, como si los propios cielos se opusieran a la urgencia.

Aldrich se inclinó hacia delante en el asiento, una mano enguantada apoyada contra la pared del carruaje. El impulso de ordenar mayor velocidad ardía en él, sin freno de la razón. Cada sacudida de las ruedas parecía repetir el mismo pensamiento, una y otra vez.

No llegues tarde.

Entonces el carruaje dio un violento bandazo.

Aldrich ya estaba de pie antes de que las ruedas se detuvieran por completo. Empujó la portezuela y bajó a la lluvia, las botas hundiéndose en el barro mientras el agua empapaba su abrigo al instante.

—¿Por qué nos hemos detenido, señor Woodman? —gritó por encima del viento y el trueno.

—¡Un árbol caído, mi lord!

Aldrich miró hacia delante.

El árbol yacía atravesado en el camino como un veredicto, enorme e indiferente, el tronco arrancado de la tierra por la tormenta. Las ramas se extendían en todas direcciones, resbaladizas por la lluvia, las raíces al descubierto como algo arrancado con demasiada violencia de su lugar.

—No podemos pasar —dijo el cochero con gravedad.

Durante un momento, Aldrich no dijo nada.

Se pasó una mano por el cabello empapado, el aliento escapándole en una exhalación brusca. El retraso le oprimía el pecho con una fuerza súbita e irracional. En algún punto más adelante, el tiempo avanzaba sin él.

—Vamos —dijo con aspereza—. Lo moveremos.

Se esforzaron contra el tronco, mangas caladas, botas resbalando inútiles en el barro. Aldrich apoyó el hombro contra la corteza, los dientes apretados mientras la lluvia le pegaba el cabello a la frente.

No se movió.

Ni un solo ápice.

La respiración se le entrecortó. Apretó el agarre hasta que le dolieron los dedos.

Si ella llega a Ainsworth y yo no estoy allí—

El pensamiento le golpeó con tal fuerza que le robó el aire.

—Por el amor de Dios —espetó, rompiéndose al fin la contención que había sostenido desde el amanecer.

Se arrancó los guantes y los arrojó a un lado, el gesto brusco, casi violento. Sin decir una palabra más, se volvió y liberó uno de los caballos, los dedos moviéndose con una eficiencia desesperada.

—Iré a caballo —dijo, ya encaramándose a la silla—. Enviaré hombres para que los ayuden.

—¡Mi lord—!

—No esperaré.

El caballo se sobresaltó con el trueno cuando Aldrich lo espoleó, los cascos resbalando un instante antes de encontrar apoyo. La lluvia lo empapó en segundos, el agua corriendo por su rostro, el abrigo pesado e inútil contra la tormenta. Una rama baja le rozó la mejilla, lo bastante afilada como para hacerle sangrar, pero no aminoró la marcha.

Apenas lo sintió.

El mundo se redujo al ritmo del caballo bajo él, al trueno detrás, y al pensamiento implacable que lo empujaba hacia delante.

Ainsworth. Ella debía seguir allí.

Cuando las puertas de Ainsworth aparecieron a la vista, la lluvia se había convertido en un murmullo.

El trueno se había alejado, dejando tras de sí un cielo lavado y vacilante, una luz pálida abriéndose paso entre las nubes en retirada.

La tormenta no lo había seguido hasta el final.

El jardín se extendía húmedo pero luminoso, las hojas atrapando los últimos destellos de la tarde.

Y entonces, una mujer se volvió.

Un vestido claro, el bajo arrugado. El cabello rojo recogido con esmero, aunque el viento había soltado un mechón en la sien. Unos ojos verdes abriéndose con un asombro inconfundible.

Aldrich desmontó sin recordar cómo.

Las manos le temblaban al soltar las riendas.

El corazón le golpeaba las costillas con más fuerza que el trueno que lo había perseguido por el camino. La respiración se le quedó suspendida, el cuerpo inmóvil entre la incredulidad y una esperanza tan aguda que dolía.

Flora.

Ella permanecía allí, completamente quieta.

Por primera vez desde la mañana, no había llegado tarde.

La había encontrado.

Thirty Nine

Cuando esperar no basta



Flora había imaginado esta llegada.

No con detalle. Nunca así. Solo como una sensación. La certeza de que, al cruzar el umbral de Ainsworth, algo dentro de ella por fin se aquietaría. Que el propio aire reconocería el valor que había requerido llegar hasta allí y se volvería más amable en respuesta.

No ocurrió.

La mañana ya se deslizaba hacia el mediodía cuando el carruaje se detuvo, el sol más alto de lo que ella había previsto, luminoso e indiferente. Ainsworth se alzaba ante ella sin cambios bajo el cielo pálido de la tarde, su fachada de piedra impasible ante la guerra silenciosa que llevaba en el pecho. La grava crujió bajo las ruedas al detenerse, un sonido demasiado fuerte para lo cuidadosamente que estaba respirando.

Lord Wycliffe descendió primero y le ofreció la mano.

—¿Estás segura, Flora? —preguntó con suavidad.

No como un desafío. Como una cortesía.

Ella asintió, los dedos apretándose un instante alrededor de los suyos.

—Tan segura como puedo estarlo.

Eso era todo lo que podía ofrecer. Certeza sin consuelo. Resolución sin promesas.

Los recibieron casi de inmediato.

La vizcondesa viuda de Ainsworth permanecía rígida en el vestíbulo, el bastón apoyado con ligereza sobre el mármol, la mirada afilada ya evaluando. Lord y Lady Whitcombe flanqueaban su figura con compostura ensayada.

—Lord Wycliffe —dijo la viuda con frialdad—, esta es una visita inesperada.

—Vizcondesa —respondió Lord Wycliffe con una inclinación cortés —. Gracias por recibirnos con tan poco aviso. Permítame presentarle a mi hija, la señorita Flora Wycliffe.

Flora hizo una reverencia, cuidadosa y precisa, consciente de cómo los ojos de la viuda recorrían el bajo gastado de su vestido de viaje hasta la rectitud de sus hombros.

—¿Hija? —repitió la viuda—. No sabía que tuviera una.

—Es la hija que mi difunta esposa deseaba —respondió Lord Wycliffe con serenidad—. Las circunstancias son… particulares. Lord Ainsworth, con gran amabilidad, nos ayudó a reunirnos.

El ceño de la viuda se frunció.

—¿Lord Ainsworth ayudó?

Lady Whitcombe avanzó con suavidad.

—Madre, esta no es una conversación para la puerta. Por favor. Permítales entrar y descansar.

La viuda vaciló, la mirada deteniéndose un momento más en Flora, aguda e implacable.

—Muy bien —dijo al fin—. Pasen.

Al cruzar el umbral, Flora sintió cómo el peso de la casa se asentaba a su alrededor.

Ainsworth no era ostentosa. No lo necesitaba. Su grandeza residía en la contención, en la permanencia. Piedra suavizada por generaciones. Pasillos amplios que devolvían ecos discretos bajo pasos medidos. La luz filtrándose por ventanas altas que habían visto pasar siglos sin comentarlos.

Imaginó a Aldrich allí de niño, moviéndose por esos corredores con demasiada prisa, con demasiado silencio. Imaginó al hombre en que se había convertido, de pie en el centro de todo, sosteniendo su peso con la misma reserva controlada que llevaba a todas partes.

El salón olía tenuemente a cera y a papel antiguo. Se pidió té. Aparecieron platos de pequeños dulces que nadie tocó.

La mirada de Flora vagó por las paredes.

Retratos familiares. Niños detenidos en el tiempo. Un cuadro le hizo contener el aliento.

El antiguo vizconde de Ainsworth posaba junto a su esposa, los hijos dispuestos delante. Aldrich estaba entre ellos, de complexión más pesada que ahora, el gesto apagado. Lo recordó tal como había sido entonces, callado, educado y nunca del todo cómodo.

El pensamiento la sorprendió.

Sin proponérselo, sonrió.

—Y dígame, señorita Wycliffe —dijo de pronto la viuda—, ¿qué la trae a Ainsworth?

El corazón de Flora se aceleró.

—Esperaba hablar con Lord Ainsworth, mi lady.

—¿Y puedo saber por qué?

Dudó, las palabras presionándole la garganta. La voz de la señora Sennington emergió en su memoria. Discreción. Decoro.

—Es un asunto privado —dijo Flora con cuidado—. Uno que no puedo tratar con nadie más.

—Un asunto privado —repitió la viuda—. No sabía que mi nieto manejara asuntos privados con jóvenes damas.

El pulso de Flora retumbó. Inspiró despacio, sopesando la honestidad frente a la consecuencia.

—Y dígame —insistió la viuda—, ¿cómo llegó siquiera a conocer a Lord Ainsworth?

Antes de que Flora pudiera responder, una voz brillante cortó la tensión.

—¡Señorita Wycliffe!

Se volvieron.

Arabella irrumpió en la estancia con una energía apenas contenida, Lady Whitcombe tras ella. Arabella cruzó el espacio de inmediato, los ojos encendidos.

—Has venido —dijo, tomando las manos de Flora sin vacilar—. No puedo creer que de verdad hayas venido.

—Sí —respondió Flora en voz baja—. He venido.

—Arabella —reprochó la viuda—, cuida tus modales.

Arabella soltó a Flora lo justo para hacer una reverencia ante Lord Wycliffe.

—Mis disculpas, mi lord. Me alegró mucho ver a la señorita Wycliffe.

Lord Wycliffe sonrió levemente.

—Me alegra saber que tiene una amiga aquí.

La viuda volvió a examinar a Flora.

—Así que eres amiga de Arabella.

Arabella pasó el brazo por el de Flora.

—Más que eso, espero.

Lady Whitcombe intervino antes de que su madre respondiera.

—El almuerzo está servido. Continuemos esta conversación con comida.

La comida transcurrió con una cortesía tensa.

El apetito de Flora había desaparecido por completo. Cada instante se alargaba. Cada mirada hacia la puerta quedaba sin respuesta. Aldrich no aparecía.

Cuando se retiró el postre, la ausencia se había vuelto insoportable.

Flora se inclinó hacia Arabella y susurró,

—¿Dónde está Lord Ainsworth?

Arabella no dudó.

—No está aquí.

Las palabras no fueron crueles. Fueron fácticas. Y aun así vaciaron el pecho de Flora.

—Partió hacia Londres esta mañana —añadió Arabella con rapidez—. Decidido. Heroicamente tarde.

Flora tragó saliva. No dijo nada.

La tarde avanzó con un agotamiento educado. El té se enfrió sin tocarse. La conversación derivó y murió. Cada sonido de la casa parecía subrayar la ausencia que ella no se había permitido imaginar.

A última hora de la tarde, Arabella encontró a Flora inmóvil junto a la ventana de la habitación de invitados.

—Ven —dijo Arabella con suavidad—. Antes de que empieces a culparte. Eso es especialidad de mi primo, no tuya.

Caminaron juntas por el jardín, las hojas caídas rozando las faldas. El aire se había enfriado, afinando los sentidos.

—No dejo de pensar —admitió Flora en voz baja— que esto es lo que merezco. Que elegí la honestidad demasiado tarde.

Arabella negó con la cabeza.

—No. La elegiste en el momento en que dejaste de mentirte a ti misma. El tiempo es una crueldad aparte.

Flora fijó la vista en el sendero.

—Quizá nunca estuvimos destinadas a llegar al mismo lugar.

Arabella se detuvo.

—No hagas eso —dijo con firmeza—. No conviertas el mal momento en destino. El destino es perezoso. Las personas eligen.

—¿Y si su elección —preguntó Flora, la voz apenas firme— fue no regresar?

La expresión de Arabella se suavizó.

—Entonces es un necio mayor de lo que jamás creí.

Eso le arrancó una leve sonrisa.

Reanudaron el paseo.

El sol descendía, dorando el cielo de oro y óxido. Flora sintió cómo el día se le escapaba, llevándose consigo algo frágil.

—Creo —dijo al fin— que deberíamos marcharnos mañana. No deseo imponerme.

Algo silencioso se cerró en su interior.

No desesperación. Aceptación.

Enderezó los hombros, ya ensayando la gracia necesaria para marcharse sin mirar atrás.

Arabella abrió la boca para protestar.

Y se detuvo.

Porque el sonido les llegó a ambas al mismo tiempo.

Cascos.

Rápidos. Irregulares. Incorrectos.

Flora se volvió por instinto.

Un caballo irrumpió por la avenida, salpicado de barro, su jinete inclinado hacia delante como si no quisiera desperdiciar ni un aliento. El abrigo colgaba abierto y empapado. El cabello estaba revuelto, oscurecido por la lluvia y desgarrado por el viento. Había sangre en la sien y la mejilla, una línea fina y marcada contra la piel.

No había nada compuesto en él.

Durante un latido, Flora no pudo creer lo que veía.

Luego el caballo aminoró.

Y Aldrich Ainsworth alzó la cabeza.

Sus miradas se encontraron a lo largo de la avenida, a través de horas de ausencia, semanas de contención, años de frases inconclusas.

El tiempo no se detuvo.

Pero olvidó moverse.

Arabella exhaló suavemente.

—Bueno —murmuró—. Ya era hora.

Flora no la oyó.

Solo podía verlo a él.

Y por primera vez desde que dejó Londres, su corazón no se preparó para la decepción.

Esperó.

Forty

Las palabras dichas



Arabella fue la primera en moverse.

—Bueno —dijo con ligereza, retrocediendo ya—, este parece ser el momento en que desarrollo un sentido impecable del tiempo.

Flora parpadeó.

—Arabella…

—No —respondió Arabella al instante, sonriendo aunque sus ojos brillaban con demasiada intensidad para que fuera solo humor—. Si me quedo, uno de ustedes intentará ser educado. Y me niego a ser responsable de eso.

Se detuvo un segundo, su mirada desviándose hacia Aldrich, afilándose lo justo para cargar una advertencia que Flora supo, sin duda alguna, que iba dirigida a él.

—No desperdicies esto.

Y se fue, sus pasos retirándose hacia la casa, dejando el espacio tras de sí extrañamente desnudo.

Demasiado silencioso.

Demasiado expuesto.

Flora permaneció donde estaba, las manos entrelazadas como si fueran lo único que la mantenía en pie. El aire parecía más delgado ahora, como si el jardín mismo se hubiera apartado para observar.

Aldrich desmontó despacio.

Ella lo notó de inmediato: la vacilación en su movimiento, la pausa tras tocar el suelo, como si necesitara recalibrar el equilibrio.

Por un momento, se preguntó si debía preguntarle si estaba herido.

No confió lo suficiente en su voz para intentarlo.

Se detuvo a unos pasos de ella. Lo bastante cerca para que viera el barro en el bajo de sus pantalones. Lo bastante cerca para contar las respiraciones que necesitó antes de hablar.

—No deberías haber venido —dijo con aspereza.

Las palabras cayeron suaves, pero no amables.

Flora sintió que su boca se curvaba en algo parecido a una sonrisa, aunque no pertenecía del todo a la felicidad. Era frágil. Prestada.

—Lo sé —dijo.

El silencio se instaló de nuevo.

No vacío.

Cargado.

Lo sintió presionándole las costillas, llenando el espacio con todo lo que había ensayado y descartado en el camino hacia Ainsworth. Cada razón por la que se había dicho que quizá estaba equivocada. Cada versión de ese momento que terminaba de otra manera.

—Fui a Londres —dijo Aldrich.

El aliento de Flora se cortó antes de poder evitarlo.

—Me dije que hablaría contigo como es debido —continuó él, la voz ahora irregular—. Que por fin sería… valiente.

Exhaló, y algo parecido a una risa escapó de él, fina, sin defensas.

—Ya te habías ido.

Por un instante, el mundo se redujo a ese solo hecho.

Había tenido razón al temerlo.

Razón al imaginar que ese momento podía llegar demasiado tarde.

—Tenía miedo de que no volvieras —dijo ella, las palabras saliendo antes de que pudiera medirlas.

Él no apartó la mirada.

—Yo tenía miedo —respondió en voz baja— de que, si me quedaba, perdería el valor de marcharme del todo.

Flora buscó su rostro, intentando comprender. Valor. Marcharse. Quedarse. Las palabras se enredaban, negándose a asentarse en algo que pudiera sostener con seguridad.

Inspiró con cuidado.

—No rompí mi compromiso por ti —dijo—. Me obligué a mantener la voz firme, aunque el corazón le latía demasiado rápido —. Lo rompí porque ya no podía vivir como si mi corazón fuera algo negociable.

Él asintió una sola vez.

—Lo sé.

Ella dudó, y añadió, más suave:

—Pero vine aquí por ti.

El aire cambió.

Lo sintió antes de verlo: el cambio sutil en su postura, en la forma en que la distancia entre ambos pasó a ser deliberada y no accidental. Él dio un paso hacia ella, luego se detuvo, dejando el espacio justo para que ella supiera que estaba esperando.

No suponiendo.

Preguntando.

—Te amé antes de comprender lo que costaría —dijo—. Y te amé incluso cuando creí que la única forma de protegerte era apartarme.

El aliento de Flora tembló.

—Eso no fue protección —dijo con suavidad—. Fue ausencia.

La mandíbula de él se tensó. Cuando volvió a hablar, la voz se le quebró.

—Lo sé. Y lo siento.

La disculpa llegó más hondo de lo que ella había esperado. Aflojó algo en su pecho que llevaba demasiado tiempo sujeto.

—Yo también —susurró—. Por esperar. Por creer que el silencio era bondad.

Se quedaron allí, suspendidos entre todo lo que nunca habían dicho y todo lo que aún temían perder.

Entonces el miedo se alzó en ella, claro e inconfundible.

No lo apartó.

—Tengo miedo —dijo—. De decepcionar a otros. De elegir mal. De desear algo que quizá no me perdone por desearlo.

Aldrich alzó la mano.

Luego se detuvo.

La contención en ese único gesto la desarmó más por completo que cualquier contacto.

—No te prometeré facilidad —dijo—. Ni certeza. Ni una vida sin consecuencias.

Alzó la mirada hasta encontrar la suya, y Flora sintió el peso de esa atención como una pregunta que era libre de rechazar.

—Pero no volveré a irme —continuó—. No sin que tú me lo pidas. No sin que la verdad se diga con claridad entre nosotros.

Las lágrimas se escaparon antes de que pudiera impedirlo. No las apartó.

—Eso es todo lo que quería —susurró—. La verdad.

Entonces él la tocó.

Sus manos enmarcaron su rostro con un cuidado casi reverente, como si sostuviera algo que no podría recuperarse si se rompía.

—Te amo, Flora Bloom —dijo—. No como deuda. No como rescate. Sino como una elección que hago con todo lo que soy.

Ella cerró los ojos, inclinándose hacia su contacto, permitiéndose creer, por un momento peligroso, que era real.

—Yo también te amo —dijo—. No porque seas un lord. Sino porque contigo no se me exige desaparecer.

Él la besó.

No con urgencia.

No con triunfo.

Sino con la certeza silenciosa de dos personas que, por fin, habían aprendido el precio de no elegirse.

Cuando se separaron, apoyaron las frentes una contra otra, respiraciones mezcladas, el mundo reducido a algo lo bastante pequeño como para resistirlo.

En algún lugar detrás de ellos, Ainsworth permanecía inmutable.

Pero dentro de Flora, algo había cambiado.
Y esta vez, no dio un paso atrás.

Forty One

Más allá del decoro



Cuando por fin se separaron, la luz había cambiado.

Flora no había advertido en qué momento el calor de la tarde se había vuelto algo más tenue, más incierto. El aire se había enfriado contra su piel. Los pájaros habían callado. El aliento de Aldrich permanecía cerca, irregular junto a su sien, mientras sus frentes seguían apoyadas una contra la otra.

Por un instante, el mundo pareció lo bastante estrecho como para contenerlos.

—Deberíamos regresar —murmuró Aldrich al fin, con la voz baja y cuidadosa, como si hablar más alto pudiera quebrar lo que aún quedaba—. Está anocheciendo.

Flora apretó los dedos contra la manga de su abrigo antes de poder detenerse.

—Solo un momento más —dijo—. Tengo miedo de que vuelvas a desaparecer si te suelto.

Su mano cubrió la de ella de inmediato, firme y cálida.

—No lo haré —respondió. No había grandeza en sus palabras. Ningún juramento. Solo certeza—. Y si tardamos mucho más, mi abuela movilizará a toda la casa para venir a buscarnos.

La mención de la vizcondesa viuda hizo que un estremecimiento recorriera el pecho de Flora.

La realidad regresó de golpe.

Ella dio un paso atrás y lo soltó. La distancia entre ambos resultó abrupta, incorrecta, como aire frío tras el calor.

—Tienes razón —dijo con rapidez—. Si nos encuentran a solas… si piensan…

Aldrich la detuvo antes de que pudiera retirarse más, sus manos firmes sobre los hombros de ella.

—Flora —dijo en voz baja—. Mírame.

Ella lo hizo.

—Responderé por esto —continuó—. Por cualquier pregunta que siga. Por cualquier juicio que venga. No estarás sola.

La palabra *responder* le tensó algo en el pecho.

La responsabilidad siempre le había sido impuesta, nunca ofrecida como refugio.

Inspiró despacio. Luego soltó el aire.

—Muy bien —dijo—. Lo afrontaremos juntos.

Regresaron hacia la casa caminando lado a lado, lo bastante cerca para sentir la presencia del otro sin tocarse. El sendero serpenteaba por el jardín, hojas húmedas rozando el bajo de su vestido.

—Estás herido —dijo Flora de pronto, al notar el desgarro oscuro en la manga de su abrigo y la fina línea de sangre en su mejilla—.

¿Qué ocurrió?

—Un árbol caído —respondió él—. Una tormenta. Nada que importara.

Ella lo miró entonces de verdad.

Estaba desordenado de una forma que nunca le había visto. El abrigo abierto. El cabello húmedo y revuelto por el viento. Todo el pulido que solía rodearlo había desaparecido por completo.

—No te pareces en nada a Lord Ainsworth —dijo en voz baja.

La comisura de su boca se alzó.

—¿Eso te inquieta?

Ella se detuvo.

—No —respondió—. No me inquieta.

Si acaso, parecía más real.

Él sonrió entonces, algo leve, casi tímido.

—Me alegra.

Le abrió la puerta. Ella le dio las gracias y entró.

El calor de la casa la envolvió de inmediato.

Y entonces la vio.

La vizcondesa viuda se encontraba junto al hogar, los brazos cruzados, la expresión afilada y claramente contrariada.

—Aldrich —dijo—. Qué amable por tu parte regresar.

* * *

El corazón de Flora dio un vuelco.

Se sentaron frente a la estancia.

Flora sintió el peso de todas las miradas como si fuera una mano apoyada en su espalda. Aldrich se había cambiado de ropa. Ahora estaba sentado a su lado, de nuevo compuesto, aunque el leve aroma a cedro y lino limpio no lograba aliviar la tensión que le oprimía las costillas.

—Estoy profundamente decepcionada —dijo al fin la vizcondesa —. Un caballero no pasea a solas por los jardines con una joven. No en su propia propiedad.

—No hicimos nada impropio —replicó Aldrich con serenidad.

—¿Y cómo llamas exactamente —replicó ella— a que un hombre y una mujer se ausenten sin acompañante?

Arabella se inclinó hacia delante.

—Eso fue cosa mía, abuela. Yo los dejé.

—Basta —cortó la vizcondesa—. Ya tendrás tu turno.

Su mirada regresó a Flora.

—Y usted, señorita Wycliffe. Estoy segura de que entiende que una mujer respetable no se coloca en una situación así.

Aldrich se movió.

—Abuela…

Flora negó con la cabeza una sola vez.

Se puso de pie.

Las rodillas le temblaban, pero no permitió que se notara.

—Comprendo su preocupación —dijo, con la voz suave pero clara —. Y lamento que mi presencia haya causado disturbio.

La expresión de la vizcondesa se suavizó apenas.

—Pero —continuó Flora— no llegué a Ainsworth a la ligera. Ni vine sin motivo.

Se volvió brevemente hacia Lord Wycliffe. Él sostuvo su mirada y asintió, firme como siempre.

—Vine porque Lord Ainsworth mostró bondad hacia una joven que no sabía dónde pertenecía, sin pedir nada a cambio —dijo Flora —. Porque me trató con dignidad mucho antes de que el mundo aceptara que la merecía.

El silencio se mantuvo.

—Solo deseaba agradecerle —concluyó—. Y hablar con honestidad.

—Podría haberlo hecho dentro de la casa —replicó la vizcondesa.

—Algunas verdades —intervino Lady Whitcombe con suavidad— no se dicen con facilidad cuando hay testigos.

Lord Whitcombe asintió.

—Nunca he conocido a Aldrich actuar sin consideración.

—Y Flora —añadió Lord Wycliffe, con voz tranquila pero firme— jamás ha carecido de decoro. No permitiré que su carácter sea cuestionado con mayor dureza que el de él.

Los labios de la vizcondesa se apretaron.

Antes de que pudiera responder, Aldrich se levantó.

—Fue culpa mía —dijo—. Yo pedí a la señorita Wycliffe que hablara conmigo. Yo la busqué. Crucé medio país para hacerlo.

El aliento de Flora se detuvo.

—Ella no me debe nada —continuó—. Pero yo le debo más de lo que puedo expresar con justicia.

La sala quedó inmóvil.

—Si no fuera por Flora —dijo Aldrich, volviéndose ahora hacia ella—, no estaría aquí. No sería vizconde de Ainsworth. No estaría

vivo.

Las palabras cayeron con peso.

Lord Wycliffe se movió de inmediato, colocando una mano en la espalda de Flora.

—Es suficiente —dijo—. Mi hija no será convertida en espectáculo.

Se volvió hacia la vizcondesa.

—Agradecemos su hospitalidad —continuó—, pero partiremos por la mañana.

El mundo de Flora se inclinó.

La mano de Lord Wycliffe se cerró con suavidad, guiándola hacia la puerta.

Cuando esta se cerró tras ellos, el murmullo de voces quedó abruptamente silenciado.

Flora no miró atrás.

Por primera vez desde que había llegado a Ainsworth, se permitió sentir todo el peso de lo que había arriesgado.

Y por primera vez, no se arrepintió.

Forty Two

Pedir correctamente



Flora se vistió sin ver realmente lo que llevaba puesto.

Sus manos se movían por costumbre, no por intención, abrochando botones, alisando la tela, mientras sus pensamientos se aferraban obstinadamente a la noche anterior. La confesión. El beso. El instante que había sabido a llegada y a destierro al mismo tiempo.

Dormir no había sido fácil. Cada vez que cerraba los ojos, la voz de Aldrich regresaba. Firme. Sin disculpas. Demasiado honesta para ser descartada, demasiado tardía para sentirse segura.

Se preguntó, como lo había hecho durante las horas oscuras, si algunas cosas no estaban destinadas a ser sostenidas por mucho tiempo.

Un golpe suave sonó en la puerta.

—Flora.

Se volvió de inmediato.

Lord Wycliffe estaba en el umbral, ya vestido para el viaje, el abrigo bien ajustado, el rostro compuesto en esa expresión que ella

reconocía como determinación. La clase de resolución que no pedía permiso a la esperanza.

—¿Estás lista? —preguntó con suavidad.

Ella asintió, aunque la garganta se le tensó.

—Sí, padre.

Él entró del todo y cerró la puerta tras de sí, como si quisiera evitarle la visión de la casa despertando al otro lado.

—He pedido a los criados que preparen el desayuno aquí —dijo —. Después partiremos.

Las palabras cayeron con una finalidad silenciosa.

—No deseo que vuelvas a encontrarte con la familia Ainsworth —continuó—. No hoy. No quiero que te coloquen de nuevo en una situación en la que tu dignidad sea cuestionada.

Flora bajó la mirada.

—Lo entiendo.

Entonces él se acercó y levantó su barbilla con una mano cuidadosa hasta obligarla a mirarlo.

—No malinterpretes mi decisión —dijo con calma—. Esto no es una retirada. Es protección.

El aliento de ella vaciló.

—No eres frágil, Flora. Pero eres valiosa. Y no permitiré que el mundo te magulle solo porque cree tener derecho a explicaciones.

Algo en su pecho se aflojó.

Ella dio un paso adelante y lo abrazó, apoyando la frente en su hombro mientras las lágrimas que había contenido por fin se liberaban.

—Gracias —susurró—. Por estar conmigo.

Él apoyó la mano en su cabello.

—Siempre.

Un segundo golpe sonó en la puerta.

Con el asentimiento de Lord Wycliffe, un criado entró, la vacilación claramente escrita en el rostro.

—Perdone la interrupción, mi lord —dijo—. Lord Ainsworth solicita la presencia de usted y de la señorita Wycliffe en el comedor para el desayuno.

La mandíbula de Lord Wycliffe se tensó.

—Partiremos en breve —respondió—. No es necesario—

—Le ruego me disculpe, mi lord —se apresuró el criado—, pero Lord Ainsworth pidió que se les informara antes de que se marcharan.

Flora sintió que las palabras se asentaban con peso entre ellos.

Levantó la vista hacia su padre, buscando su rostro. Tras un momento, hizo un pequeño gesto de asentimiento.

Lord Wycliffe exhaló despacio.

—Muy bien —dijo—. Asistiremos. Brevemente.

Ella deslizó la mano en el brazo de él y juntos caminaron por el corredor hacia el comedor.

La luz del sol se filtraba por las altas ventanas cuando entraron, pálida y constante, iluminando tazas de porcelana y pan intacto. La sala ya estaba ocupada.

La vizcondesa viuda se sentaba a la cabecera de la mesa, erguida e inexpresiva, la mirada afilada pero contenida. Lady Whitcombe servía el té con una calma deliberada. Arabella se apoyaba en el

marco de la ventana, inusualmente silenciosa, su vivacidad guardada con cuidado.

Aldrich se puso en pie en el instante en que Flora cruzó el umbral.

No se parecía en nada al hombre que ella había visto el día anterior. El abrigo impecable, el cabello ordenado, cada línea de su figura restaurada a la compostura. Solo los ojos lo traicionaban, oscuros e intensos, fijos en ella como si necesitara confirmar que era real.

—Gracias por venir —dijo.

Lord Wycliffe inclinó la cabeza.

—Hemos venido a despedirnos.

El aire se tensó.

La mandíbula de Aldrich se afirmó, apenas perceptible.

—Por favor —dijo—. Siéntense con nosotros primero.

No había orden en su voz. Solo una petición.

Tras una breve pausa, Lord Wycliffe asintió, y tomaron asiento juntos. Flora sintió el peso de cada mirada al sentarse junto a su padre, Aldrich frente a ella, la vizcondesa observándolos a ambos como si memorizara la disposición.

El desayuno transcurrió con una cortesía cuidadosa.

La conversación fue ligera, educada, casi contenida hasta el extremo de la rigidez. Los cubiertos rozaron la porcelana. El té se sirvió y apenas se probó. Incluso la vizcondesa habló poco, su silencio más elocuente que cualquier reprimenda. Al otro lado de la mesa, Aldrich sostuvo la mirada de Flora un instante y asintió una

sola vez, casi imperceptible. No era consuelo. Era permiso para respirar.

Cuando retiraron el último plato, él se irguió.

—Lord Wycliffe —dijo con serenidad—. ¿Puedo hablar con usted?

La vizcondesa alzó una ceja.

—No veo razón para que esto no se diga donde todos puedan oírlo.

Aldrich no se opuso.

Se volvió por completo hacia el padre de Flora.

—Deseo pedir su consentimiento —dijo— para cortejar a su hija con intención de matrimonio.

Las palabras eran claras.

Medidas.

Imposibles de malinterpretar.

El aliento de Flora vaciló.

El pulso le dio un salto doloroso, un calor subiéndole a las mejillas antes de que pudiera contenerlo.

Siguió el silencio.

No el silencio tenso.

El silencio que pesa al hombre que ha hablado.

Lord Wycliffe lo observó con atención.

—Es consciente —dijo al fin— de que mi hija se encuentra en una posición que el mundo no tratará con indulgencia.

—Sí —respondió Aldrich—. También soy consciente de que nada de eso disminuye su valor.

—¿Y cuando se cuestione su honor? —prosiguió Lord Wycliffe, con la mirada desviándose un instante hacia la vizcondesa antes de

volver—. ¿Cuando los susurros sean más fuertes que la verdad?

Aldrich no dudó.

—Me colocaré delante de ella —dijo—. No detrás. No a su lado. Delante.

Los labios de la vizcondesa se afinaron.

—¿Y si la sociedad decide que no pertenece? —insistió Lord Wycliffe.

—Entonces la sociedad será corregida —respondió Aldrich con calma—. O ignorada.

Pareció que el aire abandonaba la sala.

Los dedos de la vizcondesa se cerraron un instante alrededor de la taza, la porcelana chocando una vez contra el platillo antes de aquietarse.

—¿Y si ella decide —continuó Lord Wycliffe, ahora más suavemente— que al final no desea casarse con usted?

El pecho de Aldrich se tensó, apenas perceptible.

—Entonces aceptaré esa decisión como exclusivamente suya —dijo—. Sin resentimiento. Sin apelación.

Lord Wycliffe se volvió hacia Flora.

—¿Es cierto? —preguntó con dulzura.

El corazón de ella latía con fuerza.

—Sí —dijo—. Lo es.

Otro silencio.

Este, más suave.

Lord Wycliffe exhaló despacio.

—Tiene mi permiso —dijo al fin— para cortejar a mi hija.

Flora sintió cómo su respiración se aflojaba, lenta y sin defensas por primera vez aquella mañana, como si algo dentro de ella hubiera sido finalmente depositado.

La vizcondesa frunció los labios.

—Al menos —dijo—, lo pidió de la manera correcta.

Aldrich inclinó la cabeza.

—Gracias, mi lord.

—Pero entienda esto —añadió Lord Wycliffe—. Mi consentimiento no sustituye al de ella.

Aldrich miró a Flora.

—No lo desearía.

Por primera vez aquella mañana, Flora sonrió.

No con cuidado.

No con cortesía.

Sino con un alivio que se sentía como pisar suelo firme por fin.

Y por primera vez desde que había llegado a Ainsworth, no sintió que se estuviera preparando para marcharse.

Forty Three

Dar y elegir



La vizcondesa viuda no se anunció.

Aldrich alzó la vista de su escritorio al suave sonido de la puerta al abrirse y sintió que algo dentro de él se aquietaba. Su abuela permanecía en el umbral, una mano apoyada en la madera, como si se hubiera detenido allí más tiempo del previsto. Durante un instante, no entró.

—Hace tiempo que no entro en esta habitación —dijo al fin.

Aldrich se puso de pie de inmediato.

—Abuela.

Su mirada recorrió el espacio con lentitud deliberada. Las estanterías alineadas con libros de cuentas y mapas. El escritorio pulido por años de uso. La silla junto a la ventana donde Albert solía sentarse, mucho antes de que la responsabilidad se endureciera en expectativa.

—Te sientas como lo hacía tu padre —dijo—. La misma postura. La misma costumbre de inclinarte hacia delante, como si el mundo pudiera escaparse si no lo sujetas con firmeza.

Él no respondió. Esperó.

Ella entró por completo y cerró la puerta con cuidado. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja.

—No sabía —dijo— que estuviste a punto de perder la vida.

Aldrich frunció el ceño.

—Perdóneme.

—Aquella noche —continuó—. El lago. El orfanato. Antes del accidente que se llevó a tus padres. —Sus dedos se cerraron un poco más alrededor del bastón—. Nadie me dijo lo cerca que estuviste.

Él dudó un instante y luego asintió.

—Era joven. Imprudente. Caí a través del hielo.

—Y ella te sacó.

La afirmación, no la pregunta.

—Sí —dijo Aldrich—. Flora.

El nombre quedó suspendido entre ambos.

—Se quedó conmigo —prosiguió él, con la voz firme pese a la presión en el pecho—. Me habló cuando no podía dejar de temblar. Me dijo que viviría. Que debía vivir. Que la fortaleza era algo que se aprendía, no algo que se heredaba.

El aliento de la vizcondesa vaciló. Se volvió ligeramente, como si la habitación se hubiera vuelto demasiado estrecha.

—Nunca te vi desear nada —dijo en voz baja—. No de verdad. Aceptaste el deber. Aceptaste el silencio. Aceptaste la responsabilidad mucho antes de que te correspondiera. —Su mano tembló una vez, luego se aquietó—. Tras la muerte de tus padres, levantaste muros tan altos que ni siquiera yo podía ver por encima

de ellos. Y yo… —su voz se endureció un instante, cargada de reproche— confundí tu resistencia con preparación.

Se volvió hacia él, los ojos aún agudos, pero sin defensa.

—Y ahora —dijo— sonríes.

La palabra pareció sorprenderla.

—Discutís —continuó—. Me interrumpes. Hablas de elección. —Escapó de sus labios una breve risa sin aliento—. Me asustas.

Aldrich no apartó la mirada.

—No deseo asustarte.

—Lo sé.

Metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó un anillo. Oro antiguo. Pesado de historia. Su anillo de bodas.

Tomó la mano de él antes de que pudiera hablar y depositó el anillo en su palma, cerrándole los dedos alrededor.

—Entonces demuéstramelo —dijo—. Pídeselo como es debido. Preséntate ante el mundo y reclama tu elección, como Albert lo hizo una vez. Muéstrales que Ainsworth no esconde su corazón.

Aldrich bajó la vista hacia el anillo, con la garganta tensa.

—Lo haré.

Ella asintió una sola vez.

—Estoy orgullosa de ti, Aldrich.

Las palabras pesaron más que cualquier orden que hubiera dado jamás.

Se volvió hacia la puerta, deteniéndose solo cuando la voz de él la alcanzó.

—Y, abuela.

Ella miró atrás.

—Gracias.

Sus labios temblaron y, por un momento, pareció que iba a decir algo. En lugar de eso, se volvió y cerró la puerta suavemente.

Aldrich permaneció de pie mucho tiempo después de que se marchara. Al fin, abrió la mano y contempló el anillo que reposaba en ella. Inspiró despacio.

Era el momento.

* * *

Flora estaba de pie junto a la ventana, observando a los jardineros discutir.

Hablaban en voces bajas y urgentes, señalando dos parterres de tierra, uno en sombra, otro expuesto. Intentó apartar la mirada. No era asunto suyo. Era una invitada. Se había prometido mantenerse discreta.

Pero la tensión le erizaba la piel.

Cruzó el césped con lentitud y se detuvo a una distancia respetuosa.

—Perdonen —dijo con suavidad—. ¿Puedo preguntar cuál es la dificultad?

Ellos la miraron, sorprendidos. Uno señaló los plantones.

—Estos no prosperarán a pleno sol —dijo—. Pero él insiste en que sí.

Flora se agachó, frotando la tierra entre los dedos. Estudió las hojas, las venas pálidas, el ligero rizo en los bordes.

—Delfinios —dijo tras un momento—. Florecerán con luz intensa, pero solo por poco tiempo. Demasiado sol de la tarde extrae la humedad de las raíces. Prefieren suelo fresco. Luz de la mañana, no calor persistente.

El otro jardinero frunció el ceño y señaló el segundo parterre.

—¿Y estos?

Flora miró los tallos más altos, ya tensándose contra la brisa.

—Guisantes de olor —respondió—. Necesitan aire, o el moho los invadirá. Resguardo del viento, sí, pero no sombra. Si los acercan al muro, se fortalecerán en lugar de estirarse.

Los hombres intercambiaron una mirada. Uno asintió despacio.

—Podemos intentarlo.

Flora se incorporó, sacudiéndose la tierra de las manos.

—Si fallan —añadió en voz baja—, no será por falta de cuidado.

—Gracias, señorita —dijeron.

Ella sonrió apenas mientras retomaban su labor.

—Señorita Wycliffe.

Flora se volvió y encontró a Arabella acercándose, las manos entrelazadas a la espalda, la expresión inusualmente seria.

—Lo siento —dijo Arabella de inmediato—. Por haberte dejado ayer. Si me hubiera quedado—

—Está bien —respondió Flora—. Porque te fuiste, por fin pude hablar con tu primo.

Arabella la observó. Luego su boca se curvó en algo parecido al asombro.

—Eres extraordinariamente valiente —dijo—. Y es un cumplido que no doy a menudo.

Flora rió suavemente.

—Entonces me siento honrada.

La sonrisa de Arabella se volvió cálida.

—Por favor, llámame Arabella.

Flora inclinó la cabeza, divertida.

—Entonces tú debes llamarme Flora.

Se sonrieron.

Flora sintió que algo se asentaba. No certeza. Pero pertenencia.

—Señorita Wycliffe.

Ambas se volvieron.

La vizcondesa viuda estaba a poca distancia, erguida, la mirada evaluadora.

Arabella se colocó instintivamente delante de Flora.

—Si esto es por lo de ayer, fue culpa mía. Los dejé solos—

—Basta —dijo la vizcondesa—. Vete.

Arabella dudó.

—Abuela—

La mirada no admitía réplica.

Arabella se inclinó hacia Flora y susurró:

—Estaré cerca. Si gritas, intervendré.

La vizcondesa frunció el ceño.

—Eres insufrible.

—Lo sé —respondió Arabella con alegría, retirándose tras un pilar.

La vizcondesa volvió su atención a Flora.

—Aconsejaste a mis jardineros.

—Sí, mi lady.

—No me ocupo de jardines —dijo—. Mi nuera sí lo hacía.

El pecho de Flora se tensó.

—Debió de amar este lugar.

—Lo amaba —respondió la vizcondesa, dejando vagar la mirada por el césped—. Una vez prohibí a mi hijo que se casara con ella.

El aliento de Flora se detuvo.

—Creí saber más —continuó—. Me demostró que estaba equivocada. Luchó por ella. Y fueron felices.

Miró directamente a Flora.

—Veo esa misma luz en los ojos de Aldrich cuando te mira.

Flora tragó saliva.

—Nunca quise causar daño.

—Lo sé —dijo la vizcondesa—. Yo solo quise proteger lo que queda de mi familia.

Extendió la mano y la apoyó brevemente sobre el hombro de Flora.

—La elección es tuya —dijo—. No me interpondré.

Los ojos de Flora se llenaron. Inclinó la cabeza.

—Gracias, mi lady.

La vizcondesa asintió una vez y se alejó.

Flora permaneció donde estaba, contemplando los pequeños brotes verdes en la tierra, sintiendo que algo frágil y nuevo comenzaba a echar raíces.

Y esta vez, no retrocedió ante ello.

Forty Four

Dicho ante todos



La cena en Ainsworth no terminó con ruido, sino con contención.

Los últimos platos fueron retirados en silencio. La cubertería tintineó una sola vez antes de ser aquietada por la mano cuidadosa de un sirviente. Las velas ardían bajas a lo largo de la mesa, su luz suavizando los rasgos severos de unos rostros que, a lo largo de la velada, habían aprendido a hablar sin decir demasiado.

Flora estaba sentada con las manos entrelazadas en el regazo, la postura compuesta por costumbre más que por comodidad. Frente a ella, Aldrich apenas había probado su comida. Había hablado con cortesía cuando se le dirigían, escuchado cuando era necesario y, por lo demás, había permanecido inmóvil de una manera que no era pasiva, sino deliberada.

Entonces lo sintió.

Esa sensación de espera otra vez.

No la dolorosa.

La que contiene el aliento.

Cuando el último sirviente se retiró y las puertas se cerraron, Aldrich dejó la servilleta a un lado y se levantó.

El movimiento no fue apresurado, pero sí inequívoco.

La conversación cesó. Incluso la vizcondesa viuda, que estaba en plena observación, guardó silencio, su mirada afilándose al fijarse en su nieto. Lord Wycliffe se enderezó sutilmente al lado de Flora. Arabella se inclinó hacia delante, alerta de inmediato.

Aldrich no miró a Flora de inmediato.

Se dirigió a la sala.

—Soy consciente —dijo, con una voz firme que se extendía sin esfuerzo— de que ya he causado en esta casa más perturbación de la que permite la cortesía.

Nadie lo interrumpió.

—También soy consciente de que, en mi caso, la discreción ha sido confundida durante mucho tiempo con virtud. —Hizo una breve pausa. No de duda, sino de medida—. Es hora de corregir eso.

El aliento de Flora se detuvo. No se movió.

Entonces Aldrich se volvió, por fin, y encontró sus ojos.

No sonrió. No suavizó lo que estaba a punto de decir.

—La señorita Wycliffe llegó a esta casa no como suplicante ni como intrusa —continuó—. Vino porque yo, una vez, no supe hablar con claridad, y porque ella fue lo bastante valiente como para cruzar esa distancia de todos modos.

Flora sintió que la tensión en sus hombros cedía apenas un poco. Sus manos se aflojaron en el regazo.

—He pedido permiso donde correspondía —prosiguió Aldrich, con la mirada desviándose brevemente hacia Lord Wycliffe—. Y estoy

dispuesto a responder por las consecuencias que sigan. Lo que no haré es permitir que la integridad de ella siga siendo objeto de especulación.

Los dedos de la vizcondesa viuda se cerraron alrededor de su taza de té. No con ira. Con reconocimiento.

Aldrich llevó la mano al interior de su chaqueta y extrajo un pequeño anillo. Oro sencillo, sin adornos innecesarios. Lo sostuvo con cuidado, como si su peso importara.

Luego dio un paso hacia Flora.

No lo bastante cerca para presumir.

Lo bastante cerca para pedir.

—Flora Bloom Wycliffe —dijo, con la voz más baja ahora, pero igual de firme—, te pido, ante tu familia y la mía, que te cases conmigo.

La sala pareció inclinarse.

Durante un instante, Flora no sintió el suelo bajo los pies. Fue dolorosamente consciente de todas las miradas sobre ella, de todas las expectativas que alguna vez habían seguido a su nombre.

Se levantó.

El gesto la sorprendió incluso a ella.

Se volvió primero hacia Lord Wycliffe. Él no habló. Solo asintió una vez, despacio y con certeza, el orgullo ardiendo sin disimulo en su expresión. Luego miró a la vizcondesa viuda, cuya mirada penetrante sostuvo la suya sin desafío.

Por último, Flora volvió a mirar a Aldrich.

—He pasado gran parte de mi vida siendo cuidadosa —dijo en voz baja—. Cuidadosa de no desear demasiado. Cuidadosa de no

dejar ver que deseaba algo en absoluto.

Aldrich no la interrumpió.

—Pero tú —continuó ella, con la voz afianzándose— nunca me has pedido que sea más pequeña de lo que soy.

Extendió la mano.

—Si me eliges —dijo— de esta manera, delante de todos, entonces yo también te elijo.

Aldrich exhaló, el sonido desnudo, sin defensa. Deslizó el anillo en su dedo con un cuidado que rozaba la reverencia.

Encajaba.

En cuanto el anillo se asentó, Arabella ya estaba en pie.

—Oh, no, en absoluto —declaró, avanzando y envolviendo a Flora en un abrazo sin previo aviso—. No pienso esperar hasta la boda para esto.

Flora rió, sorprendida, la emoción liberándose al fin mientras la abrazaba de vuelta.

Lady Whitcombe se levantó a continuación, su compostura cediendo ante una alegría inconfundible.

—Querida —dijo con calidez, tomando las manos de Flora—, bienvenida.

Lord Whitcombe dio un paso al frente y dio una palmada firme en el hombro de Aldrich.

—Bien hecho —dijo, sin ocultar el orgullo—. Muy bien hecho.

Al otro lado de la mesa, la vizcondesa viuda cruzó la mirada con Lord Wycliffe.

Intercambiaron un único asentimiento.

No un acuerdo nacido de la concesión.

Comprensión.

Flora sintió la mano de Aldrich cerrarse alrededor de la suya, firme y segura. Lo miró entonces, de verdad lo miró, y comprendió que por primera vez en su vida no estaba de pie sobre un terreno prestado.

Este no era un momento que le hubieran concedido.

Era uno que había elegido.

Y en la quietud que siguió, rodeada de rostros que ya no evaluaban sino que acogían, Flora comprendió algo con una claridad repentina.

Ya no estaba esperando ser aceptada.

Ya lo era.

Forty Five

Elegida en voz alta



La velada se había suavizado.

Las lámparas ardían con constancia a lo largo de las paredes, su luz templando el amplio comedor. Más allá de las ventanas, Ainsworth descansaba en la noche, los jardines sumidos en una quietud que no parecía vacía, sino merecida.

Flora estaba sentada junto a Aldrich, la mano aún tibia donde la de él la había sostenido momentos antes. El anillo descansaba en su dedo, extraño y, sin embargo, ya íntimo, como si siempre hubiera estado aguardando allí.

Durante un rato, nadie habló.

Luego Lady Whitcombe se aclaró la garganta, con los ojos brillantes de un placer que no se molestó en ocultar.

—Bien —dijo, entrelazando las manos—. Ahora que el asunto más importante ha quedado resuelto, debemos hablar de los preparativos.

Arabella se enderezó de inmediato.

—¿Preparativos? —repitió, encantada—. Tengo varias ideas. Todas excelentes.

Lord Whitcombe sonrió con indulgencia.

—Por supuesto que las tienes.

Lady Whitcombe continuó, imperturbable.

—Una boda en Londres sería apropiada. Puede que la temporada no esté en pleno apogeo, pero la sociedad comprendería la importancia del acontecimiento.

Lord Wycliffe alzó su copa, pensativo.

—Wycliffe sería más adecuado —dijo con calma—. Es donde la vida de Flora comenzó de nuevo de verdad. Me gustaría que su matrimonio quedara marcado allí.

La vizcondesa viuda golpeó una vez la cucharilla contra el borde de su taza.

—Ainsworth —dijo con sequedad—. Si mi nieto va a casarse, lo hará bajo su propio techo. Como es debido. Con dignidad.

Arabella sonrió ampliamente.

—¿Y por qué no los tres? Podríamos convertirlo en una gira.

Flora escuchaba cómo las voces se superponían, Londres, Wycliffe y Ainsworth girando alrededor de la mesa como mareas bienintencionadas. Por primera vez en su vida, la discusión no giraba en torno a si ella pertenecía.

Giraba en torno a dónde sería celebrada.

Aldrich la miró entonces. No con prisa. No con posesión. Simplemente con atención.

—Quizá —dijo con tono sereno— deberíamos escuchar a Flora.

La sala quedó en silencio.

Todas las miradas se volvieron hacia ella.

La sensación era tan nueva que por un instante le faltó el aliento. Ya había sido observada antes, medida y sopesada. Esto era distinto. Esto era expectativa sin amenaza.

Se irguió despacio.

—Entiendo —comenzó Flora, con la voz firme pese al calor que le subía al pecho— que este matrimonio importa a más personas que solo a nosotros.

Encontró primero la mirada de Lord Wycliffe, luego la de Lady Whitcombe, y por último los ojos agudos y evaluadores de la vizcondesa viuda.

—Nuestros nombres se unirán. Nuestras familias también. No lo tomo a la ligera.

Nadie la interrumpió.

—No me opondría a una celebración en Londres —continuó—, ni en Wycliffe, ni siquiera aquí. Sé que cada lugar tiene su significado.

Hizo una pausa, los dedos rozando el borde de la mesa.

—Pero si puedo pedir una sola cosa —dijo en voz baja—, sería esta.

Aldrich se volvió por completo hacia ella.

—Me gustaría que la ceremonia en sí fuera sencilla —dijo Flora—. Aquí, en Ainsworth. Tranquila. Sin espectáculo.

Un suspiro recorrió la estancia.

—Después —añadió, formándose una leve sonrisa— podremos celebrar todo lo que se desee. No me negaré a la alegría. Solo deseo estar casada primero, antes de que el mundo tenga tiempo de opinar.

Durante un momento, nadie habló.

Luego la vizcondesa dejó escapar un breve sonido, divertido.

—Vaya —dijo con ironía—. Parece que nuestra futura vizcondesa tiene prisa.

El color subió a las mejillas de Flora.

Arabella rió abiertamente.

—Sabía que me caería bien.

Aldrich se aclaró la garganta, su propia sonrisa contenida pero inconfundible.

—Estoy de acuerdo con Flora —dijo—. Con la señorita Wycliffe —corrigió con ligereza, ganándose algunas miradas cómplices—. Me gustaría que nuestro matrimonio se celebrara primero. El resto puede venir después.

Lady Whitcombe asintió de inmediato.

—Es sensato.

Lord Wycliffe inclinó la cabeza.

—Es su deseo. Eso me basta.

La vizcondesa alzó el mentón.

—Muy bien. Tendremos nuestras celebraciones. Todas ellas. —Hizo una pausa y añadió con énfasis—. Pero la boda en sí será aquí.

Arabella dio una palmada.

—Entonces está decidido.

Aldrich miró alrededor de la mesa.

—Si no hay objeciones —dijo—, podríamos fijar la ceremonia para dentro de tres días.

El silencio cayó de nuevo.

—¿Tres días? —repitió Arabella.

Lord Whitcombe arqueó las cejas.

Lady Whitcombe parpadeó.

Incluso la vizcondesa pareció sorprendida por un instante.

Luego, despacio, sonrió.

—Decidido —dijo—. Lo apruebo.

La risa rompió por fin la tensión, ligera y sincera. La sala se sentía distinta ahora. Habitada. Unida.

Flora bajó la mirada, una sonrisa tranquila curvando sus labios cuando la mano de Aldrich volvió a encontrar la suya bajo la mesa.

Por primera vez, el futuro no le pareció algo que tuviera que ganarse.

Simplemente estaba siendo preparado, con cuidado y con alegría, para recibirla.

Y esta vez, no le tenía miedo.

Forty Six

Fin de la espera



La iglesia olía a piedra y a quietud.

No a la quietud del vacío, sino a la que se había formado a lo largo de siglos de votos susurrados contra sus muros. En el aire flotaba un rastro tenue de cera y madera antigua, suavizado por las flores recién dispuestas a lo largo del pasillo. Flores blancas, salpicadas de verde, reposaban en una abundancia contenida, su fragancia ligera, casi cautelosa, como si no quisiera imponerse.

Flora se detuvo en el umbral junto a Lord Wycliffe, la mano apoyada con suavidad en su brazo.

Su corazón latía.

No con desorden.

No con miedo.

Latía presente.

Lo sentía en el pecho, firme e insistente, como si le recordara que estaba allí, que aquello estaba ocurriendo, que no se encontraba al borde de algo incierto, sino avanzando hacia algo elegido.

—Durante tan poco tiempo —murmuró Lord Wycliffe, con la voz baja, solo para ella— has sido mi hija.

Flora se volvió hacia él, sorprendida por el dolor dulce que aquellas palabras despertaron.

—Y aun así —dijo en voz queda— me diste algo que nunca supe cómo pedir.

Él tragó saliva y asintió una sola vez, con ese gesto contenido con el que hombres como él mantenían la emoción cerca del hueso.

—Volverás a casa a menudo —dijo. No era una pregunta.

—Siempre —respondió Flora—. Te lo prometo.

Las puertas comenzaron a abrirse.

La luz se derramó hacia delante en una oleada suave, cálida y pálida, iluminando el pasillo ante ellos. Por un instante, Flora no se movió. Permaneció allí, suspendida entre la vida que había sobrevivido y la que estaba a punto de reclamar.

Había imaginado el matrimonio alguna vez como algo distante. Una ceremonia perteneciente a otros. A mujeres con familias, historias, nombres que las precedían.

Nunca a ella.

Y, sin embargo, allí estaba.

El brazo de Lord Wycliffe la sostuvo. No la guiaba. No la empujaba. Simplemente estaba.

Avanzaron juntos.

Cada paso resonó con suavidad sobre la piedra, un ritmo medido que parecía aquietar el mundo. Flora alzó la mirada y los vio.

Arabella, cerca del altar, radiante y sin contención, sonriendo como si hubiera esperado este momento toda su vida.

Lord y Lady Whitcombe, con los rostros iluminados por el orgullo, Lady Whitcombe llevando una mano al pecho, como si guardara algo demasiado lleno para contener.

La vizcondesa viuda, erguida y compuesta, su severidad más fruto de la costumbre que de la emoción. Sus ojos, agudos y evaluadores, escondían una satisfacción inconfundible.

Y entonces lo vio a él.

Aldrich estaba ante el altar.

No rígido. No a la defensiva. Su postura ya no contenía la reserva que antes lo definía. Simplemente estaba allí, por completo, con la mirada fija en ella, una intensidad que no exigía ni reclamaba, sino que acogía.

A Flora se le cortó la respiración.

Este no era el hombre que una vez se había mantenido al margen del mundo.

No era el hombre que creyó que la distancia era protección.

Era el hombre que había elegido quedarse.

Llegaron al altar.

Lord Wycliffe aminoró el paso y se detuvo. No soltó su mano de inmediato.

Durante un instante se miraron, padre e hija, unidos no por la sangre, sino por algo más silencioso y más fuerte. Sus ojos recorrieron los de ella, como si la memorizaran, como si fijaran esa versión de Flora para siempre en su corazón.

Ella le sonrió, pequeña y firme.

Él se volvió hacia Aldrich.

Sus miradas se encontraron.

Lord Wycliffe lo observó con atención, no como un noble evaluando a otro, sino como un padre midiendo al hombre que ahora ocuparía su lugar.

Luego, despacio, asintió.

Un único gesto deliberado.

Permiso.

Confianza.

Colocó la mano de Flora en la de Aldrich.

Los dedos de Aldrich se cerraron de inmediato alrededor de los suyos, cálidos y seguros. El contacto la ancló, asentó algo profundo en su pecho que había cargado durante más tiempo del que creía.

Se enfrentaron el uno al otro.

Manos unidas.

El sacerdote habló, con una voz calmada y experta, palabras antiguas y familiares. Flora las oía, pero parecían flotar a su alrededor sin oprimirla. Lo que importaba era el peso de la mano de Aldrich en la suya. La firmeza de su presencia.

Arabella avanzó entonces con los anillos.

Miró a ambos, los ojos brillantes, la sonrisa temblando apenas por una emoción que no intentó ocultar. Depositó los anillos con cuidado sobre el cojín y retrocedió, las manos entrelazadas, como si se contuviera a sí misma.

Aldrich tomó el primer anillo.

Sus dedos no vacilaron al deslizarlo en la mano de Flora, el metal frío contra su piel. Al alzarle la mano después, no dudó.

La llevó a sus labios.

Un beso suave.

Reverente.

Sin disculpas.

Un suspiro colectivo recorrió la iglesia.

Flora sintió cómo el calor le florecía en el pecho, extendiéndose hasta aflojarle los hombros, hasta liberar la tensión que había cargado durante años.

Tomó el segundo anillo. Su mano tembló una sola vez antes de serenarse. Lo deslizó en el dedo de Aldrich, rozándole la piel con el pulgar. Sus miradas se encontraron, y ninguno intentó ocultar la sonrisa.

Llegaron los votos.

Palabras sencillas.

Cuidadosamente elegidas.

—Te tomo —dijo Aldrich, con voz clara y plena—, no como obligación ni como rescate, sino como elección.

Flora tragó saliva, la emoción subiéndole rápida y afilada.

—Te tomo —respondió—, no como refugio, sino como hogar.

Se pronunció la bendición.

Cuando Aldrich se inclinó para besarla, lo hizo con suavidad, sin prisa, como si el instante fuera sagrado, como si el mundo más allá de aquellos muros de piedra no existiera.

Al separarse, apoyaron las frentes un breve instante, privado.

Luego se volvieron.

Juntos.

De la mano.

Toda la iglesia se puso en pie. El aplauso llenó el espacio, cálido y libre, rebotando contra la piedra hasta parecer que los propios

muros celebraban.

Arabella fue la primera en alcanzarla, rodeándola con los brazos con una alegría desbordada.

—Te lo dije —exclamó, con la voz espesa de risa—. Íbamos a ser familia.

Lady Whitcombe siguió, su sonrisa sincera y abierta. Tomó las manos de Flora y las sostuvo un poco más de lo que exigía la corrección.

—Gracias —dijo en voz baja—. Por devolverle a mi sobrino lo que era. No sonreía así desde hace años.

Arabella ladeó la cabeza.

—¿Años? Mamá, por favor. Ha sido más rígido que una estatua de madera.

Aldrich le lanzó una mirada capaz de cortar el cristal.

La iglesia rió.

La vizcondesa se acercó al final.

Sus pasos eran medidos, su expresión tan compuesta como siempre, pero al detenerse ante ellos, algo en sus ojos vaciló.

—Felicidades —dijo con sequedad, la palabra afilada por la costumbre más que por la emoción.

Su mirada se detuvo en Flora, intensa y escrutadora, como si la grabara en la memoria.

Luego, más bajo, añadió:

—Bienvenida a nuestra familia, vizcondesa Ainsworth.

El título golpeó a Flora como un aliento contenido que por fin se liberaba.

—Gracias, abuela —dijo con suavidad.

Por un momento, la vizcondesa pareció sinceramente sorprendida.

Y entonces hizo algo que nadie esperaba.

Abrazó a Flora.

Breve.

Feroz.

Como si temiera que el momento se escapara si no lo reclamaba al instante.

—Eres —dijo, con la voz inestable a su pesar— la mujer que no sabíamos que estábamos esperando.

Cuando el murmullo se apagó y los invitados comenzaron a acomodarse, Aldrich se inclinó hacia Flora, la voz baja.

—Ahora —murmuró— no habrá más dudas. Ni más distancia.

Flora sonrió, los ojos brillantes.

—Nunca imaginé esto —susurró—. Ni siquiera en mis propios sueños.

El pulgar de Aldrich recorrió con suavidad sus nudillos.

—Entonces ya no necesitas imaginar —dijo—. Ahora será real.

Ella lo miró de verdad.

Al hombre que una vez se mantuvo al margen del mundo y ahora estaba a su lado sin vacilar. A la vida que se abría ante ellos, imperfecta, exigente y completamente suya.

Sintió el pecho cálido. Lleno.

Por primera vez comprendió lo que la gente quería decir cuando hablaba de felicidad.

No como espectáculo.

No como triunfo.

Sino como la certeza silenciosa de pertenecer.
Y esta vez, no quedaba nada por esperar.

Forty Seven

El deseo permitido



El almuerzo fue sencillo.

No hubo orquesta aguardando tras puertas cerradas.

No hubo procesión que marcara la hora.

No hubo público más allá de quienes ya la conocían.

Una mesa larga se extendía bajo los altos ventanales de Ainsworth, el mantel blanco alisado con cuidado más que con ceremonia. La luz del sol caía en franjas amplias y sin reservas sobre la madera pulida y los platos de porcelana. El aire llevaba el aroma del pan caliente y de hierbas asadas, familiar y reconfortante, como una estancia que no exigía preparación previa para entrar en ella.

Flora se sentó junto a Aldrich.

Sus hombros se rozaron cuando ella se acomodó en la silla, una intimidad tan natural que estuvo a punto de desarmarla. No se sobresaltó. No se apartó. Por una vez, la cercanía no se sintió como un riesgo que hubiera que medir.

Por una vez, nadie la observaba con exceso.

Nadie esperaba que rompiera una regla.

Nadie pesaba su valor contra su contención.

En la cabecera de la mesa, la vizcondesa Ainsworth presidía como siempre, erguida, con el gesto compuesto. Sin embargo, cuando su mirada se posó en Flora, no lo hizo con escrutinio, sino con algo que se parecía mucho a la preocupación.

—Comes demasiado poco —observó la vizcondesa, acercándole una fuente con gesto decidido—. Eso no sirve. El matrimonio no se sostiene a base de nervios.

Flora parpadeó y luego sonrió. Una sonrisa verdadera.

—Sí, abuela.

Arabella rió sin contención.

—Felicidades, Flora. Te han regañado. Ya eres oficialmente de la familia.

Lord Wycliffe alzó su copa, con el brillo de la diversión suavizándole la mirada.

—Por los reproches, entonces —dijo—. Que siempre signifiquen cuidado y no control.

—Por el cuidado —secundó Lady Whitcombe con calidez.

Las copas se elevaron. La luz se quebró en el cristal.

Algo se aflojó en silencio en el pecho de Flora.

La conversación fluyó sin esfuerzo.

No rodeó con delicadeza lo que no podía decirse. Vagó. Se demoró. Arabella se lanzó a un relato exagerado sobre Aldrich a los siete años que incluía barro, un caballo y una reprimenda que, según ella, duró tres días.

—Eso es una distorsión flagrante de los hechos —dijo Aldrich con calma.

—Lloraste —replicó Arabella con dulzura.

—Tenía siete años.

—Aullaste.

Flora rió antes de poder evitarlo.

No con educación.

No en voz baja.

Nadie la corrigió.

Nadie levantó la vista con sorpresa.

Aldrich se volvió hacia ella entonces, con una expresión serena y abierta. No orgullo. No posesión. Simplemente reconocimiento. Como si la viera exactamente como era y no encontrara nada que necesitara ser corregido.

Lord Whitcombe se recostó en su silla, observándolos a ambos.

—Sabes —dijo pensativo—, pocas veces he visto a mi sobrino tan… asentado.

—Eso —intervino la vizcondesa con sequedad— es porque por fin ha dejado de dar vueltas alrededor de su propia sombra.

Aldrich permitió una sonrisa leve.

—Aprendí de la mejor.

Ella resopló, pero no lo negó.

Flora escuchaba.

Observaba cómo las voces se superponían sin tensión. Cómo el silencio no exigía explicaciones. Cómo el afecto circulaba libremente, sin pedirse ni ganarse.

Esto era lo que nunca había sabido nombrar.

No grandeza.

No seguridad.

Sino presencia.

La libertad de hablar sin calcular el precio. De reír sin disculpas. De sentarse a una mesa donde el afecto no dependía de la perfección.

Su mano encontró la de Aldrich bajo la mesa.

Él le apretó los dedos una vez. Ni más. Ni menos.

Arabella, por supuesto, lo notó.

—Oh, dejad ya de fingir que sois sutiles —dijo alegremente—. Ya estáis casados. Podéis tocaros.

El calor le subió a las mejillas a Flora.

Aldrich, sin el menor arrepentimiento, entrelazó sus dedos como correspondía.

La vizcondesa los observó.

—Si es necesario —dijo—. Pero no lo convirtáis en un espectáculo.

—Sí, abuela —respondió Aldrich.

Arabella sonrió a Flora.

—¿Ves? Calidez y disciplina. Tradición Ainsworth.

Flora rió de nuevo, ligera y sin reservas.

No se había casado con el silencio.

Se había casado con una sala donde se le permitía existir por completo.

Y por primera vez en su vida, eso no se sentía como algo que tuviera que ganarse.

Simplemente era.

Forty Eight

La luz que queda



La tarde se prolongaba sin prisa, como si el propio día hubiera decidido no apremiarla más.

Flora se detuvo cerca de los escalones de Ainsworth House, los guantes doblados sin cuidado entre las manos, observando cómo la luz se estiraba sobre la gravilla del camino. Era la clase de hora que antes habría temido, ese espacio silencioso entre la obligación y la noche, cuando solía sentirse más expuesta. Ahora, en cambio, se parecía a un permiso.

Aldrich se acercó sin anunciarse. Ella lo percibió antes de verlo, la firmeza conocida de su presencia asentándose a su lado como algo ya sabido.

—Vizcondesa Ainsworth —dijo, con una solemnidad demasiado exagerada para ser sincera.

Ella se volvió, sobresaltada pese a sí misma.

—No lo digas así.

—¿Por qué? —la comisura de su boca se curvó, suave y divertida —. ¿Acaso no es ya tu título?

El calor le subió a las mejillas.

—Suena irreal.

—Eso —respondió en voz baja— es porque todavía estás convirtiéndote en ello.

Se detuvo cuando él acercó el caballo, de pronto consciente de lo alto que era, de lo desconocido que resultaría el movimiento bajo su cuerpo.

—No sé cómo hacerlo —admitió en voz baja.

Aldrich no la contradijo. En lugar de eso, se acercó más, colocando una mano en su cintura con cuidado deliberado, la otra firme en su codo.

—Te alzaré —dijo—. Dime si te sientes insegura.

Ella asintió.

En el instante en que sus pies dejaron el suelo, el aliento se le atrapó en el pecho. El mundo se inclinó un momento, las faldas se movieron, el equilibrio se perdió durante un latido antes de que lo sintiera anclarla, sólido e inquebrantable. La acomodó con suavidad sobre la silla, manteniendo una mano a su costado hasta asegurarse de que estaba estable.

—Sujétate al pomo —le indicó en voz baja.

Ella lo hizo, los dedos apretándose contra el cuero cuando el caballo se movió bajo ella. El gesto la sobresaltó y un pequeño sonido involuntario escapó de su garganta antes de poder detenerlo.

La boca de Aldrich se curvó, no en burla, sino en calma.

—Estás a salvo.

Luego montó detrás de ella.

El espacio cambió de inmediato.

Su peso estabilizó la silla, acercándolo lo suficiente como para que ya no hubiera duda alguna sobre la distancia. Su rodilla rozó la de ella. Su pecho se alineó con su espalda. Cuando su brazo rodeó su cintura para tomar las riendas, el antebrazo la cruzó con una certeza silenciosa que la envolvió por completo.

Flora inhaló con brusquedad.

Ahora lo sentía en todas partes. El calor de su cuerpo a su espalda. La fuerza controlada del brazo que los sostenía a ambos. El leve roce de su aliento junto a su oído cuando se inclinó para guiar al caballo.

El pulso se le desordenó.

Había conocido la cercanía antes. Salones abarrotados. Toques accidentales. Nada de eso la había preparado para esto.

—Puede resultarte extraño al principio —murmuró Aldrich—. Inclínate un poco hacia atrás. Deja que el caballo se mueva bajo ti.

Ella obedeció sin pensarlo.

El contacto se profundizó.

Sus hombros rozaron su pecho. Su espalda descansó por completo contra él, la línea firme de su cuerpo como una promesa tácita de que no caería. Cuando el caballo avanzó, el movimiento la atravesó, desconocido e íntimo, arrancándole un suspiro suave e indefenso.

Aldrich ajustó su sujeción al instante, apretando lo justo para darle estabilidad.

—Eso es —dijo en voz baja—. Lo estás haciendo bien.

Las manos de Flora temblaban donde descansaban, aunque no habría sabido decir si era miedo o algo completamente distinto. Cada

paso del caballo la empujaba con más firmeza contra la realidad de él detrás, una cercanía imposible de ignorar, imposible de evitar.

Y aun así, él no se aprovechó de ella.

Su contacto siguió siendo preciso. Protector. Su presencia constante, sin exigir nada a cambio.

Mientras avanzaban, el paisaje se abrió a su alrededor, y Flora empezó a comprender lo que él había querido decir.

Ainsworth no se anunciaba. No se alzaba en terrazas ni en jardines ornamentales pensados para impresionar a primera vista. En su lugar, la tierra se extendía en líneas largas y continuas. Los prados ondulaban suavemente hacia el horizonte, las cercas marcaban límites sin encerrar. Los campos yacían amplios y pacientes bajo el cielo, claros en su propósito, sin una belleza forzada.

No había nada delicado en ello.

Los senderos eran firmes bajo los cascos. El aire olía a hierba, a tierra, a trabajo hecho con constancia a lo largo del tiempo. Los árboles crecían donde eran necesarios, no dispuestos por simetría, sino por abrigo. Incluso la luz parecía distinta allí, más amplia, menos filtrada, como si la tierra no tuviera motivo alguno para ocultarse.

No era un lugar que deslumbrara.

Era un lugar que perduraba.

Poco a poco, la tensión en su cuerpo se disipó. Su respiración encontró un ritmo que coincidía con el paso del caballo, con el ascenso y descenso constante del pecho de Aldrich a su espalda.

Y entonces se dio cuenta, con un sobresalto que le encendió las mejillas, de que confiaba en él.

No porque la sostuviera.

Sino porque no lo hacía.

Siguieron así, el sendero estrechándose, el mundo suavizándose en hierba, luz y silencio. Flora no miró atrás. No lo necesitaba.

Por primera vez, la cercanía no se sentía como algo que tuviera que soportar.

Se sentía como algo en lo que podía descansar.

Cuando la pequeña casa apareció ante ellos, el caballo aminoró el paso y Flora sintió que algo dentro de ella hacía lo mismo.

El lago reposaba tranquilo a su lado, el agua atrapando la última luz de la tarde. La casa se alzaba donde la tierra se suavizaba, modesta y clara entre los árboles. No era grandiosa. No imponía.

Estaba viva.

Aldrich detuvo al caballo y desmontó primero. Se volvió enseguida hacia ella y la alcanzó, las manos firmes mientras la ayudaba a bajar. Por un instante breve y sin aliento, todo su peso descansó contra él.

El corazón de Flora tropezó.

Su agarre se cerró por instinto, seguro y cuidadoso, un brazo firme en su cintura mientras sus botas tocaban el suelo. Quedaron más cerca de lo que la corrección exigía, más cerca de lo que cualquiera de los dos había previsto. La distancia desapareció.

Las mejillas de Flora se encendieron al alzar la vista hacia él, de pronto consciente de lo cerca que estaba su rostro, de la fuerza tranquila que la mantenía en pie.

—Gracias —susurró.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él.

Ella sonrió, todavía un poco inestable.

—Mejor de lo que esperaba.

Algo se suavizó en su expresión.

Se volvieron juntos hacia la casa.

Flora se detuvo al contemplarla ahora con atención, siguiendo con la mirada las líneas de los muros, las ventanas amplias, el jardín inacabado que prometía cuidado más que exhibición.

—Esta es… —dudó— la casa de la que me hablaste. Junto al lago.

Él la miró, sorprendido.

—¿Lo recuerdas?

—Claro —respondió ella con sencillez.

Llegaron a la puerta. Aldrich tomó el pestillo y la abrió, apartándose para dejarla entrar primero.

Flora cruzó el umbral y se detuvo.

El aire del interior guardaba calidez sin pesadez. Los muebles eran pocos, pero elegidos con intención. Un hogar dispuesto con esmero. Dos sillones orientados el uno hacia el otro. Una mesa sencilla junto a la ventana, con la luz cayendo exactamente donde debía.

Avanzó despacio, casi con reverencia, los dedos rozando el respaldo de una silla, el borde de la mesa, la madera pulida de la repisa. Cada contacto despertaba algo familiar en su pecho.

Le recordó al orfanato. A las cajas colocadas con cuidado. A los espacios pequeños hechos habitables gracias a la paciencia y la

esperanza.

—Esto se siente muy… —buscó la palabra— reconfortante.

Aldrich la observaba con atención.

—¿Como lo imaginaste?

Ella se volvió hacia él.

—¿Construiste esto… para mí?

No apartó la mirada.

—Pensé dártela cuando te sacara del orfanato —dijo en voz baja —. Antes de saber que ya era demasiado tarde.

La emoción la alcanzó sin aviso.

—Oh, Aldrich…

Él sonrió, más suave ahora.

—No pasa nada. La casa ha encontrado por fin a su dueña. —Un toque de humor rozó su voz—. Y al fin puedo demostrar que soy tan fuerte como el señor Darnell, el lechero.

Ella rió antes de poder evitarlo.

Él se unió a la risa, y el sonido llenó las habitaciones que hasta entonces solo habían conocido la espera.

—Deja de mencionar al señor Darnell —dijo ella, negando con la cabeza—. No puedo mantenerme solemne cuando lo haces.

—Precisamente esa es mi intención —respondió él con naturalidad.

Se acercó.

Sin prisa, sin apropiarse, levantó las manos y enmarcó su rostro, las palmas cálidas contra sus mejillas. El aliento de Flora se detuvo, el pulso acelerándose bajo su contacto.

—Me gusta verte reír, Flora —dijo.

Luego se inclinó y la besó.

Fue un beso suave. Sin urgencia. Un beso que preguntaba en lugar de tomar. Ella respondió instintivamente, las manos alzándose, los dedos rozando su abrigo mientras el mundo se reducía al calor entre ambos.

Lo que siguió fue cuidadoso. Elegido.

Cada gesto la anclaba más en la verdad del momento. Aquello no era un sueño. No era una bondad prestada.

Se movió con él, aprendiendo, confiando, descubriendo lo que significaba ser recibida y no soportada.

Se sintió presente.

Deseada.

Sostenida sin condición.

Una vez había creído que el amor era algo que debía ganarse.

Ahora comprendía que era algo que se le permitía elegir.

Allí, con él, no estaba representando gratitud. No estaba pagando una deuda.

Era libre.

Y cuando al fin descansó contra su pecho, el corazón sereno, el aliento tibio contra él, lo entendió con una certeza silenciosa:

Podía ser ella misma.

Podía amar.

Podía ser amada.

Y la luz no se desvanecía cuando la alcanzaba.

Permanecía.

Afterword



No escribí este libro desde la certeza.

Lo escribí mientras cargaba dudas, tristeza y el miedo silencioso de que una historia como la de Flora fuera demasiado contenida para importar. Hubo días en los que continuar resultó más difícil que detenerme, momentos en los que me pregunté si una mujer que sobrevive siendo cuidadosa, agradecida y complaciente podía realmente ser vista.

Flora me enseñó que sí.

Ella es una mujer moldeada por la supervivencia. Por el instinto de llevar una máscara para que le permitan quedarse. Por la creencia de que la bondad debe pagarse con obediencia y de que el amor es algo que se gana, no algo que se recibe. Escribir su historia significó sentarme con ese miedo y permitirle, poco a poco, superarlo.

Tal vez algo de esto te resultó familiar.

Tal vez conoces lo que es aceptar una vida segura pero pequeña, simplemente porque desear más parecía peligroso. Si es así, espero que el recorrido de Flora no te haya ofrecido respuestas, sino permiso. Permiso para cuestionar. Permiso para desear. Permiso para creer que ser elegida nunca debería exigir borrarse a una misma.

Este libro existe porque tú te quedaste con la historia.

Si has leído los libros anteriores, tu presencia aquí significa más de lo que puedo expresar. Los pensamientos, los mensajes y las reflexiones silenciosas compartidas por quienes leen han dado forma a esta historia y me han sostenido cuando mi propia confianza flaqueaba.

Las historias no terminan de verdad cuando se cierra la última página. Continúan en la forma en que se recuerdan, se cuentan y se guardan. Si la historia de Flora permanece contigo más allá de este momento, esa será la mayor bondad que podrías ofrecer.

Gracias por leer.

Gracias por confiar en este tipo de historia más silenciosa.

Y gracias por permitirme seguir escribiendo la siguiente.

Francine Yorke


Francine Yorke

About the Author

Francine Yorke escribe romances delicados y de desarrollo pausado, donde el amor se revela a través de la contención, la paciencia y una comprensión silenciosa. Atraída por los escenarios históricos, le interesan menos las grandes declaraciones que los instantes que suelen pasar desapercibidos: las pausas, las miradas y las decisiones tomadas en silencio.

La escritura suele ir acompañada de una taza de té caliente, no demasiado dulce, mientras escucha los cambios sutiles en el corazón de sus personajes. Cree que las historias de amor más duraderas son aquellas que llegan sin estruendo y permanecen.

Para consultas profesionales,

contacto: **yorkefrancine@gmail.com**

Also by Francine Yorke

La serie del amor silencioso romances de desarrollo lento, donde el amor se despliega a través de la contención, la paciencia y una comprensión silenciosa.



La novia inesperada del duque

https://www.amazon.com/author/francineyorke

Ella nunca debió ser su esposa.

Él nunca debió enamorarse de ella.

Cuando Cecily Ashbury ocupa el lugar de su hermana en el altar, se convierte en la duquesa que nadie deseaba.

Pero en los silenciosos pasillos de Greystone Hall, descubrirá que incluso los corazones rotos pueden volver a amar.

Una historia de la Regencia llena de ternura, deseo contenido y redención.